

BOLETÍN

Año XXIX. — Cuarto trimestre

DE LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

→ Arte • Arqueología • Historia ←

❖ MADRID.—Diciembre de 1921 ❖

◊ ◊ ◊ ◊ ◊ AÑO (4 NÚMEROS), 16 PESETAS ◊ ◊ ◊ ◊ ◊

Sr. Conde de Cedillo, Presidente de la Sociedad, Alfonso XII, 44

Director del Boletín: Sr. Conde de Polentinos, Plaza de las Salesas, 8.

Administradores: Sres. Hauser y Menet, Ballesta, 30.

OBRA DE ARTE QUE HAY QUE RESCATAR

La tabla del convento de Santa Clara de Valladolid

Muy lejos estaba yo de pensar en 1908, cuando *descubri* en la clausura del convento de Santa Clara de Valladolid una preciosa tabla de principios del siglo XVI, que pronto se troaría la satisfacción del hallazgo por el desencanto de la triste realidad, y que habría de lamentar muy amargamente la publicación que hice del *descubrimiento* y el no haber aceptado, como me ofrecieron las religiosas, llevarme la tabla a mi casa, pues, en un caso o en otro, al menos seguiría en nuestra ciudad y sería un elemento más para estudiar el desarrollo de la pintura en nuestra tierra, no emprendido hasta la fecha, además que el cuadro que perteneció a las clarisas es de gran valor.

Y ya lo he dicho: perteneció la importante pintura aludida al convento expresado; pero ahora anda viajando de un lado para otro hasta que pare en algún museo extranjero.

Si en algunas ocasiones la alegría se convierte en tristeza, puede incluirse este hecho en la serie, y me pesa de todo corazón el apresuramiento con que dí la noticia del hallazgo del cuadro, al que no se daba ningún valor en el convento, o no haberme llevado la pintura, como se me ofrecía, repito, ya que el ruego que hice de que se colocase en sitio

visitabile donde pudiera ser admirado por los aficionados no sirvió sino de acicate para lograr un puñado de pesetas — no muchas — que no sacaría de apuros a las pobres religiosas. Ha habido, hay y habrá tantos despojos como éste, que uno más ¿qué importa al Arte?

Y para mayor ignominia, yo que, al conocer la noticia de la venta del cuadro, muchos meses después de verificada, cuando ya no podía hacer otra cosa que lamentar la emigración a otro país — de donde no se deja sacar nada que huela a arte — de la tabla castellana, callé por vergüenza, fui encargado, por esa serie de circunstancias que parecen complicar todas las cosas, de estudiar o averiguar el nombre del artista de la pintura que tanto interesaba al accidental poseedor. ¡Con cuánto más gusto lo hubiera hecho al seguir aquí el cuadro! Pero, bien que en el extranjero, y más en la nación madre del arte moderno, se aprecien las obras del arte castellano. ¡Siempre queda un consuelo!

Iré detallando las cosas por partes, porque todo se lo merece el cuadro aludido.

Siempre que entro en un convento de religiosas pregunto, siquiera por curiosidad, si en la clausura se guarda algún objeto artístico de valor, para aprovechar la ocasión de contemplarle de cerca, y siempre ha sido la contestación negativa. Por dos veces he entrado en la clausura del convento de Santa Catalina, y en ninguna de las dos veces me enseñaron el estupendo Cristo yacente de Gregorio Fernández. En Santa Clara tampoco tenían guardado nada de particular, según las monjas; y..... ya lo dije en el *Boletín de la Sociedad castellana de excusiones* (número de Diciembre de 1908, tomo III, pág. 583):

“Aprovechando una oportunidad de tener que visitar el interior del convento de Santa Clara, de esta ciudad, hemos tenido ocasión de ver algunas cosas curiosas referentes a las artes antiguas

„En una capilla del coro bajo de las religiosas vimos, empotrado en el muro que linda con la calle, el sepulcro de Don Alonso de Castilla, de estilo del Renacimiento, sin la estatua yacente u orante que el nicho de arco semicircular está demandando. En el mismo muro hay una tabla con una *Piedad* que no nos pareció despreciable, aunque las condiciones de luz no permiten atestiguar de su mérito.

„En la galería del claustro bajo del convento, lindando con dicho coro, se encuentran dos tablas de muy diferente estilo. Una de ellas ha pertenecido a un altar, por tener la huella del sagrario; es de medio

punto y representa una escena de la Pasión de Jesús; es de colorido y dibujo decidido y franco, y en resumen una apreciable obra. La otra tabla que está a su lado es muy notable y pertenece, en estilo y época, a ese período que ya se va estudiando, por fortuna, y en el que resulta que la pintura española tuvo una representación digna de todo elogio. La tabla es casi cuadrada, de unos 1,75 metros de lado. Tiene en el centro, ocupando casi todo el cuadro, un gran círculo, ofreciéndose en la parte más importante una gran composición de asunto votivo: La Virgen con el Niño Dios aparece sentada como en un trono; a su derecha hay una comunidad de religiosas con Santa Clara al frente; a la derecha del espectador, haciendo juego con la comunidad, aparece una familia compuesta de los padres y seis hijos, todos de rodillas, y un religioso fundador, por tener una iglesia en la mano y con aureola de santo. En los cuatro ángulos, en medallones terminados por medios puntos, están S. Diego, S. Pascual, S. Francisco y S. Miguel. El cuadro es de una entonación simpática, perfectamente dibujadas sus múltiples figuras e indudablemente de escuela española de principios del siglo XVI.

„Tiene también esta tabla su parte de historia: Nos han dicho las religiosas que conocen tal tabla con el título de *Cuadro de los pellejeros*, porque, según tradición del convento, la familia donante de la tabla, que se ha conocido siempre en el claustro, aunque no en el mismo sitio en que hoy está, tuvo la costumbre de regalar a las monjas del convento de Santa Clara pieles con que se abrigasen para bajar al coro en la Nochebuena, costumbre que se hizo obligación anual.

„El cuadro, como decimos, es de importancia, y es lástima no sea trasladado a la iglesia, donde pueda ser estudiado con calma y por lo menos se contemple, ya que de esas obras tan escasas se nos ofrecen nuestros templos.“

En una nota que puse en el artículo “Valladolid, según el arquitecto inglés George Edmund Street” (*Boletín de la Sociedad castellana de excursiones* de Marzo de 1910, tomo IV, pág. 361), recordé la tabla del convento de Santa Clara, y dije: “Esas pinturas —(me refería a las del retablo de la capilla de Cancelada y a una *Quinta Angustia o Descendimiento* sobre el arco de entrada al baptisterio de la iglesia de la Antigua, hoy guardadas en el palacio episcopal)—, las del retablo de la capilla arzobispal, las de la de San Juan en la parroquia del Salvador, atribuidas a Quintín Metsys, y una pintura votiva en la clausura del

convento de Santa Clara, son lo más notable de la pintura que han dado en llamar de los "primitivos españoles", aunque en algunas de ellas, no sólo se observan las influencias, sino se crea obra absolutamente flamenca."

Aún dediqué otro recuerdo a la preciosa tabla en mi librito *Del Valladolid artístico y monumental*. "La capilla de San Juan Bautista en la parroquia del Salvador" (Agosto de 1912, pág. 27), volviendo a citar las anteriores obras y el *Cuadro de los pellejeros*; pero comentando la cita poco después con mi amigo D. Mariano Chicote Recio (fallecido el 6 de Febrero de 1913) me dió la desagradable noticia de que no volvería a ver ya la tabla, ni aun el marco que la encuadraba. Así sucedió: la tabla se había vendido a un anticuario por la cantidad de 1.400 pesetas y había salido camino de Roma.

Y nada más se dijo de la tabla de Santa Clara de Valladolid, y en ninguna otra parte se había dicho nada de ella: ni los escritores clásicos ni los historiadores locales la citaron nunca, si es que la vieron o comprendieron su importancia. Una alusión a ella, o a obras semejantes, hizo D. Francisco Mendizábal en el *Diario Regional* (de 20 de Noviembre de 1920) en un artículo de la serie *Del Valladolid desconocido*. "Las joyas de la clausura monacal", pues al referirse al convento de Santa Clara, escribió:

"Los magníficos cuadros que este Monasterio poseía de Antonio del Rincón y otros pintores notables de los siglos XVI y XVII y que eran gala de este coro bajo, fueron rapiñados en la época vandálica de la revolución del 68. Algunas de las monjas que hoy viven lo recuerdan con horrible espanto."

Pero el Sr. Mendizábal no había visto la tabla aludida (no he hablado con nadie que la conozca) y fué informado erróneamente por las religiosas: ni todas las obras de arte desaparecieron en la francesada y en la revolución, y una prueba está en que en 1908 contemplé yo la estupenda pintura a que voy refiriéndome, ni hay razón bastante para adjudicar a Antonio del Rincón los cuadros que hubo en Santa Clara de Valladolid, pues no se conoce ninguno suyo auténtico y hasta se duda por alguien si existió tal pintor del que se dice falleció en 1500. Ya trataré de ello.

Esa referencia del Sr. Mendizábal me hizo refrescar los recuerdos que guardaba de la tabla de Santa Clara, y al poco tiempo me entrega

un amigo una buena fotografía del cuadro, que nada más verla reconoció, y me encargó, si era posible, atendiese y cumplimentase la siguiente nota:

“El célebre escultor D. Paulino Bartolini, de Roma, compró en Valladolid, el año 1911, por mediación de los Señores Sestieri, en el convento de las Clarisas de dicha ciudad de Valladolid, un cuadro que existía en dicho convento desde su ejecución.”

„Este cuadro, pintado al óleo sobre tabla, conserva su marco original aplicado a ella, mide cerca de dos metros por dos metros y representa a la Virgen sobre un trono con el Niño Jesús en brazos. Al lado derecho está la familia del donador con un Santo Monje, su protector, y al lado izquierdo Santa Clara con su séquito de monjas. Esto en el círculo. En los cuatro ángulos, cuatro recuadros pequeños con S. Antonio, S. Bernardino, S. Francisco y el Arcángel S. Miguel. El medallón central está rodeado de un rosal como emblema.”

„Se desea saber el nombre del autor de dicho cuadro, para lo cual hay que consultar los archivos del convento de las Clarisas de Valladolid, donde debe constar, puesto se sabe que fué ejecutado (aunque no terminado) por orden de un tal D. Federico, fundador de dicho convento, al cual las religiosas en vez de un canon en dinero daban anualmente un cierto número de esclavinas de piel para los canónigos.”

„Lo han visto pintores de nota que dicen ser una obra de grandísimo mérito; lo atribuyen unos a la época de la influencia del arte flamenco en la escuela Española.”

„Otros suponen que pueda ser obra de Antonio Rincón, fundándose en la gran semejanza de este cuadro con otro de dicho autor que existe en el Museo del Prado, representando a los reyes Católicos en oración delante de la Virgen, lo que retrasaría la época de su ejecución, llevándola hacia el 1400.”

„En resumen, nada positivo se sabe y no hay más esperanza que lo que digan los archivos del convento de Santa Clara de Valladolid.”

„Se ruega, pues, a la persona que vaya a hablar con las religiosas de dicho convento, que trate de obtener de ellas una autorización para que una persona competente y de su absoluta confianza consulte dichos archivos; y a esa persona competente, que ha de hacer este trabajo, que fije sus honorarios, para enviar su importe, y mande el resultado de la consulta o sea, el nombre del pintor, fecha de la ejecución del cuadro y nombre del bienhechor que lo regaló al convento.”

„Inclusa va la fotografía del cuadro que las religiosas Clarisas reconocerán, seguramente, en seguida que la vean y que puede servir de punto de partida para las consultas del archivo.“

Efectivamente, esa fotografía la reconocieron inmediatamente las religiosas, según yo la reconocí nada más verla, como obtenida de la tabla que vendieron en Julio de 1911 con autorización superior. Y conviene rectificar, en parte, y ampliar lo que dije en 1908. Los San Diego y San Pascual de los motivos angulares altos que me dictaron las religiosas, son San Antonio y San Bernardino, como dice la nota venida de Roma. La comunidad que tiene tras de sí Santa Clara se compone de quince religiosas arrodilladas, como ella, y lleva además delante la santa otras dos figuritas, también con traje monjil y arrodilladas: es probable se quisiera representar jovencitas, casi niñas, y pudieran ser hijas de los donantes. Al santo monje fundador y matrimonio acompañan, todos de rodillas, en oración, menos el santo, de pie y con una iglesia sobre la mano derecha, dos jovencitas detrás de la dama y cuatro hijos varones.

Todas las figuras del medallón circular, principal motivo de la tabla, adoran a la Virgen y al Niño Jesús, precioso grupo que destaca admirablemente en la pintura. Jesús, desnudo por completo, está sentado sobre la pierna izquierda de María, y tiene una flor con su mano derecha, como ofreciéndosela a su Madre. La Virgen sostiene con su mano izquierda al Niño por el muslo de ese lado, y con la derecha el pie izquierdo también. La cabeza de la Virgen, muy inclinada hacia su derecha; el Niño mira hacia arriba. El trono es un detalle curiosísimo de arquitectura del Renacimiento. La Señora está sentada como en un ancho zócalo, del que avanzan, a los lados, pedestales con relieves en los neños; flanquean columnas lisas, con capiteles compuestos, adelantándose a pilastras sencillas; un arco de medio punto constituye el fondo de la arquitectura, con cabezas de querubines en las enjutas; entre la Virgen y ese fondo de arco, se pinta una rica tela, como si fuera dosel, de dibujo amplio. Sobre los capiteles de las columnas que encuadran el trono hay figuritas desnudas de sabor clásico y como si fueran relieves del alto friso; encima, exentas, están: a un lado, el Angel, y al otro, la Virgen, representando la Anunciación; frontón curvo de poco vuelo completa el detalle de arquitectura.

A los lados del trono, campo libre: el fondo del lado de la comunidad, izquierda del observador, ofrece un paisaje de ruinas de gran cons-

trucción y altos árboles; el de la familia donante, edificaciones con almenas y una pequeña figurita de monje arrodillado.

Por último, en una filacteria, a la altura de las ruinas, hay un letrero en caracteres góticos germánicos, que leo, ayudado de mi docto amigo D. José Zurita Nieto:

MEMENTO NI DUCTINA NOS

pero como no hay en latín *ductino* y sí *ductito*, frequentativo de *duco*, corregimos la lectura de este modo:

MEMENTO NOSTRI DUCTITA NOS

Todo está pintado con gran minuciosidad de detalle, y tengo anotado en mis apuntes, tomados muy de prisa en aquella tarde de Noviembre de 1908 en que vi la tabla, que las cabezas de Santa Clara, las de las monjas inmediatas, la de la Virgen, la del santo y las ocho de la familia donante son excellentísimas, descollando aún más estas de la familia, de gran expresión, perfectamente dibujadas, como retratos, hechas con gran cuidado y a la vista de los personajes: son notables.

He vuelto a preguntar a las religiosas lo de las esclavinas de piel, y confirman lo que ya dije en 1908, y no que las esclavinas o pelerinas fuesen para los canónigos, y que no recuerdan nada del D. Federico; y tienen razón las religiosas: en la época en que se pintaba el cuadro, de llevar tal nombre el donante, se diría D. Fadrique. Lo que me dijeron es tradición del convento.

En el apunte que me han dado con la fotografía de la tabla, se expresa, como he copiado ya, que la habían visto pintores de nota, quienes calificaban la obra de "grandísimo mérito", atribuyéndola algunos al tiempo en que se sintió la influencia del arte flamenco en la pintura española —claro que se referían a los finales del siglo xv y principios del xvi,— e indicando otros que pudiera ser de Antonio del Rincón, por la semejanza que tiene el cuadro con el del Museo del Prado que se cree de dicho pintor, y en el cual se representa a los Reyes Católicos, "lo que retrasaría la época de su ejecución, llevándola hacia el 1400".

Esto último debe ser un error de pluma, y querían decir 1500, y en eso ya tenían razón, pues el cuadro más se aproxima a la época de Don Carlos I que a la de Doña Isabel la Católica.

Yo calificaría la obra, por el tipo étnico que representan las figuras pintadas, menos la Virgen; por la ejecución decidida y firme y por el colorido intenso y vigoroso, de un artista eminente de aquellos tiempos, ya fuera castellano influido por el arte flamenco, pues es la influencia que predomina; ya un flamenco aclimatado en nuestras tierras y a nuestro ambiente, que pintase los tipos de nuestra raza. La tabla es de principios del siglo XVI; esto es evidente; y lo prueban el marco, que es, con toda certeza, del mismo tiempo, hecho para la pintura; la arquitectura representada en la tabla, francamente del Renacimiento, y los cuatro medallones de los ángulos, rematados con sencillo arco semicircular: todo ello pregoná y patentiza que la pintura se aproxima hacia el 1520 más que hacia el 1500.

Se señala como autor probable a Antonio del Rincón, y esto ya es otra cosa. Desde luego puede asegurarse la negativa, aun contando con la semejanza a la aludida tabla del Museo del Prado.

A la que se hace referencia es la señalada con el número 1.260 en los catálogos modernos, y, efectivamente, tiene cierto parecido de composición y algunos otros detalles de pintura (el Niño Jesús y la Virgen, principalmente) con la disposición y escena del gran medallón circular de la tabla procedente de Santa Clara de Valladolid, asunto votivo que es el tema primordial y de interés del cuadro. Pero hay, sin embargo, diferencias muy significativas que separan las épocas en que una y otra obra se pintaron, por lo menos en una veintena de años. El trono de la Virgen en la tabla del Museo del Prado, aunque lleva arquillos lisos de medio punto, es de un goticismo evidente, y del tiempo certísimo de los Reyes Católicos: por la edad que representan el príncipe D. Juan y la infanta D.^a Juana (ésta de unos doce años) se cree que esta tabla fué encargada por el célebre Inquisidor general Fr. Tomás de Torquemada, hacia 1491, como se dice en el catálogo español (10.^a edición. Madrid, 1910, pág. 220) y 1.^a edición francesa (Madrid, 1913, pág. 254), pues "decoró la capilla del Cuarto Real en el convento de Santo Tomás de Ávila..... cuando tocaban a su término las costosas obras de ampliación que en él —(en el convento)— emprendió —(Torquemada)— en 1482, aprovechando el favor de los Reyes Católicos para aplicar a aquella fundación los bienes confiscados a los herejes y judíos". Este cuadro, además del grupo principal de la Virgen y el Niño, tiene a la izquierda del observador, al rey D. Fernando, príncipe D. Juan, Fr. Tomás de Torque-



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

Tabla del Convento de Santa Clara de Valladolid.

mada (los tres arrodillados) y Santo Tomás de Aquino, en pie, y a la derecha, la reina D.^a Isabel, la infanta D.^a Juana y San Pedro mártir de Verona, de rodillas, y Santo Domingo de Guzmán, de pie.

No deja de tener importancia, por la semejanza que tiene la tabla de Santo Tomás de Ávila con la de Santa Clara de Valladolid, fijar bien la época de la primera. D. Valentín Carderera, en la *Iconografía Española* (1864) y D. Gregorio Cruzada Villaamil, en el *Catálogo provisional del Museo Nacional de Pinturas* (1865), supusieron ser la primogénita Doña Isabel y el príncipe D. Juan, los hijos de los reyes retratados con ellos en la tabla. D. Narciso Sentenach, en el artículo "Las tablas antiguas del Museo del Prado" (publicado en el BOLETÍN DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES, tomo VIII, 1900, pág. 99) señaló a la infanta D.^a Juana, en vez de D.^a Isabel, detalle que amplió D. Salvador Viniegra en el *Catálogo de los cuadros del Museo Nacional de Pintura y Escultura*, de 1903, como se apunta en los citados de 1910 y 1913, dando, además, la razón de que no figurase en la tabla D.^a Isabel, porque esta princesa estaba ya casada con D. Alfonso de Portugal, como es cierto, pues se desposó por poderes nuestra infanta castellana en 1490 y en 1491 marchó a reunirse con su esposo el heredero de la corona portuguesa.

Representa, pues, el retrato discutido a la infanta D.^a Juana, la luego tristemente célebre reina D.^a Juana la Loca, y por la edad de ésta y de D. Juan, que nacieron respectivamente en 1479 y 1478, y representan niños de doce y trece años, viene a deducirse que el cuadro se pintó hacia 1491, según todas las probabilidades.

¿Autor de la tabla? Muy difícil será precisarlo. La pintura es castellana y hermosísima; como que de ella dijo Sentenach que era "digna de la mayor estimación, si no debemos considerarla como la joya de nuestras tablas antiguas". Es castellana con influencias flamencas y también italianas, en menor proporción. Carderera citó los nombres de Fernando Gallegos y Pedro Berruguete, y atendiendo que este último pintó en Ávila la mayor parte de las tablas del retablo de la catedral de la misma ciudad, —y aún se le atribuyen otras obras más en el Museo del Prado (las nueve de los números 609 a 617, que estuvieron en el claustro real, y la número 618, representación de un auto de fe presidido por Santo Domingo de Guzmán, que estuvo en la sacristía, todo ello del convento de Santo Tomás de Ávila)— supone que pudo ser el padre del famoso

escultor el autor de la tabla en cuestión y que tendría —añade— cuando la pintó de veinticinco a treinta años.

Cruzada Villaamil discrepó muchísimo de Carderera en la atribución de la pintura de la tabla y no mencionó a pintor castellano, sino que citó como artista muy probable de ella al maestro Miguel Zitoz, basándose en que su estilo era entre flamenco e italiano y que en el inventario de D.^a Margarita de Austria aparecen cuadros del mismo género y pintados por la misma época.

Menciona Sentenach que alguien atribuyó la obra (que mide 1,23 metros de alto por 1,12 de ancho, menor que la de Santa Clara) a Miguel Zittos, el “misterioso maestro Michel”, y alguno a Antonio del Rincón; pero, prudente mi buen amigo el arqueólogo Sentenach, no se inclina por nadie por faltar documentos, en primer lugar, que den algún indicio y carecer de ejemplares similares que permitan una atribución. Ello no importa para que haya “que reconocer en ella —en la pintura de referencia— el ejemplar más genuino y puro del arte castellano en el siglo xv. Esta originalidad, este carácter nacional es lo que más la avalora”.

D. Salvador Viniegra cree esa atribución al maestro Miguel Zittoz completamente gratuita, pues en los inventarios de los cuadros de Doña Margarita de Austria, esposa del príncipe D. Juan, desde 1497 a 1499, no se halla ninguno, entre los pocos que se atribuyen al *maestro Michiel*, en aquellos documentos, que tenga analogía con esta tabla de los Reyes Católicos y sus hijos en oración ante la Virgen. Apunta Viniegra que “Según nuestro inventario, la referida tabla se atribuye al pintor Antonio del Rincón”.

También se ocupó nuestro llorado D. José Martí y Monsó de esta tabla del Museo del Prado, en su artículo “Retratos de Isabel la Católica”, en el *Boletín de la Sociedad castellana de excusiones* (tomo I, pág. 496, número correspondiente a Noviembre de 1904); no hizo más que glosar o comentar lo que escribieron Carderera, Cruzada Villaamil, Sentenach y Viniegra, y aunque anteriormente, sin motivo especial, había tratado del maestro Miguel Sitiun como pintor de la Reina Católica, expresó que ello “no es bastante, ni mucho menos, para suponer que el maestro Miguel fuera autor del cuadro procedente de Santo Tomás de Avila”.

Conviene advertir, de todos modos, que en el Catálogo francés del Museo del Prado, el de 1913, se pone por nota (pág. 254) que Miguel

Sitiun o Miguel Flamenco fué pintor de la reina desde 1480, y se refiere al Miguel Zittoz, y en las *Adiciones y correcciones al Catálogo del Museo del Prado*, por D. Pedro Beroqui, en la Parte segunda, "Escuelas españolas" (tomo III, pág. 55; Valladolid, 1915), se agrega que el San Pedro Mártir de la tabla, se supone sea el retrato del famoso Pedro Mártir de Anglería, y que "No comprobada siquiera la existencia de Antonio del Rincón, generalmente se admite que la tabla es obra del flamenco maestro *Michiel* (Miguel Sitiun o Sythium)". Y también se agrega que "A la misma mano deben atribuirse los números 1.922 y 1.923, *San Juan Bautista y San Juan Evangelista*", que en el Catálogo de 1910 figuraban en los anónimos de la escuela flamenca del siglo xv, mientras que en el de 1913 se clasifican ya en los anónimos de las escuelas de Castilla del siglo xv, a continuación de la tabla con los Reyes Católicos a que vengo refiriéndome.

Es decir, que la famosa y conocidísima tabla de Santo Tomás de Ávila se supone como obra más probable de Miguel Sitiun que de Antonio del Rincón, del que no se tiene ninguna noticia auténtica, por lo cual alguno duda hasta que existiera tal pintor, pues lo de las tablas del retablo de Robledo de Chavela (Madrid), lo de las pinturas de retratos de los Reyes Católicos y otra porción de cuadros que se han citado, parece una leyenda. (Véase el interesante trabajo de D. Elías Tormo en el *Boletín de la Sociedad castellana de excursiones*, tomo I, pág. 477, titulado "Nuevos Estudios sobre la Pintura española del Renacimiento: número 2.—El retablo de Robledo, Antonio del Rincón, pintor de los reyes, y la colección de tablas de D.^a Isabel la Católica".) Por ninguna parte aparece documentado el nombre de Antonio del Rincón, de quien dijo Ceán (*Diccionario*, tomo IV, pag. 197), sin embargo, que había nacido en Guadalajara en 1446 y falleció el 1500, y solamente se ve a Hernando del Rincón en obras de pintura de la catedral de Toledo en documentos de la época, desde 5 de Noviembre de 1500 a 18 de Enero de 1503 —(Véanse *Notas del archivo de la catedral de Toledo, redactadas sistemáticamente en el siglo XVIII, por el canónigo-obra D. Francisco Pérez-Sedano*, pág. 122, y *Documentos de la catedral de Toledo*, colecciónados por D. Manuel R. Zarco del Valle, tomo I, págs. 66 a 74)—Hernando del Rincón que quizá fuera el Rincón de 1494 que pintaba en la claustra, —aunque se ha supuesto que este fuese el indocumentado Antonio — y el que en documento de la primera época del Emperador se

dice Hernando Rincón de Figueroa, natural de Guadalajara, pintor del Rey Católico y veedor y examinador de los pintores y sus obras en los reinos de Castilla, cuyo cargo solicitaba le confirmase D. Carlos I. Se ha supuesto a este Hernando del Rincón hijo de Antonio, y más porque figura, documentalmente, desde 1500, precisamente desde el año en que se dijo murió Antonio; pero nada hay de cierto de éste, aunque su nombre ha sido tan traído y llevado por los críticos y escritores de nuestro arte en tan diferentes ocasiones.

La alusión del Sr. Mendizábal a Antonio del Rincón en pinturas del convento de Santa Clara de Valladolid, es completamente gratuita, sin fundamento de ninguna especie; se lo diría alguien y estampó la incierta noticia; tan gratuita como la que dió Bosarte en el *Viaje artístico* al decir que vió en la casa de los capellanes contigua a San Juan de Letrán, de Valladolid, dos retratos de los Reyes Católicos pintados por Antonio del Rincón, con un letrero que decía eran cofrades de la hermandad de San Blas, y que por arruinarse la iglesia pasaron las pinturas con la cofradía a San Juan de Letrán, en el Campo Grande, añadiendo que parecían estar hechos por el natural, y con los trajes que usaban los mismos reyes.

Hubo una época en la que todos los retratos de la Reina Católica eran de Antonio del Rincón, así como las tablas de los llamados primitivos, tan abundantes por las iglesias, se calificaban de Alberto Durero o de su escuela o estilo. Muchos retratos existieron de D.^a Isabel, es cierto; mas fueron poco apreciados en la época, como demuestra este párrafo de una carta de D. Martín Salinas a D. Fernando, el hermano de D. Carlos I (desde Palencia a 29 de Septiembre de 1534, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XLV, pág. 35): "V. M. demanda la pintura de la reina Doña Isabel para la poner con las que ha habido. Yo la buscaré, aunque creo que será mala de haber; porque como V. M. sabe, acá son poco amigos de tal cosa, en especial en aquel tiempo; y hay muy gran falta de oficiales en Burgos; en Miraflores creo que tienen un retrato, aunque es del tiempo de mocedad. Yo haré la diligencia que convenga para enviarla." Ese retrato, que vió Andrés Navagero en 1527 en la Cartuja de Miraflores, es de "cuando era ya vieja" la reina; lo contrario que dijo Salinas al infante de España D. Fernando, y es el existente en el Palacio Real de Madrid, que se atribuyó a Antonio del Rincón.

En resumen, que no hay nada auténtico de Antonio del Rincón ni se

ha demostrado siquiera que hubiese un pintor de ese nombre, aunque se haya repetido mil veces el supuesto. Y, por tanto, que no puede adjudicarse de ninguna manera la tabla del convento de Santa Clara de Valladolid, al indicado alcarreño.

Creía muy fácil pista, para averiguar el nombre del pintor, trabajar sobre los papeles viejos del convento, pues determinada la familia en la tabla representada, habría alguna probabilidad de éxito al acudir a los archivos de las casas que hubieran sucedido a los donantes, porque, indudablemente, éstos tenían que ser acaudalados y de buena posición social. Pero todo ha sido en vano. La reverenda madre abadesa, sor Lucía Martínez, con una amabilidad nunca agradecida, ha puesto a mi disposición los diez o doce atados que constituyen el fondo del desordenado archivo antiguo: ni en los testamentos, memorias de misas, fundaciones y renovaciones de censos, ni en las cuentas, ejecutorias, pleitos o apuntes sueltos, he visto la noticia más remota que hiciese alusión a la tabla ni a la tradición, siquiera, de las esclavinas de piel. Nada de D. Federico o D. Fadrique, ni cosa que lo valga.

Entre las familias de significación que veo relacionadas con el monasterio de Santa Clara en el primer cuarto del siglo XVI, se encuentran D. Juan de Robles (ya fallecido en 1520) y su mujer D.^a María de Acuña, y el hijo de ambos D. Juan de Robles, señor de Villarmentero, casado con D.^a Juana de Cabrera: la familia de los Robles, de la que hay muchos individuos en el siglo XVI, emparentó con el vizconde de Valduerna y el conde de Miranda.

Otro matrimonio bienhechor del convento lo fué el licenciado Francisco de la Bastida, abogado de la Real Chancillería, y su mujer Ana de Espinosa, cuyo hijo, Jerónimo de la Bastida, casó con D.^a Leonor de Figueroa.

También se lee algo referente al oidor licenciado Pedro Ruiz de Villena y su mujer Juana de Olivares, y me alegró saber que sus dos hijas D.^a Ana y D.^a Isabel de Villena, fueron religiosas profesas de Santa Clara, y aún aparece otra hija casada, llamada D.^a Margarita, pues en esas dos hijas religiosas podían verse las dos monjitas arrodilladas delante de Santa Clara en la tabla; y el matrimonio debió tener buena fortuna, por cuanto en las particiones hechas en 1525, intervinieron los doctores Pero López de Alcocer y Francisco de Espinosa, el sobrino, y el licenciado Francisco de la Bastida; pero no creo que sea esta familia

la retratada, pues el licenciado Pedro Ruiz de Villena, decía hacia 1522 que sólo le quedaba para consuelo de su vejez el licenciado Antonio de Villena, ya que el otro hijo, Juan, había sido degollado en Burgos a raíz de las Comunidades, por lo que por aquél suplicaba. Fué el oidor un abogado que en tiempos de los Reyes Católicos ganó muchísimo dinero con su profesión; mas al ser nombrado oidor, sufrió grandes mermas. En la época de la pintura de la tabla era ya de la Real Chancillería; iba a retratarse, entonces, sin el traje propio del oidor, tan joven y con tantos hijos, niños aún?

Por último, encuentro a los esposos Galván de Boniseni y D.^a Catalina Perrote (Perrote se escribe en otros documentos), quienes en 29 de Septiembre de 1525, adquieren el patronato de la capilla mayor de la iglesia de Santa Clara, habiendo de dar al monasterio 50.000 mrs. de préstamos o beneficios simples, anejados a su costa, dentro de los diez años siguientes, y si no pudieran haberlos darían al convento 30.000 maravedís de juro de heredad perpetuos, situados en Valladolid o veinticinco leguas "al redondo". Muchos Boniseni de Nava salen en los papeles del convento, que no he de citar; sería la familia más rica que protegió a la casa religiosa; tanto, que dos sucesoras, D.^a Isabel Boniseni de Nava y D.^a Ana de Herrera y Francia, casada esta última con D. Cristóbal Boniseni (hijo de Antonio Boniseni y de D.^a María de Nava y sobrino de Fr. Pedro Boniseni Perrote, tío también de D.^a Isabel, el comendador de Fuentelapeña y recibidor general de la orden de San Juan, que dice la inscripción de su sepulcro en Santa Clara), fundaron mayorazgos que, a falta de sucesión, que determinaban, pasarian al convento. Estos mayorazgos no eran insignificantes cuando D. Cristóbal, por concierto y transacción hechos con el monasterio, por ceder éste el derecho a los bienes del mayorazgo de D.^a Isabel, por los días de D. Cristóbal y por los de sus hijos descendientes legítimos, dió a las religiosas dos mil ochocientos ducados. Un hijo de D. Cristóbal Boniseni y de D.^a Ana de Herrera, fué el famoso D. Galván Boniseni de Nava, regidor perpetuo de Valladolid, como otros sus antecesores, a quien el mordaz Tomé Pinheiro da Veiga (*Fastiginia*, traducción española por D. Narciso Alonso Cortés, pág. 193) llamó "D. Galván, archifidalgo", y le citaba en 1605 como una de las siete maravillas de la ciudad, citando también sus casas (que estaban en la placetilla de la Trinidad, en la parroquia de San Lorenzo, según cita del Sr. Cortés —hoy plaza de Santa Ana—), que tenían "390

aposentos", entre las más principales de la ciudad, con las del Almirante, las de los Condestables, las del Conde de Benavente, las de D. Alvaro de Luna y las que edificaban el Rey y el Duque de Lerma. (Este D. Galván falleció en vísperas de casarse el 20 de Julio de 1605.)

Apunto estos detalles para expresar que de las familias mencionadas viviendo en el primer cuarto del siglo XVI, la de Boniseni era la más rica, y ella puede ser la que con alguna probabilidad esté retratada en la tabla de Santa Clara, pues prescindo de otra multitud de señores y señoras que dejaron memorias de misas en el convento, por sonar poco sus nombres o porque fueron anteriores al cuadro, como D.^a Inés de Guzmán.

Algunas probabilidades, como digo, tienen Galván Boniseni y su mujer D.^a Catalina Perrote de ser los donantes de la pintura interesantísima. Esta es obra estupenda; no podía ser regalada por un cualquiera, y habrían de ser aquéllos personas devotas de la Virgen y del convento, y los citados adquieran en 1525, luego de ser pintada la tabla, el patrocinio de la capilla mayor. Ello no puede ser cierto; pero lo apunto como probable.

Referente a las esclavinas encuentro en la *Hist. de Valladolid* de Antolínez (lib. 2.^o, cap. 47) que "También fué bienhechor de este convento el licenciado Pedro Juarez, un gran abogado de esta Chancillería, el cual dió el retablo colateral del lado del Evangelio, donde está grabado su escudo de armas, que es una punta de diamante cercada de un letrero o mote por orla, que dice: *Sola mi virtud me ofende, que la agena ni daña ni emprende*. Asimismo dejó renta con que se comprasen cada año 12 zamarros, que se repartiesen entre las monjas más viejas, para que más abrigadas fuesen a los maitines en invierno, y se conserva este donativo y obra pía"; mas no hallo referencias ciertas de ese licenciado Juárez, el cual, según G.-Valladolid (*Datos para la historia biográfica de Valladolid*, I, 735), "Corresponde al siglo XV", sin saber en qué se fundaba, verdad que también dice de él que era "eminente" abogado y que "se distinguió tanto por su ciencia" y "la justa fama que logró en el foro", y no se le conoce más que por lo de Antolínez, de quien lo tomó aquél. Encuentro al bachiller Pero Suárez, quien pudiera ser el licenciado Juárez, según Zurita Nieto (*Aniversarios, obras pías y memorias fundados hasta 1622 en la iglesia de Santa María la Mayor (hoy Metropolitana) de Valladolid*, pág. 19), aunque no asegura la atribución más que

por la diferencia de *Suárez* a *Juárez* por lo de *bachiller* a *licenciado*, que tampoco es grande. Al Pedro Suárez le veo citado en unas escrituras de censo hechas a favor del Colegio de Santa Cruz, y pertenecen a 1568 (*Papeles pertenecientes al Colegio mayor de Santa Cruz de Valladolid*, por Rivera Manescau, págs. 31-32); no podía ser Suárez el retratado en la tabla. Tampoco veo la relación de las esclavinas con la hermosa pintura, y mucho menos que ésta pudiera pertenecer al retablo que hizo el letrado en el lado del Evangelio. Además el licenciado Juárez fué enterrado en el claustro del convento de San Agustín, y sería de extrañar esa predilección para hacer su sepultura si tan favorecedor hubiese sido del monasterio de Santa Clara como el cuadro manifiesta.

Así y todo, aunque la familia Boniseni fuese la que mandó la tabla al convento de Santa Clara, no deduzco nada relacionado con el pintor. El fué un maestro: eso es evidente; pintaba admirablemente los tipos castellanos; pero se nota en la pintura la influencia flamenca más que otra alguna; pudo ser, como ya he repetido, un pintor castellano muy influido del arte flamenco o un flamenco castellanizado. Por la época del cuadro, o poco antes, estuvieron por Castilla, Francisco Chacón, Juan de Flandes, el alemán Melchor y Miguel Sitiun, pintores de la Reina Católica, y Antonio de Comontes, supuesto discípulo de Antonio del Rincón, Pedro Berruguete, Santos Cruz, Fernando Gallegos, Juan de Villoldo y Juan González Becerril, yerno de Pedro Berruguete. Entre éstos creo que pudiera estar el autor de la tabla, pues aunque en la época del cuadro vivieron en Valladolid Alonso Berruguete (que aquí se presentó primeramente como pintor) y Alonso de Avila, Juan de Corrales y Juan Macías (que como pintores firmaron una suplicación al rey con Alonso Berruguete), Pedro de las Heras y Alonso Rodriguez y otro grupo que aparece en 1525 cerca también de Alonso Berruguete, formado por el conocido Antonio Vázquez y Gregorio de Ribera, Gaspar de Valladolid, Hernán García, Alonso de Ortega y Andrés de Melgar, todos vecinos de Valladolid, eran jóvenes (de veinticuatro a treinta años), y el Vázquez, el más viejo de ellos (nació el 1485) y el más importante, no llegó, ni con mucho, por lo que de él se conoce, a lo que representa la tabla de Santa Clara, y el estilo de Alonso Berruguete, a juzgar por las pinturas del retablo de San Benito de Valladolid, y las de gran interés del de San Martín, de Medina del Campo, era muy distinto al de la pintura que voy estudiando.

Entre los pintores citados en primer lugar hay uno cuyo nombre se ha unido, y nadie ya lo rechaza, a la tabla del Museo del Prado procedente de Santo Tomás de Avila: es Miguel Sitiun. No vino a España como pintor de D.^a Margarita de Austria, aunque figura luego como criado suyo (entró la princesa en Burgos el 18 de Marzo de 1497), sino que desde antes, desde 1492, estuvo al servicio de la Reina Católica: otro argumento más para que sea el autor de la tabla de Avila, retrasando un año la fecha que alguien señaló como probable, dado que en ella están retratados D.^a Isabel y D. Fernando y dos de sus hijos. He indicado también que tiene algunos puntos de contacto, salvo la arquitectura representada, la tabla de Valladolid con la de Avila, aunque me parece mejor aquélla, sobre todo en las cabezas ya dichas de la familia donante y en otros detalles de mayor fineza; pero eso sólo indica que el maestro se había hecho más maestro y que en los retratos disponía de más tiempo en la tabla de Valladolid que en la Avila, pues no se molesta tanto a reyes como a particulares cuando se colocan ante el caballete de pintor. Hay diferencia en los motivos de arquitectura de una y otra tabla, pues mientras son góticos en la de Avila, son del Renacimiento en la de Valladolid; eso tampoco es inconveniente, pues cuando se pintaba aquélla era el 1492, probablemente, y cuando se trabajaba en ésta, corrían años del siglo XVI, los de la segunda decena de la centuria, casi seguramente. Además, casos ha habido, como el de Damián Forment, en que un artista comenzó su vida laborando a lo gótico y la terminó trabajando en formas renacentistas. ¿No pudo ser otro caso el flamenco Miguel Sitiun y se acomodó, como buen artista, al ambiente de época y a las modas de los tiempos?

No hay ningún obstáculo ni inconveniente que poner para que si Sitiun fuese el autor de la tabla de Santo Tomás de Avila, lo fuera igualmente de la de Santa Clara de Valladolid. Es más: hay otro dato que afirma la residencia de Miguel Sitiun en Valladolid, por lo menos el año 1515, precisamente en días a que pertenece la pintura, y hasta el dato viene como a querer decir que Sitiun no quiere salir de Valladolid por esa fecha, por estar, sin duda, ocupado en obra de empeño, y da poder para que le cobren una porción de maravedís, casi toda su paga de cuando estuvo al servicio de D.^a Isabel la Católica como pintor.

La noticia, el dato escueto, y sin relacionarle con nada y menos con obra de arte, le dió D. José Martí en sus *Estudios histórico-artísticos*.

(pág. 303), sin comprender la importancia que pudiera tener, verdad que no dió su opinión en la tabla de Avila y no conoció, ni por fotografía, la de Valladolid.

D. Pedro de Madrazo, en el *Viaje artístico de tres siglos.....* (pág. 19), dió la noticia de que en los inventarios de los cuadros de D.^a Isabel la Católica sólo aparecían los nombres de *Michel* y *Jeronimus* como pintores, habiendo sido el archivero D. Francisco Díaz y Sánchez, quien encontró en el archivo de Simancas una cédula de D. Fernando el Católico, en la que se cita un “*Michel Flamenco, pintor que fué de la reina nuestra señora*“.

Efectivamente, según el extracto de Martí, desde Segovia, a 7 de Septiembre de 1515, el Rey Católico dió una cédula dirigida a “Ochoa de landa, thesorero de los descargos de la señora Reyna my muger”, para que pagase “a michel flamenco, pintor que fué de su señoría“, 116.566 maravedis (116.666 escribió Madrazo) “de todo el tiempo que sirvio a su señoría desde principio del año pasado de noventa e dos hasta que su señoría finó“, habiendo de darle 11.250 mrs. “luego“, es decir, inmediatamente, y los otros 105.816 mrs. “de la librança de Aranda del año benidero de quynientos e diez e seys“. (Mal se echó la cuenta, pues la suma de las dos partidas importaba 117.016 mrs., y no los 116.566 que se daba como total del tiempo servido.)

Pocos meses después, el 28 de Noviembre de 1515, “mychel sytiun“, en el testimonio de Damián de Portillo, otorgaba poder en Valladolid mismo, titulándose “michel sitiun, pintor, cryado de madama la princesa doña margarita“, a Alonso de Argüello, secretario del príncipe y tesorero de dicha princesa “e vecino desta noble villa de Valljd“, para que en su nombre cobrase 105.416 mrs. que le estaban librados “del rrey don Fernando en ochoa de landa, thesorero de los descargos de la Reyna doña ysabel..... del servicio que yo fice a la dicha señora Reyna doña ysabel de my oficio de pintor.....“ (Tampoco confrontaba esa cifra con la dicha en la cédula de D. Fernando, y sumada con la de 11.250, ascendía el total a 116.666 mrs., 100 más que el expresado por el Rey Católico.)

Relacionando todos esos datos y observaciones ya hechas, no creo que pueda tacharse de ligereza y menos de fantasía, atribuir la tabla de Santa Clara de Valladolid, al flamenco Miguel Sitiun. Más probabilidades tiene de ser suya que la misma de Avila, pues, al fin, por 1515,

según se ofrece por todos sus detalles, se pintaba la tabla de Valladolid, y en Valladolid estaba el maestro, que lo era sin duda alguna, en 1515, según se ha visto, y, repito, quiere cobrar los maravedis que le debían y no quiere salir de Valladolid. Indudablemente estaba muy atareado el artista, y no era pequeña labor la de la pintura de la tabla de Santa Clara.

Quizá no resulte cierta la atribución; pero por tal la tengo mientras no se demuestre otra cosa. Ello es razonable; está fundado, y, hasta la fecha, no hay inconveniente que rechace mi hipótesis, ni nada que se oponga a mi criterio; antes al contrario, todo ello está en lo muy probable y lo afirma.

Si la tabla de Avila es de tanta magna importancia como se ha dicho, ¿cómo juzgar la de Valladolid? Por eso es de sentir más y más y de deploar, con verdadero sentimiento y pena, la correría de la magnífica pintura a tierras donde sobran elementos de arte y obras estupendas. Y ¡todo por 1.400 pesetas miserables! Ciertamente, las religiosas del convento de Santa Clara no supieron lo que hicieron o las informaron muy mal, o, sencillamente, las engañaron.

Y ¿no hay remedio para ello? Yo creo que sí. Dicenme que la interesantísima tabla ha pasado en el último verano al famoso pintor D. Ignacio Zuloaga, quien la cree, dicho sea de paso, de Antonio del Rincón. Está en buenas manos, por tanto. Y con facilidad ¿no puede pasar de las suyas, que han pintado obras tan alabadas que han enaltecido el arte español contemporáneo, al Museo de Bellas Artes de Valladolid? No creo que el gran Zuloaga se opusiera a cosa tan razonable. Para ello tiene la palabra el ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, tan unido por tantos vínculos a Valladolid, y de lo contrario una acción común, que no he de detallar, del Ayuntamiento, Academia, Museo y Ateneo de la ciudad debe ser iniciada inmediatamente para favorecer el rescate. Es de conciencia y de honor que la tabla de Santa Clara de Valladolid, vuelva a la ciudad donde ha permanecido, quieta y pacíficamente, durante cuatro centurias.

Yo, por mi parte y con esta fecha, así lo solicito del Director general de Bellas Artes.

JUAN AGAPITO Y REVILLA
Delegado Regio de Bellas Artes

Valladolid, 21 de Octubre de 1921.

Los Celtas y la civilización céltica en la Península ibérica

De lo que se refiere a la Arqueología de los Celtas en España, es poco lo que se ha dicho hasta ahora. Incluso se ha atribuido a Iberos o a Celtíberos lo que les pertenece. Pero no por tal preterición de los investigadores es menos cierto que sus huellas pueden reconocerse perfectamente en la cultura que reflejan los hallazgos arqueológicos. Tal es el caso de las necrópolis del Centro de España dadas a conocer por el Marqués de Cerralbo y de otros hallazgos de Portugal y Galicia.

El mismo Schulten, a pesar de que con ello su teoría de la prioridad de los Celtas respecto a los Iberos en la Meseta resulta firmemente comprobada, no se decidió a atribuir a los Celtas las necrópolis del Centro de España. Por su parte, tanto el Marqués de Cerralbo como otros autores, las asignan constantemente a los Celtíberos, y Déchelette parecía aceptar esta conclusión. Tan sólo H. Sandars (1), M. Hoernes (2) y H. Hubert (3) sospecharon que se trataba de una cultura de los Celtas.

Por nuestra parte, ya en 1913 (4), al intentar por primera vez una agrupación sistemática de la cerámica ibérica y señalar sus diferencias regionales y cronológicas, planteamos el problema.

Luego hemos intentado varias veces atribuir a los Celtas tanto dichas necrópolis como otros hallazgos (5). Hoy creemos llegado el momento

(1) *The weapons of the iberians. Archaeologia*, 1913.

(2) Recensión del trabajo de Sandars en la *Wiener Prähistorische Zeitschrift*, II, 1914, pág. 85.

(3) H. Hubert, *Notes d'archéologie et philologie et d'archéologie celtique*, II; *Revue Celtique*, 1914, págs. 37 y 38.

(4) En la primera redacción de *El problema de la cerámica ibérica*, publicada en 1913 con el título *Zur Frage der iberischen Keramik* en la revista *Memnon. Zeitschrift für die Kunst-und Kulturgeschichte des alten Orients*, VII, 1913.

(5) Véase *El problema de la cerámica ibérica* (Madrid), *Memorias de la Comisión de investigaciones paleontológicas y prehistóricas*, 1915, págs. 4-8. Véase también las recensiones de los trabajos de Sandars y del Marqués de Cerralbo en el *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans* (Crónica), V, 1913-1914, págs. 943 y 940, respectivamente. *Las últimas, investigaciones arqueológicas en el Bajo Aragón, y los problemas ibéricos del Ebro y de Celtiberia* (*Revista histórica*), Valladolid, 1918, pág. 11 y siguientes de la tirada aparte). Además, *La ar-*

de afirmar que no sólo es posible ver comprobada en la Arqueología con la más completa seguridad la existencia de culturas célticas en la Península, sino también de señalar en ella diferencias regionales que corresponden a distintas tribus y hasta de utilizar tales datos para contribuir a la resolución del problema de los movimientos célticos en la Península y de su límite con los Iberos, siendo de esperar que el progreso de la investigación compruebe nuestras conclusiones y las refuerce con nuevos datos, sobre todo en lo que concierne a los grandes territorios de la Península, de los cuales aún carecemos de materiales.

Para tener una base sólida sobre que operar, es decir, para saber en qué época debemos buscar la posibilidad de atribuir a los Celtas determinadas culturas, es preciso empezar por ver qué nos dicen los textos acerca de los Celtas.

La Arqueología, independientemente del estudio de las fuentes literarias, ha señalado la existencia de culturas distintas en la Península; las fuentes nos permiten darles nombres históricos y al comparar el resultado de ambos métodos se aclaran muchos puntos que quedan dudosos al tener en cuenta uno solo de ellos (1).

I

Los Celtas en los textos históricos

1) *Las fuentes y la distribución de los Celtas en la Península.*

Las fuentes literarias no nos dicen gran cosa de los Celtas de España, pero sí lo suficiente para que se pueda señalar su presencia en la Península desde un cierto momento y para determinar sus límites con otros pueblos (2).

La primera fuente que los cita es el antiguo Períplo griego, que consti-

queología prerromana hispánica (apéndice a la traducción de *Hispania*, de Schulten (Barcelona, La Académica, 1920), págs. 180-181 y 187. Ultimamente el Sr. Cabré, que antes se resistía a aceptar la atribución de la cultura post-hallstáttica del centro de España a los Celtas, después de conversaciones con el autor y de la publicación de nuestros trabajos citados, parece admitir dicha atribución. Véase Cabré: *Acrópolis y necrópolis cántabras de los celtas berones del Monte Bernorio* (publicación de la Sociedad de Amigos del Arte) (Madrid, Gráficas reunidas, 1920).

(1) Debo hacer constar que en la inventariación de las estaciones y en su situación en el mapa, así como en la confección de los que acompañan al presente trabajo, me ha ayudado eficazmente mi discípulo D. José de C. Serra Ráfols.

(2) La reunión de los textos referentes a los Celtas, así como a los demás pueblos de la Península, y su crítica, puede verse en Schulten: *Numantia. Ergebniss der Ausgrabungen*, I (Munich, Bruckmann, 1914, caps. I-III).

tuye la base de Avieno y que debe proceder del siglo VI (a. de J. C.) (1). Ciertamente solo cita tribus sin calificarlas de celtas, pero estas tribus son las mismas que más tarde por otros textos (p. e., Herodoto) sabemos que son célticas y cuyo territorio luego se llama Κελτική (2). Tales tribus son los *Saeves*, *Cempsi*, *Berybrates*, estos últimos llamados en los textos griegos Βερύποται.

Los Saeves y los Cempsi aparecen cuando describe la costa portuguesa, situándose hacia la desembocadura del Tajo (3) y habían ocupado, al parecer, el país en donde vivían antes los *Oestrymnios* (según Schulten ligures y con igual nombre que los ligures de Bretaña) (4).

(1) No podemos entrar aquí en los problemas que suscita el texto de Avieno. Siempre se ha reconocido en él la utilización más o menos fiel de un texto anterior. La opinión general de que se trataba de un antiguo Periplo del siglo VI (antes de J. C.) de origen fenicio o cartaginés, representada, sobre todo, por Müllenhoff (*Deutsche Altertumskunde*, I. Berlín, 1890) y en España por Blázquez, fué combatida por Marx (*Avienus*, en la *Realencyclopädie*, de Pauly-Wisowa, y en *Rheinisches Museum*, I, pág. 321), quien trató de ver en dicho texto la transcripción de un Periplo griego masaliota de fines del siglo V o posterior. Esta ha sido durante algún tiempo la opinión de Schulten (obra citada y texto alemán de *Hispania*, en la *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*). Ultimamente parece volverse a la fecha antigua, aunque se atribuye su núcleo fundamental a un Periplo griego: tal es la opinión actual de Schulten en las adiciones a la traducción española de *Hispania* (Barcelona, La Académica, 1920), en unas conferencias dadas en los cursos de 1920-21 en la Universidad de Barcelona y en un trabajo en prensa, que amablemente nos ha permitido ver.

Es indudable que la descripción de las costas de la Península se corresponde, en general, con la de las fuentes del siglo VI o, todo lo más, de los principios del V (Hecateo Herodoto) antes que con las posteriores (Eforo, Pseudo Scilax), y en muchas cosas tiene el aspecto de ser anterior al mismo Hecateo, siendo concluyente el hecho de no citar la colonia de Ampurias.

(2) Probablemente en la época del Periplo todavía los Griegos no habían aprendido a distinguir a los Celtas exactamente de otros pueblos, sin teorizar acerca de su filiación étnica; en cambio, en tiempo de Herodoto (o mejor dicho, de Hecateo, puesto que en lo que se refiere al extremo occidental de Europa no hace otra cosa que transcribir noticias de Hecateo) el espíritu científico de la geografía jonia había comenzado ya a precisar los grandes grupos de pueblos occidentales.

(3) Avieno, V, 195.

(4) El problema de los Ligures tampoco puede ser tratado aquí. Schulten (*Numantia I e Hispania*), siguiendo y ampliando con nuevos argumentos las conclusiones de Camille Jullian y otros, cree que los Ligures representan la población precéltica y preibérica de la Península, así como, en general, el elemento indígena del Occidente de Europa. A pesar de las dificultades del problema ligur y de su complejidad, es indudable que el elemento anterior a los Celtas e Iberos fué reconocido como semejante en todo el Occidente de Europa por los Griegos; de aquí que con frecuencia se le aplicase el nombre de "ligur" que conocían por los vecinos de Marsella, siguiendo el mismo método que con otros nombres de tribus que se extendieron a todas las parecidas (los mismos nombres de Γραχοί, *Italici*, Iberos). Aunque

Los Cempsi viven en la mitad S. de Portugal desde un lugar difícil de precisar y limitan por el S. con los *Cynetas* (ligures, según Schulten) en la bahía del Sado (1). Más hacia el S., ya en Andalucía, aparece el nombre de los Cempsi en Avieno (2) cuando habla de la isla Cartare (cerca de la desembocadura del Guadalquivir) que dice que es poseída por los Cempsi (3), lo cual constituye una *enclave céltica* en medio del territorio de los Tartesios y separada del verdadero territorio cémpsico por el de varias tribus ibéricas y ligures.

Más tarde ya no se habla más de la isla Cartare ni de los Cempsi en Andalucía.

Los Saeves, dice Avieno que vivían en el territorio de Ofiussa, donde *arduous colles habent*. Schulten ha interpretado esto como la mitad de la Meseta, considerando que los *colles* representan las elevaciones que ofrece la Meseta desde la costa de Portugal y atribuyendo Galicia ya a pueblos ligures. Si se tiene en cuenta que la fuente de Avieno no muestra, en general, ningún conocimiento del interior de la Península y que al hablar de los Saeves se sitúa el autor precisamente en la desembocadura del Tajo, parece más propio suponer que los *ardui colles* son las montañas de Galicia y el N. de Portugal (Minho) a las cuales por su carácter quebrado, parece adaptarse mejor el calificativo de *ardui* que no a las altas planicies de la Meseta. Esta interpretación se ve reforzada teniendo en cuenta la descripción siguiente de los pueblos del N. de España: el *pernix ligus* y los *Dragani* (4), ya probablemente en Francia. El hecho de que no aparece aquí el nombre de tribus particulares (como, por ejemplo, los Astures y otras), sino el nombre genérico "ligur", es debido probablemente a desconocimiento de los detalles de la Etnografía de tales tribus ligures de la costa Cantábrica, que debió ser poco visitada en el siglo vi; esto, en cambio, da más valor a la designación de límites

con el nombre de ligures difícilmente puede designarse un elemento étnico unitario, a falta de otro mejor puede utilizarse provisionalmente para nombrar dichos elementos pre-celtas y pre-iberos.

(1) El límite parece hallarse, según Avieno (V. 200), hacia la bahía de Setúbal y del Sado, que debe ser el *patulus portus; inde cempsi adiacet populi cyneticum*, después de lo cual viene el *Cyneticum iugum* (cabo San Vicente). Que los Cinetas son Ligures, o sea ni Iberos ni Celtas, se deduce, según Schulten, por varios motivos. Su nombre, que reaparece en el *litus cyneticum*, al N. del Pirineo en un paraje ligur, parece ser una helenización de Konios, como se llaman más tarde en Polibio y como aparece en su ciudad Conistorgis. En las fuentes siempre se distinguen tanto de los Celtas como de los Tartesios, y, a pesar de que algunas veces (Herodoro) se les ha incluido entre los Iberos, sus diferencias esenciales resultan de la descripción de la vida de pastores de los Cinetas tan distinta de la ciudadana de los Tartesios vecinos.

(2) V. 255-257. Según la descripción de Avieno, debió hallarse en la desembocadura del Guadalquivir, por donde hoy se extienden las dunas de Arenas Gordas.

(3) V. 195.

(4) V. 196-198.

entre Ligures y Saeves que el Periplo debió señalar de una manera más o menos precisa, pues vemos cómo se fija en las líneas esenciales prescindiendo de detalles. Si tenemos en cuenta que geográficamente la división entre Asturias y Galicia representa una verdadera frontera natural, aunque no corresponde a los actuales límites de provincia (1), mientras que toda la región costera desde Asturias hasta la región francesa es en general una misma cosa, además de que se comprende perfectamente que al extenderse los Celtas por el Occidente, pasasen a Galicia como veremos después, parece más natural sospechar que los *ardui colles* de los Saeves son las montañas de Galicia y el N. de Portugal y que sus límites con los Ligures debió ser la frontera natural con Asturias o sea la Sierra de Rañadoiro.

Al poner en relación todo esto con los hallazgos arqueológicos, veremos cómo éstos proyectan una decisiva luz sobre el problema.

Los *Berybraces*, el tercer pueblo céltico citado por Avieno, se nombra cuando después de describir toda la costa del S. y parte del E. en donde viven pueblos ibéricos se alude a los *Berybraces* calificándolos de pastores salvajes que viven por encima de los Iberos de la desembocadura del Turia (2).

Es indudable que los navegantes griegos sólo debieron conocer tales *Berybraces* por los relatos de los Iberos de la costa a los que por su carácter de pastores salvajes debieron dar que hacer intentando el descenso a las llanuras valencianas; esta ofensiva veremos cómo puede sospecharse a través de los nombres de lugar célticos.

De los pueblos del interior de la Meseta, ni Avieno ni ninguno de los autores más tardíos da ningún detalle; ello se debe a que no debieron existir relaciones de ninguna clase con ellos y que acaso las mismas tribus ibéricas de la costa en frecuentes luchas con las tribus célticas vecinas sólo conocieron a éstas y no a las del misterioso interior, que hasta el siglo III no comienza a ser penetrado.

Poco después del Periplo habla Herodoto de los Celtas (3), el cual, sin nombrar las tribus particulares, es el primero que los cita, dándoles este nombre. Habla de los Celtas y de su importancia en el Occidente de Europa y en la Península, y al señalar los límites entre los Celtas y los Cinetas (*ligures*) se ve claro, en la coincidencia absoluta entre tales límites y los que el Periplo establece entre Cempsi y Cinetas, que Herodoto no hace más que usar el nombre genérico en lugar de los nombres particulares de las tribus.

(1) La sierra de Rañadoiro, ya en Asturias.

(2) V. 481-486.

(3) II, 33 y IV, 49. Las noticias de Herodoto seguramente tienen por base a Hecateo.

Los Saefes no aparecen ya más; los Cempsi, en cambio, los menciona mucho más tarde Dionisio el Periegeta (época de Adriano) (1), con la indicación oscura de que viven al pie del Pirineo (*ὑπαὶ πόδα Πυρηναίος*).

Ello no es sino consecuencia del error geográfico de considerar la cordillera ibérica y hasta sus derivaciones como una prolongación del Pirineo, algo así como la inexactitud de Herodoto de considerar al Istrós (Danubio) como nacido también del Pirineo a causa de su desconocimiento del interior de Europa.

Con los Berybraces volvemos a entrar en relación a través de Eforo (siglo IV) (2), el cual desde la costa oriental de Valencia los nombra situándolos también "encima de la llanura" en la región montañosa que hay que identificar con el codo formado por la cordillera ibérica al tocar el reino de Valencia al nivel del límite de la provincia de Cuenca (Véase el mapa, fig. 1.)

En lo sucesivo suena muy poco el nombre de los Celtas; así Aristóteles (fin del siglo IV a III) llama todavía a la Meseta tierra céltica (3), y poco después Eratóstenes (según la noticia conservada en Timeo) nos da a conocer en el siglo III por primera vez a los Celtíberos (4).

Las fuentes de los siglos siguientes no mencionan para nada a los Celtas en el interior de España, dominada por las mismas tribus ibéricas que perduraron hasta la época romana. Así las campañas de los Cartagineses o las guerras de la romanización no conocen ya a los antiguos Saefes, Cempsi y Berybraces, sino en su lugar a los Lusitanos, Vacceos y Celtíberos (en Portugal y en la mitad N. de la Meseta), y a los Vetones, Carpetanos y Oretanos (en la Meseta del S.).

Entonces tan sólo empieza a llamarse a España (*Ιβηρία*).

Como solos restos célticos aparecen los *Celtici* de Galicia (5) y del S. de Portugal (6). Los primeros son los ulteriores *Callaeci*. Los segundos están situados entre los Lusitanos que ocupan la cuenca del Tajo y los Conios (llamados también más tarde *Cunei*) que ocupan el valle inmediato al mar, al S. de la sierra de Monchique, y que no son más que un resto de los antiguos Cinetas (de los que han heredado incluso el nombre) arrinconados por los mencionados *Celtici*.

En otros dos lugares de la Península aparecen Celtas (además de los restos importantes que quedaron de ellos entre los Celtíberos y de los que se disolvieron entre las demás tribus ibéricas del Centro y NE.), en

(1) 338.

(2) A través del Pseudo Escimno, v. 199.

(3) De animalium generibus, 38.

(4) V. Schulten, *Numantia*, I, págs. 96-98.

(5) Mela 3, 13; 3, 11; Plinio, 4, 111. Véase también Schulten, *Numantia*, pág. 109.

(6) Estrabón, págs. 141-151, y Polibio, 10-7. Véase también Schulten, *Numantia*, pág. 109.

ambos casos en regiones montañosas casi inaccesibles: los Berones (1) en un rincón de la parte N. de la cordillera ibérica (Sierras de la Demanda y Cebollera en las provincias de Soria y Logroño), y los *Germani* (2) en un rincón de Sierra Morena.

De que todas las fuentes posteriores al siglo III describan siempre el mismo cuadro (con las mencionadas tribus ibéricas), a diferencia del que ofrecían las anteriores (con los Celtas en el Centro y Occidente y los Iberos en la costa) y de la situación de los restos célticos, siempre en regiones extremas o en rincones de montañas (lo cual indica un confinamiento forzoso), deduce Schulten con perfecta lógica que hacia el siglo III se ha producido algún cambio en la etnografía del interior de España, siendo conquistada lo mismo que la costa portuguesa por tribus ibéricas que sólo dejaron acá y allá pequeños restos célticos que en lo sucesivo fueron absorbidos poco a poco hasta desaparecer deanáloga manera a como los Celtas debieron arrinconar a los Ligures anteriormente.

Los Celtiberos, según se ha dicho, se citan por primera vez en el siglo III, y cuando conocemos su territorio viven en toda la cordillera ibérica y partes adyacentes de la Meseta septentrional, o sea el alto Duero y las cuencas del Jalón y Jiloca hasta llegar cerca de la costa por la región en donde antes vivían los Berybraces célticos. Que representan un pueblo de carácter netamente ibérico a pesar de haber podido absorber restos célticos, lo demuestra, según con razón desarrolla Schulten, tanto su manera de proceder durante las guerras numantinas, que no son otra cosa sino la defensa del último baluarte de la libertad ibérica, durante las cuales los autores que de ellas tratan los describen siempre como a Iberos, como su mismo nombre, que interpretado literalmente, significa no Celtas ibéricos (o sea Celtas en tierra de Iberos o dominando a Iberos), sino, por el contrario, Iberos célticos (o sea Iberos en tierra de Celtas o dominando a Celtas) (3). Así, a pesar de los seguros elementos célticos que en ellos persistieron (por ejemplo, los nombres de ciertos caudillos numantinos: Retógenes, Caro, etc., y aún de una de sus tribus: los Arevacos) (4), así como de otros elementos que comprobaremos con la Arqueología, no hay duda de que se trata de un pueblo de carácter ibérico, posterior a la época céltica de la Meseta, al contrario de lo que venía suponiéndose.

(1) Estrabón 158-162.

(2) Plinio, *Naturalis historia*, 3, 25: *Oretani qui et germani*. Viven los *Germanos*, de nombre céltico, mezclados con los Oretanos (Iberos).

(3) Compárese con Ἑλληνογάλαται, Λιθυφοίνκες, etc.

(4) Véase para el nombre *Arevacos*: Kunomeyer, *Zur keltischen Wortkunde IX* (Sitzungsberichte der Preussischen Akademie der Wissenschaften, Berlin, 1919, pág. 374 y sig.), especialmente la pág. 377.

He aquí cómo, según Schulten, podemos conocer cuál fuera el término de la dominación céltica de la Península, que ya hemos visto que nunca se extendió a la costa del E. y del S., ocupadas por Iberos, los cuales, más fuertes en la guerra, y sobre todo tratándose de una guerra de defensa, no se dejaron arrebatar su territorio, a pesar de que no debieron faltar intentonas de los Celtas (véase lo dicho antes acerca de la isla Cartare, junto al Guadalquivir, ocupada por los Cempsi).

2) *La entrada de los Celtas en la Península.*

El principio de la dominación céltica, según Schulten, puede imaginarse de la siguiente manera:

Su entrada debió tener lugar a principios del siglo VI (en cifras redondas hacia el 600 a. de J. C.) Esta fecha no sólo se desprende de los movimientos generales de los Celtas en el Occidente de Europa durante la primera Edad del Hierro, sino que la podemos deducir de los textos: Hesiodo, en el siglo VII, aún conoce a los Ligures como pueblo principal de la Europa occidental (1), en cambio el Periplo conservado por Avieno, en el siglo VI ya conoce los Celtas en España (las tribus de los *Cepsi*, *Saeves* y *Berybrates*). El Periplo, por otra parte, relata la ocupación céltica como cosa no demasiada lejana, y aún recuerda la retirada de los *Oestrymnios* ligures (2).

En el terreno arqueológico ya veremos cómo ello se comprueba con la aparición en España de los puñales de antenas de bronce, del último período hallstáttico, y, por lo tanto, del siglo VI.

El camino seguido por los Celtas en su extensión por España, lo reconstruye Schulten (3) a base de las indicaciones de los autores que nos dan algunos de sus límites extremos y con ayuda del estudio de la extensión de los nombres de lugar célicos y de la topografía. Tal reconstitución es como sigue:

Desde el SW. de Francia, a través del paso de Roncesvalles por Suessatium, debieron llegar a la cuenca superior del Ebro. De allí, por Deobriga y a través del desfiladero de Pancorbo (cerca de donde más

(1) Fragmento 55 (Estrabón, pág. 92). También parece referirse a Hesiodo el nombre de Λιγυστένη que se aplicó a la Península según Eratóstenes (en Estrabón, página 92).

(2) Avieno, 154 y siguiente. Tal retirada es debida, según Avieno, a una invasión de serpientes. Esto no es, en realidad, otra cosa que la llegada de los Saeves, nombre que en griego significa serpiente. Si se tiene en cuenta que la serpiente es nombre que entre los pueblos célicos suele usarse como designación de clanes, parece que la invasión de serpientes de Avieno no es sino una traducción literal del pasaje griego del Periplo que debía hablar de la invasión de los Saeves.

(3) *Numantia*, I, pág. 86.

tarde se refugiaron los Berones), atravesando la cordillera ibérica, pasaron a la cuenca del Duero por el valle del Pisuerga. (Mapa; fig. 1.)

Desde el Duero ocuparon los demás territorios que las fuentes literarias les atribuyen. Sus límites con los Iberos los reconstruye Schulten como sigue: por el lado del Ebro y de la costa oriental el límite debió

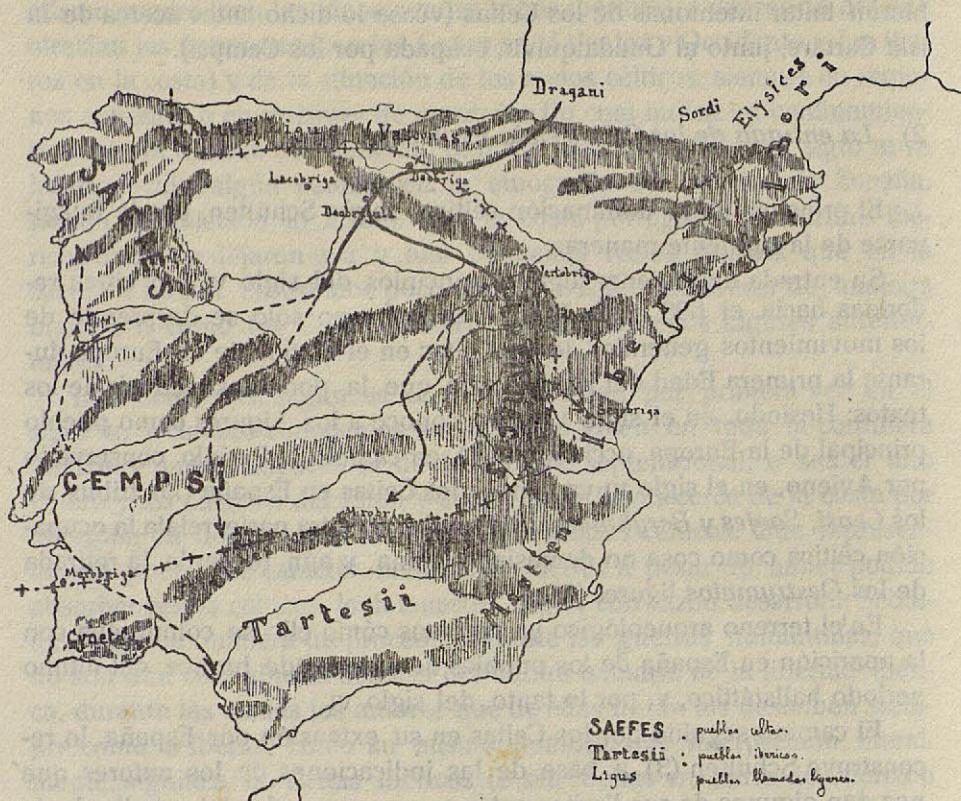


FIG. 1.

Los Celtas en la Península según las fuentes de los siglos VI-IV a. de J. C.

Las flechas indican los caminos probables (línea continua) y los hipotéticos (línea discontinua) de la expansión céltica.

ser la cordillera ibérica, en cuyo extremo viven los Berybrates, siendo sus ciudades extremas Arcóbriga y Nertóbriga en el Jalón, Contrebia en el Jiloca y Segobriga en el Palancia (provincia de Castellón).

La línea del S. la constituirían Nertóbriga, Miróbriga y Arcóbriga en la prolongación occidental de la Sierra Morena. Entre esta línea y el valle del Betis, ocupados por los Tartesios, se interponían los *Etmanei*, y en su extremo los *Gletes*. Estas tribus, lo mismo que los *Cynetas* que les siguen hacia el S. de Portugal, representan restos ligures (1) que se en-

(1) Véanse en Schulten, *Numantia*, I, págs. 86-87, los motivos para tener a los *Gletes* por *Ligures*, aunque este problema no esté del todo resuelto.

contraron prensados acaso entre el avance céltico y los Iberos ocupantes del valle del Guadalquivir, algunos de los cuales, como los Etmanei, fueron desapareciendo poco a poco absorbidos por sus vecinos.

Después del estudio de lo que la Arqueología puede aportar a la resolución de este problema, veremos como todo ello se aclara y hasta se completa en algunos puntos.

II

Los Celtas y la Arqueología

La segunda Edad del Hierro es el tiempo en que la distinción entre los pueblos de la Península puede comprobarse con la Arqueología; pero antes es posible también intentar la atribución de nombres a los grupos culturales. De momento debemos limitarnos a tratar de la avanzada Edad del Bronce y de la primera Edad del Hierro, reservando para otra ocasión insistir en ello e intentar el estudio de la etnografía del neolítico y eneolítico.

1) LA EDAD DEL BRONCE.

La avanzada Edad del Bronce de la Península, a pesar de lo mal que la conocemos, sólo por unos cuantos depósitos y por hallazgos sueltos, pero no por material seguro procedente de sepulturas, presenta un aspecto bastante homogéneo y parece estar íntimamente relacionada con las civilizaciones del bronce del Occidente de Europa: Francia y las islas Británicas (1). En la Península observamos en general la misma tipología de las hachas que en Francia, y sobre todo de las espadas. Las últimas de España (2) son idénticas a las francesas, que representan una evolución occidental de ciertas espadas típicas del IV período de la Edad del Bronce del S. de Alemania (1100) 1000 a. de J. C. Todo ello da a la Edad del Bronce del Occidente un carácter muy definido enfrente de otros círculos de cultura como el nórdico (germano), el del S. de Alemania (celtas), la cultura llamada del Lausitz, que se extendió desde Hungría hasta el Báltico (ilirios según Kossina, ciertos Germanos según Schuchhardt) o, en los países del Mediterráneo, la de las terramaras de Italia

(1) La civilización de los palafitos suizos en la Edad del Bronce en parte puede incluirse en la de Occidente, aunque presenta particularidades notables debidas al contacto cultural con el Centro de Europa, al que siguieron infiltraciones célticas.

(2) Véase la bibliografía de la Edad del Bronce española en mi *Arqueología prerromana hispánica*, pag. 175. El material gráfico véase en Siret: *Questions de Chronologie et d'Ethnographie ibériques* (París, Geuthner, 1913), capítulos destinados a la avanzada Edad del Bronce.

(italos), la de Sicilia (siculos probablemente de origen ilírico), las del Egeo (aqueos, cretenses) o las de las islas del Occidente del Mediterráneo (cultura de los nuraghes de Cerdeña y de los talaiots y navetas de las Baleares) debida a pueblos todavía no identificados con otros históricos.

La homogeneidad de la civilización de la avanzada Edad del Bronce en el occidente de Europa, indica claramente que las diferencias de cultura existentes en los períodos anteriores (eneolítico y principios de la Edad del Bronce) han desaparecido, unificándose la civilización. El hecho de que en esta civilización subsistan ciertas diferencias locales muy arraigadas (1), pero siempre con notas comunes a todo el Occidente, parece autorizar la suposición de que no se trata de un simple movimiento cultural que ha introducido tipos que se copian servilmente, sin que su propagación tenga significado para los problemas etnográficos. Por el contrario, aun subsistiendo las diferencias locales, el aire de familia que tienen todos los grupos occidentales al ser comparados con los demás de Europa, habla en pro de que aquéllos se deban a un pueblo o a pueblos afines que, absorbiendo los elementos distintos que antes pudieran existir, ha constituido una gran unidad etnográfico-cultural, sin que ello signifique una homogeneidad antropológica ni mucho menos. En este sentido es lícito, hasta cierto punto y con grandes reservas, emplear como símbolo de tal unidad el nombre "ligur", que ciertamente fué extendido por los griegos a distintas tribus del Occidente como nombre general aplicable a los pueblos pre-celtas y pre-históricos.

Efectivamente, cuando en la primera Edad del Hierro se rompe aquella homogeneidad cultural, los nuevos elementos puedan atribuirse a Celtas o a Iberos, mientras que las regiones no tocadas por ellos y que hemos de considerar como aquellas en las cuales los elementos anteriores han persistido, están ocupadas por pueblos que en algunos casos conocemos por específicamente ligures (por ejemplo, en el N. y en el S. de Francia el "pernix ligus" del N. de España).

2) LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO.

En la primera Edad del Hierro poco a poco se va aclarando todo. En Francia (2) se asiste a una brusca penetración por el NE. de la civilización hallstáttica del W. y S. de Alemania, la cual no puede explicarse

(1) Por ejemplo, las diferencias de la Edad del Bronce en las Islas Británicas, en Francia; en los palafitos suizos, en España.

(2) Véase Dechelette: *Manuel d'Archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine, primera Edad del Hierro*, y Joulin, *Les sépultures des âges préhistoriques dans le Sud-Ouest de la France* (*Revue Archéologique*, 1912, I, pág. 1 y siguiente y pág. 234 y siguiente).

sino atribuyéndola a la invasión de los Celtas. Éstos, como puede deducirse de la aparición de sepulturas con la gran espada de hierro (850-650 a. de J. C.) o con la de antenas de bronce (650-500 a. de J. C.), en el S. de Francia llegan hasta el Pirineo, en donde anteriormente se desarrolló una cultura representada por necrópolis, de incineración con material pobre, consistente casi exclusivamente en cerámica influída por las primeras formas hallstátticas anteriores a la gran espada de hierro y brazaletes o collares de bronce o hierro. Claramente se ve que esta cultura anterior a la espada de hierro hallstáttica del S. de Francia no es la verdadera civilización de Hallstatt, sino una cultura distinta, influída de lejos por ella y que termina en Francia con la verdadera civilización hallstáttica traída por los Celtas con su invasión. Los representantes de tal cultura pobre del S. de Francia no pueden ser más que los antecesores de las tribus liguras que hacia el siglo VI y siguientes citan allí los textos (los Dragani, Sordos y Elysices de Avieno y otras análogas).

Tal estado de cosas del S. de Francia es decisivo para la resolución de los problemas contemporáneos de la Península.

En ésta, durante la primera Edad del Hierro, aparecen tres grupos de hallazgos bien distintos y en regiones apartadas las unas de las otras: la civilización hallstáttica de Cataluña, los puñales de antenas del NW. y los sepulcros de Almería. (Mapa; fig. 2.)

Cataluña.—En el NE., en Cataluña, y sobre todo en las inmediaciones de la costa, se conoce una cultura idéntica a la de las necrópolis pobres del S. de Francia, cultura que en su primer período (hasta 700) evoluciona, tornándose más rica (1) y sin que aparezcan en ella los tipos de armas hallstátticas (Espolla, Tarrasa, Sabadell, La Punta del Pi, etc.). En un último período (700-500 a. de J. C.) la cultura en cuestión degenera, empobreciéndose las decoraciones de la cerámica (necrópolis de Anglés), y en su momento final (Gibrella) aparece por primera vez un arma hallstáttica típica: el puñal de antenas todo de hierro. En cambio en el interior de Cataluña (Cueva del Segre en Vilaplana, poblado de Marlés, sepulcro de Vich) hay otra variedad de cultura en la cual las influencias hallstátticas parecen penetrar en una civiliza-

(1) Sepulcros de incineración en hoyos o pequeñas cajas de piedra sin túmulo, o a lo más rodeados de un círculo de piedras que sobresalen poco del nivel del suelo, con cerámica a veces ricamente decorada con meandros, acanalados, etc. y con escasos anillos u otros objetos de bronce. Para todo lo referente a las estaciones de Cataluña, véase Bosch, *Prehistoria catalana*, 175 y siguiente y *Arqueología prerromana hispánica*, pág. 179 y la bibliografía allí citada. Para grabados, Bosch, *Dos vasos de la primera Edat del ferro trovats a Argentona. La cerámica de Hallstatt a Catalunya* (*Anuari del Institut d'Estudis Catalans*, V, 1913-1914; *Crónica*, pág. 816 y siguiente).

ción arcaizante que parece continuación la del eneolítico de la misma región (1).

Todo parece indicar que la cultura representada por las necrópolis catalanas pertenece a pueblos análogos a los que en el S. de Francia dejaron las necrópolis anteriores a la entrada de los Celtas, y, siendo las de Francia pre-célticas y acaso liguras, forzosamente debemos suponer

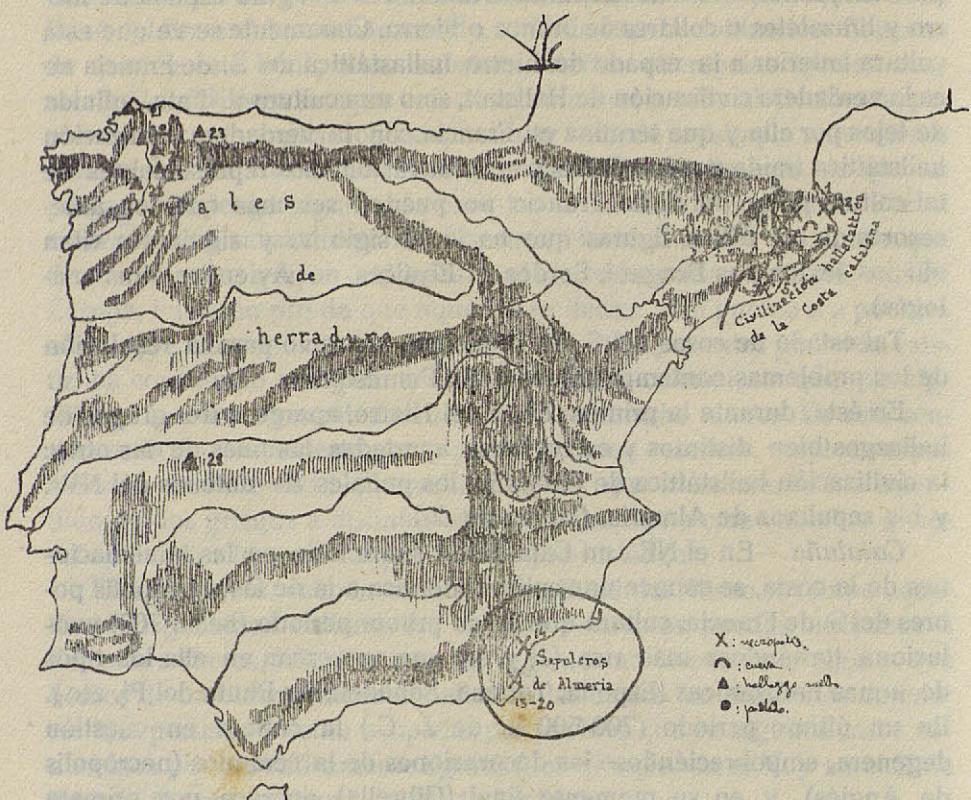


FIG. 2.
La Península ibérica en la primera Edad del Hierro.

de naturaleza análoga las de Cataluña. Mientras en el S. de Francia dicha cultura era interrumpida por la llegada de los Celtas, en Cataluña evolucionaba progresivamente sin que ningún obstáculo se opusiera a ella. A fines de la primera Edad del Hierro esta cultura decae, desapareciendo casi del todo la decoración de la cerámica (Anglés, Gibrella).

(1) Véase la publicación de J. Serra y Vilaró: *Excavaciones en la cueva del Segre (Memorias de la Junta sup. de Excavaciones, Madrid, 1918)*. Los hallazgos de la capa superior de esta cueva son típicos de la cultura del interior de Cataluña de esta época. Los de la estación más interesante, Marlés, en prensa en el *Anuari del Institut d' Estudis Catalans*, VI, 1915-1920, así como los del sepulcro de Vich.

En tal decadencia, acaso debamos ver un reflejo de la perturbación introducida por los movimientos ibéricos de la costa E. de España, que habiendo llegado en el siglo VI ya hasta la costa del SE. de Francia (Aviño) en la misma época debían atacar a los posibles Ligures de la zona costera de Cataluña.

Aunque parezca una hipótesis aventurada en el estado actual de la investigación, para plantear el problema, queríamos insinuar que el hecho de que los solos hallazgos de este período de la cultura en cuestión en Cataluña sean los de Anglés y Gibrella, en la zona montañosa de la provincia de Gerona (en dirección al Occidente), que se aparta de la costa y de las principales vías de comunicación que van hacia Francia, pudiere representar el repliegue de las tribus liguras hacia el interior, empujadas por los Iberos. El hallazgo en Gibrella de armas relativamente numerosas (un puñal de antenas, todo de hierro y varias puntas de lanza del mismo metal), que contrastan con la carencia absoluta de las mismas en las necrópolis anteriores, parece que habla también de tiempos de lucha bien distintos de los anteriores de florecimiento pacífico. De manera análoga queríamos ver en la cultura hallstáttica de la costa catalana una infiltración de elementos del S. de Francia, acaso empujados por la invasión de los Celtas.

Después del 500 así como los textos no citan en Cataluña más que tribus que se engloban con el nombre de ibéricas, el material arqueológico tampoco permite hablar más que de Iberos (1).

La civilización de las necrópolis catalanas hasta ahora no se ha comprobado en otras regiones. Más al Occidente hasta entrar en la meseta castellana no conocemos ningún hallazgo de esta época (2).

El Centro y NE. de España.—Desde la provincia de Guadalajara, hasta la costa del Atlántico, los hallazgos vuelven a menudear y consisten todos ellos en puñales de antenas de bronce, de tipo netamente hallstáttico (del período final), desgraciadamente siempre hallazgos sueltos sin otro material acompañante (3).

A parte de los hallazgos de la cuenca del Duero, a los que puede agregarse el de Aguilar de Anguita (Guadalajara), un núcleo importantísimo se halla en Galicia, llegando a tocar la parte occidental de Asturias fronteriza con Galicia (Tineo, véase en el mapa de la fig. 2 el n.º 23).

(1) Ya veremos luego cómo debe interpretarse la sola excepción de la necrópolis de Peralada.

(2) La cerámica hallstáttica de las cuevas de la provincia de Logroño de que hemos hablado en otro lugar (v. Bosch, *La cerámica hallstáttica de las cuevas de Logroño, Notas de la Comisión de Inv. pal. y prehist.*, 1915) cada vez resulta más dudosa.

(3) Veáñse los lugares de los hallazgos y la bibliografía citada en la *Arqueología prer. hisp.*, pág. 180.

También puede agruparse con los hallazgos dichos la piedra grabada de Extremadura con una representación que parece de puñal de antenas (1) (mapa citado, núm. 28).

Que la cultura de los puñales de antenas tenga su origen en la invasión céltica de la Península, parece evidente. Representa una prolongación de la civilización hallstáttica del S. de Francia y se corresponde perfectamente con los textos que citan tribus célticas en la Península en el siglo VI, fecha también de dichos puñales de antenas. La significación que pueda tener la situación geográfica de los hallazgos, en relación con los movimientos de los invasores celtas, más adelante, después de terminar el estudio del material arqueológico, la discutiremos.

La cultura de Almería. — Este grupo de sepulcros de incineración de la provincia de Almería (2), tanto por su forma (hoyos cuadrados u ovales bajo túmulo) como por el distinto aspecto de los vasos (con algunos brazaletes de bronce o hierro), se distingue notablemente de la civilización catalana contemporánea. Esta diferencia de cultura parece corresponder también a una diferencia de pueblos. Los sepulcros de Almería pueden atribuirse a tribus ibéricas.

3) LAS CULTURAS DE LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO.

En la segunda Edad del Hierro, en el S. y el E. de España, así como en la costa francesa del Mediterráneo hasta Marsella, florece la cultura llamada ibérica, cubriendo el mismo territorio que las fuentes literarias atribuyen a tribus ibéricas. Entretanto, en el N. de Francia y en el Centro de Europa floreció la civilización llamada de La Tène, cuya formación y desarrollo corresponden a los Galos, o sea a las tribus célticas que desde la primera Edad del Hierro ocupaban aquellos territorios.

En Francia, la cultura de La Tène acaba donde termina el territorio galo (los hallazgos extremos están en la línea Nimes-macizos centrales-Burdeos), y cuando en el II periodo de La Tène avanzan los Galos, avanzan también los hallazgos de objetos de dicha cultura.

En la Península, en todo lo que no es la costa E. y S., así como en el S. de Francia, antes de la penetración de los tipos de La Tène, florece otra civilización que ya veremos cómo puede filiarse desde el punto de vista de la etnografía. Tal civilización, por encima de sus grupos locales, presenta un marcado carácter hallstáttico, es decir, ofrece tipos que se

(1) Véase Breuil: *Le char et le traîneau dans l'art rupestre d'Extremadure (Terra Portuguesa)*, 1917, pág. 81 y sig., aunque se supone la piedra en cuestión de la Edad del Bronce. En nuestro concepto se trata de un puñal de antenas de fines de la primera Edad del Hierro.

(2) Id. id., pág. 179.

relacionan con los hallstátticos, sin que sean los mismos desde un punto de vista tipológico, ni puedan considerarse contemporáneos con la verdadera cultura hallstáttica de Europa (1). Tal cultura del SW. de Europa debe considerarse como una continuación de los tipos hallstátticos por los Celtas que el primer movimiento de este pueblo llevó hasta España, o por otros pueblos relacionados con ellos. Aislados lejos de los antiguos centros de la cultura céltica, así como separados de sus hermanos Galos, que transformaban la civilización hallstáttica en la de La Tène, ellos se mantenían fieles a las antiguas tradiciones hallstátticas, produciendo una civilización que puede llamarse *post-hallstáttica*, por ser posterior a la verdadera de Hallstatt, y que en el SW. de Europa equivale cronológicamente a la del I y parte del II periodo de la cultura de La Tène.

En la Península ibérica, las excavaciones y publicaciones del Marqués de Cerralbo dieron a conocer uno de sus grupos principales, y gracias a ellos ha podido sintetizarse, incorporando a ella antiguos hallazgos, así como otros que luego se han verificado (2). (Mapa; fig. 3.) Los núcleos principales de tal civilización cubren precisamente los territorios designados como célticos por las fuentes literarias.

A) EL GRUPO CASTELLANO Y SUS EXTENSIONES

a) *Generalidades*.—El grupo más típico, estudiado por el Marqués de Cerralbo, lo constituyen una gran cantidad de necrópolis de la provincia de Soria, de la de Guadalajara y la parte lindante de la de Zaragoza, necrópolis que a veces constan de muchos centenares de sepulcros dispuestos en filas paralelas, consistentes en un hoyo que contiene la urna (a veces, con otros vasos), y junto a ellas las ofrendas (armas, adornos), soliendo indicar cada sepultura con una estela de piedra ruda. Entre las armas, generalmente de hierro, aparecen espadas y puñales (en su empuñadura, a veces, con incrustaciones de plata), puntas de lanza, *soliférrea*, escudos, cascos, etc. Entre los adornos, la mayoría de bronce, pero también de hierro y de plata: fibulas, cinturones y hebillas o placas de forma de disco, con ornamentos repujados, anillos, brazaletes, ornamentos hechos con hilos de bronce en espiral, etc.

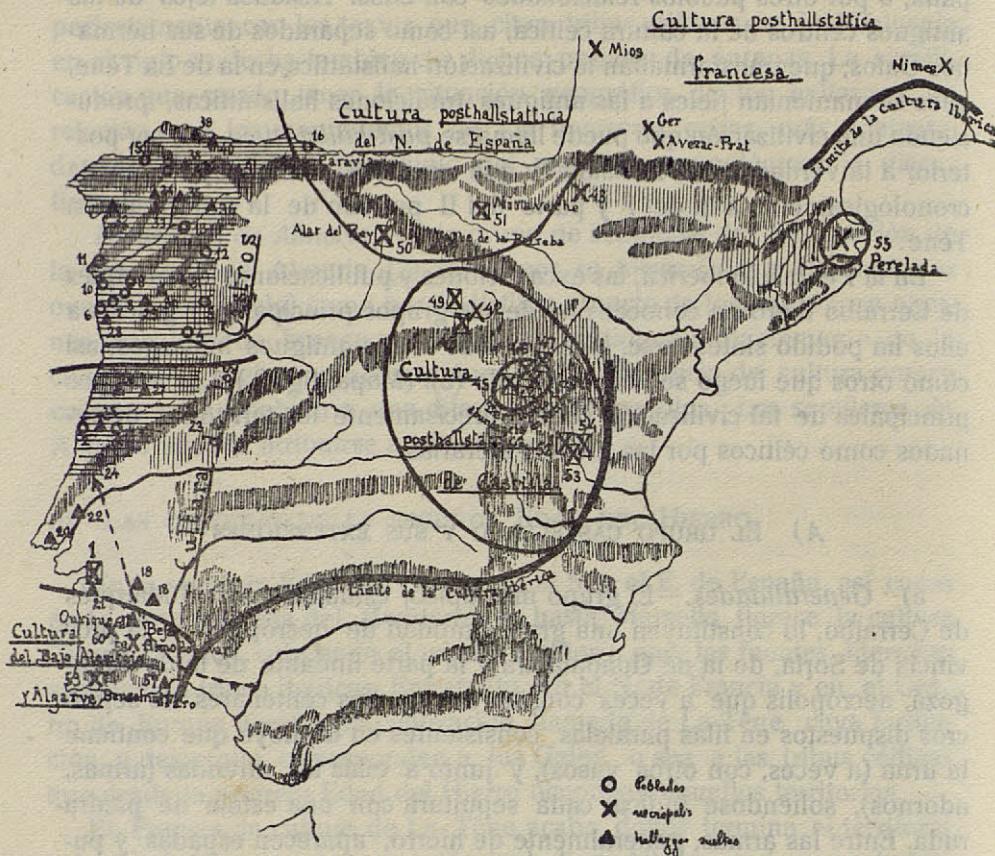
También son frecuentes objetos para caballos: bocados y herraduras,

(1) Conviene insistir en esta distinción para evitar las confusiones a que da lugar la terminología, poco precisa, empleada generalmente por los autores españoles, por ejemplo, el Marqués de Cerralbo y Cabré, que llaman a la civilización post-hallstáttica simplemente *Hallstatt* y que la subdividen de manera que no se corresponde con los sistemas adoptados en la bibliografía corriente.

(2) Véase la bibliografía citada en la *Arq. prer. hisp.*, pág. 108 y siguiente y la que luego se cita de un modo especial.

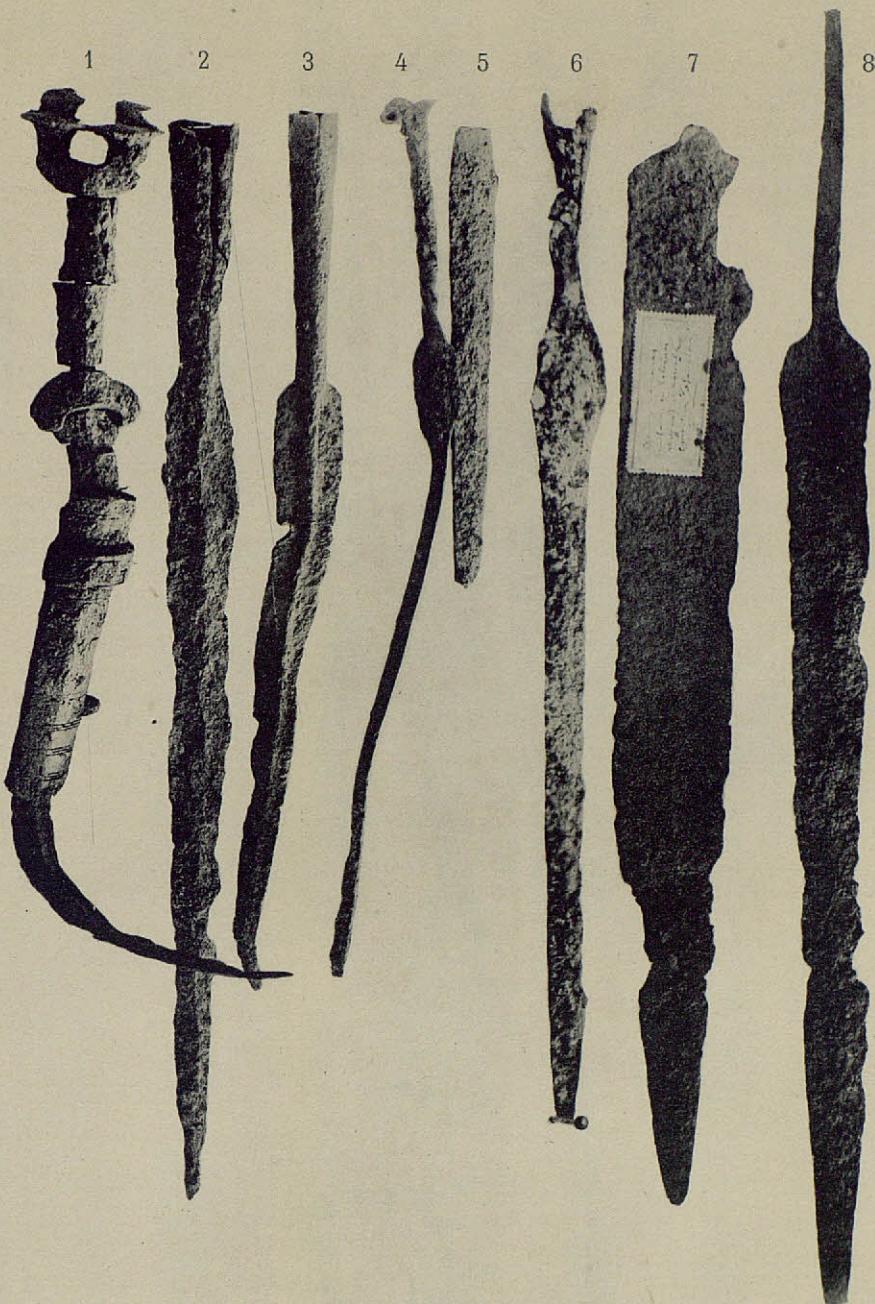
u otros objetos de uso corriente: cuchillos curvos y tijeras de hierro, fusaíolas de barro (estas últimas no sólo en los sepulcros de mujeres, sino en las de guerreros).

Además de las provincias de Guadalajara y Soria, ofrecen hallazgos pertenecientes a esta cultura Navarra y Cuenca. En el Museo de Pam-



plona existe un grupo de hallazgos, hasta ahora inéditos, de Echauri, sin que consten las circunstancias en que fueron descubiertos, pero que indudablemente proceden de una necrópolis. Se trata de una espada de antenas de hierro, otras espadas incompletas, puntas de lanza, soliférea, bocados de caballo, hoces, etc., análogos a los de las provincias de Guadalajara, Soria y Zaragoza (láms. I, II, III y IV, núms. 1-9).

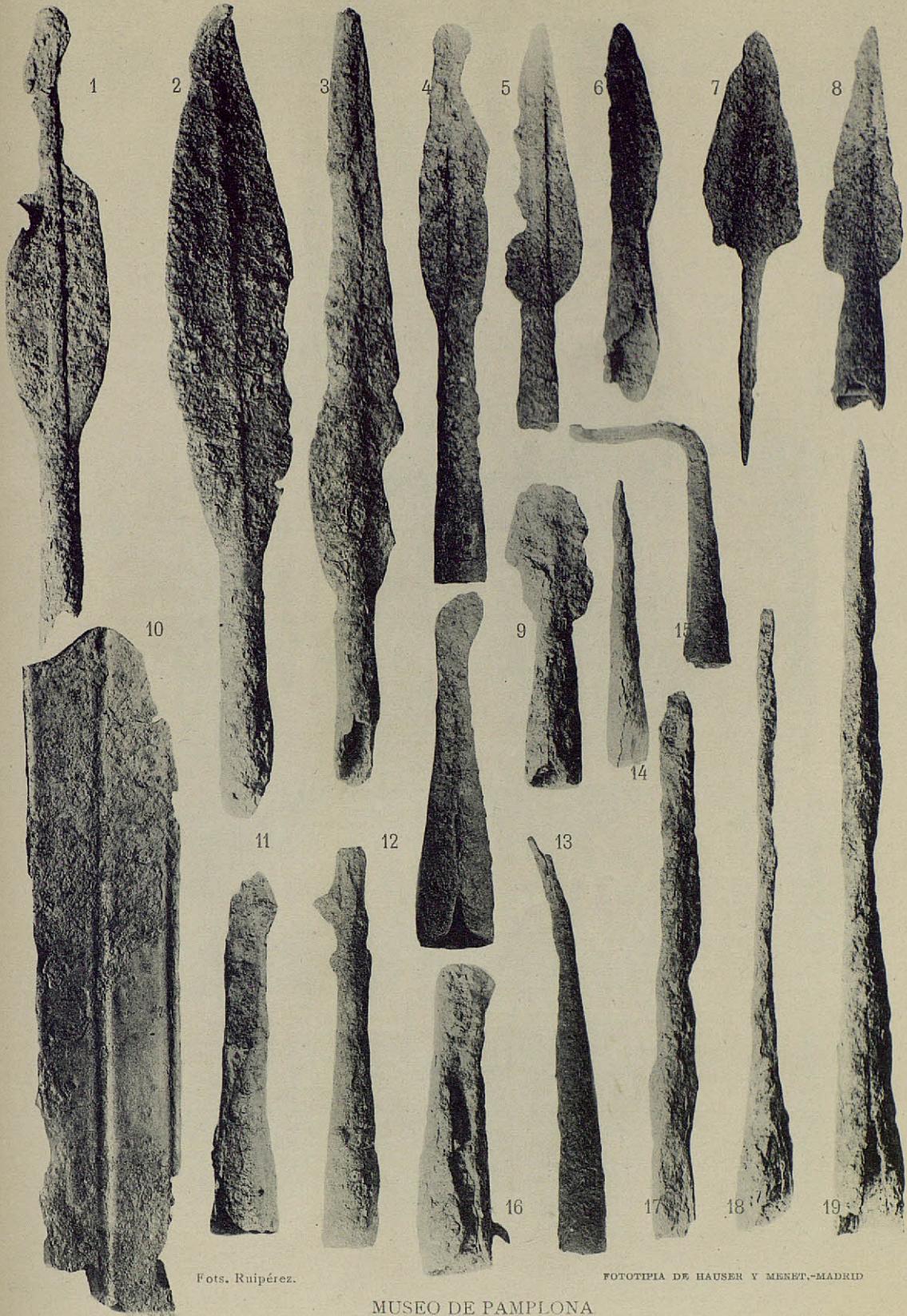
Además, en la colección de D. Francisco Martínez, de Valencia, existen los hallazgos (también inéditos) de sepulcros explorados por él en la provincia de Cuenca, en las localidades de Pajarón, Fuente Lespina y



Fots. Ruipérez.

FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

MUSEO DE PAMPLONA
Espadas y lanzas de hierro procedentes de ECHAURI (Navarra)
(Mitad de su tamaño)

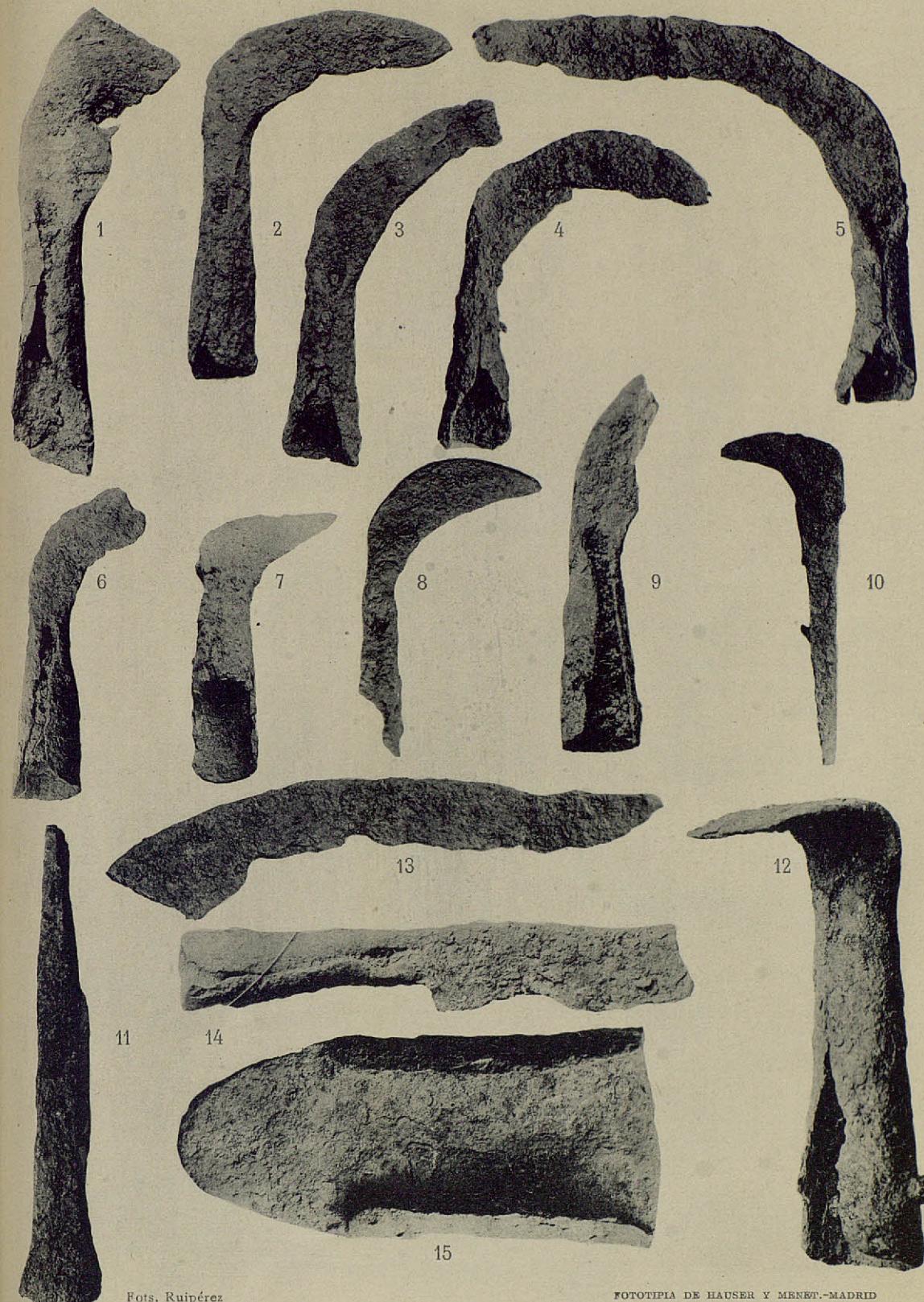


Fots. Ruipérez.

FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

MUSEO DE PAMPLONA

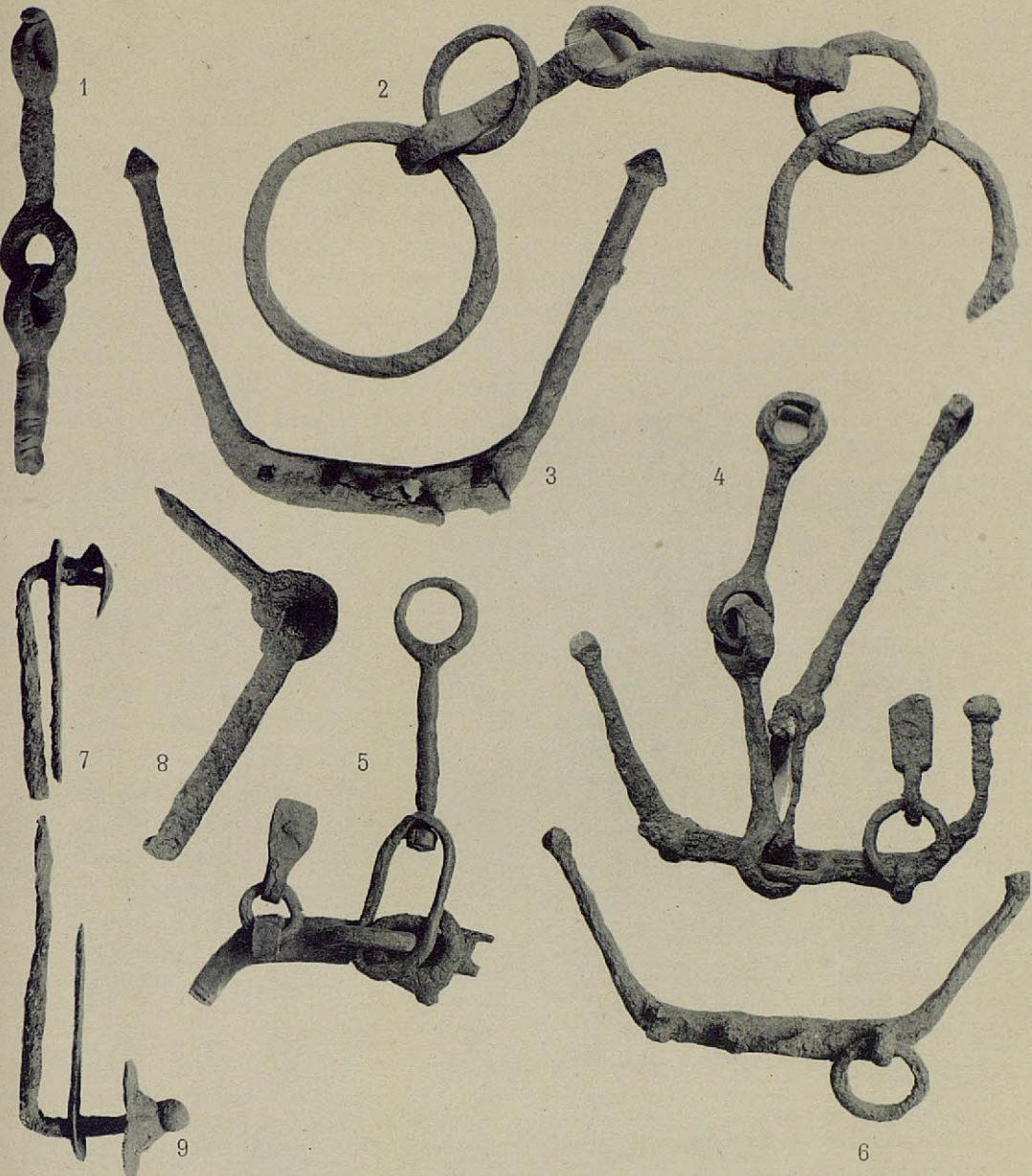
Armas de hierro procedentes de ECHAURI (Navarra)
 1-9 Puntas de lanza. 10 Vaina de espada. 11-19 Soliferrea.
 (Mitad de su tamaño.)



Fots. Ruipérez

FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

MUSEO DE PAMPLONA
Utensilios de hierro procedentes de ECHAURI (Navarra)
(Mitad de su tamaño).



Fots. Ruipérez

FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

MUSEO DE PAMPLONA

Fig. 1-9. Bocados de caballo y otros objetos de hierro procedentes de ECHAURI (Navarra.)
(Mitad de su tamaño)

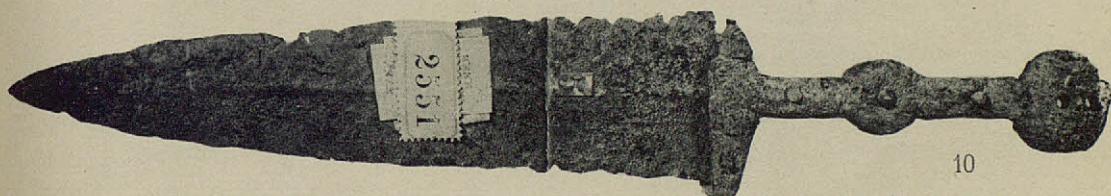


Fig. 10 Puñal de hierro (MUSEO DE TARRAGONA.)
(Dos tercios de su tamaño)

Santa Cruz de Moya. Entre ellos apenas si hay armas; en cambio, abundan los útiles y objetos de uso corriente (hachas, cardadoras, llaves, etcétera) y los bronces de adorno, sobre todo cierres de cinturón (estos últimos de tipos idénticos a los post-hallstátticos de Soria y Guadalajara, con tres o con cinco garfios y escotaduras cerradas).

b) *La tipología de las espadas de antenas y los períodos de la civilización post-hallstáttica castellana.*—Especial interés merece, entre otras cosas, la tipología de las espadas o puñales y de las fibulas, que permite una cronología exacta. De esta manera veremos cómo se pueden agrupar tales necrópolis en dos períodos distintos: uno durante los siglos V-IV, y otro desde fines del siglo IV-III, floreciendo sobre todo durante la primera parte del III.

El grupo constituido por las necrópolis del I período comprende las siguientes: Aguilar de Anguita (la más típica) (1) y Echauri (Navarra) (2), formando un grupo más antiguo *a*) y uno más moderno *b*), comprendiendo parte de los sepulcros de Aguilar de Anguita y de Quintanar de Gormaz (3) y Olmeda (4). Acaso también pertenece al final del período la necrópolis de Clares (5). Sepulcros del período siguiente (ya con espadas de La Tène II) hay pocos en Aguilar de Anguita, necrópolis que en su mayor parte pertenece a la segunda mitad del período I. De Echauri (Navarra), el poco material que se conoce es todo de la primera mitad del I período. Quintanar, por lo que se desprende de lo publicado, contiene sepulcros del fin del I período y también otros del II. En estos sepulcros se observa que las espadas o puñales, con multitud de variantes secundarias, se pueden reducir a los tipos A-D en los cuales se asiste al acortamiento de las antenas (que seguirá en el período siguiente hasta su desaparición), partiendo de un tipo parecido al de los puñales de antenas de bronce del final de la primera Edad del Hierro, el cual, por otra parte, se ha encontrado también en la región en Aguilar de Anguita (fig. 4). El

(1) Cerralbo, *Nécropoles ibériques (Congrès international d' Anthropologie et d'Archéologie préhistoriques, XIV, Genève, 1920).*

Idem, id., *Las necrópolis ibéricas (Congreso de la Asociación española para el progreso de las Ciencias, Valladolid, 1915)*, tirada aparte, 1916, Madrid.

Véanse también para Aguilar: Artiñano, *Catálogo de la exposición de hierros artísticos españoles*. Madrid, 1919 (publicación de la Sociedad Española de Amigos del Arte), con grabados, números 4, 7, 26, 27, 30, 32, 39, 40, 43, 44, 46, 48, 49, 51, 53, 56, 57, 60, 62, 64, 68, 69, 73, 74, 76, 83, 87, 88, 90, 93, 132, 133, 146.

(2) Inédita, material en el Museo de Pamplona.

(3) Artiñano, *Catálogo*, núm. 149, págs. 27-28. Además los números 148, 150, 152.

(4) Cerralbo, *Las necr. iber. (Congr. de Vall.)*, lám. XI. El material más típico inédito.

(5) Cerralbo, *Las necr. iber. (Congr. de Vall.)*, figs. 27, 38, 40 y lám. XIII. También Artiñano, *Catálogo*, números 63 y 85. Mucho material inédito.

tipo A (1), tiene aún el pomo en forma de semicírculo, que en cada uno de sus extremos o antenas termina en un disco colocado plano sobre el que sobresale un botoncito esférico. Sus variantes se reducen a alargar la hoja y a reducir de tamaño el semicírculo de la empuñadura, acabando por desaparecer los discos planos de las antenas. El *tipo B* ha transformado el semicírculo en dos antenas rectilíneas, que forman ángulo sobre una barra horizontal; los extremos de las antenas carecen ya siempre del disco colocado plano de las primeras variantes del tipo A, y los botoncitos esféricos tienen aquí la forma de dos conos truncados unidos por la base. En el *tipo C*, las antenas siguen formando los dos ángulos o recobran su forma curvilínea según los casos, pero siempre son mucho más cortas y sus terminaciones en una bola están sumamente cerca,



FIG. 4.

pero sin tocarse; la unión de las dos bolas que constituye las antenas, si es curvilinea, no llega nunca al semicírculo, pero es toda ella perfectamente visible. Este último tipo representa la transición del I al II periodo y al propio tiempo entre el grado intermedio entre los tipos A y B, que en general son equivalentes (tratándose, por lo que hace referencia al tipo B, sólo de una transcripción rectilínea del tipo curvilineo A) y el *tipo D*, que representa el punto final de la evolución, y la degeneración completa de las antenas, el cual además no suele estar representado en las necrópolis del I periodo, mientras que domina en las del siguiente.

Con los mencionados tipos de espadas o puñales A-C no se hallan nunca en la misma sepultura espadas de La Tène, que en cambio abundan mucho en las sepulturas del periodo siguiente, siendo entonces del tipo de La Tène II.

(1) Nos interesan aquí sólo las particularidades tipológicas en relación con la cronología. Acerca de las técnicas, véase Sandars, *The weapons of the iberians*, y Artiñano, *Catálogo*, pág. XX y siguiente.

En cuanto a las fibulas, en las sepulturas del período I, con dichos tipos de espadas A-D, abundan las fibulas anulares mal llamadas ibéricas, pues no son más que variantes peninsulares de un tipo itálico que se propaga por todo el Occidente de Europa, y que aunque en España aparece también en el territorio ibérico, en el netamente céltico abunda extraordinariamente; pero el más interesante es el de la fibula de botón, que es una evolución peculiar en el SW. de Europa de las fibulas del tipo de la Certosa (de fines del verdadero Hallstatt, o sea de antes del 500), que prolonga el pie hacia arriba, terminándolo en un botón esférico o plano *a*). Este tipo de fibula representa en las regiones apartadas del hogar de la cultura de La Tène en el N. de Francia, una equivalencia del tipo de La Tène I, que en ellos no aparece nunca (1), y es el punto de partida de una evolución tipológica que se desarrolla plenamente en el período siguiente de la civilización post-hallstáttica (II), evolución influida por los tipos de La Tène y que se anuncia ya en la necrópolis de Olmeda, como veremos.

La aparición en la misma sepultura de los tipos de espadas A-C, con las fibulas anulares o de botón y la ausencia absoluta de espadas o fibulas de La Tène (ni siquiera de La Tène I), es lo normal. Las excepciones a esta regla, que no hacen más que confirmarla, pues explican cómo la cultura en cuestión evoluciona hacia los tipos del período siguiente, son las siguientes: 1.^a, la continuación del tipo C, de espadas en los sepulcros del período II, frecuentemente junto con el tipo D, exclusivo de éste o con la espada y fibulas de La Tène II; 2.^a, un sepulcro de Quintanar de Gormaz (2), que contiene una espada de antenas relativamente grandes que parece entrar dentro del tipo B, junto con una fibula de La Tène I, correspondiente a la segunda mitad del período, que en la clasificación de Reinecke forma el grado B (3), y 3.^a, la necrópolis de Olmeda (4), en la cual aparece una espada de antenas análoga a la de Quintanar de Gormaz, una espada de La Tène I (?) y en ella y en la fibula se nota un acercamiento del botón al arco como en las fibulas del final del primer período de La Tène.

Al período II corresponde el grupo de las siguientes necrópolis, que también parecen comprender un grado incial *a*) y otro más avanzado *b*).

(1) Salvo en su forma final como veremos en seguida.

(2) Artíñano, *Catálogo*, núm. 149 (págs. 27-28).

(3) Véase el artículo de Reinecke en las *Altstämmen unserer heidnischen Vorzeit*, vol. V, con la sistematización de la cultura de La Tène y especialmente la explicación de las láms. 50 y 57 (págs. 281 y 330, respectivamente).

(4) Lo dicho de Olmeda se funda en el material visto por el autor en casa del señor Marqués de Cerralbo, pues del sepulcro en cuestión no se han publicado fotografías.

a) Alpanseque (1), Atance (2), Higes (3), La Requijada (Gormaz) (4). Probablemente también pertenecen a este grado Valadenovillos (5), Turmiel (6), Molino de Benjamín (7) y Luzaga (8).

b) Arcóbriga (9), Osma (10), y probablemente Ciruelos (11).

Se nota que en ningún caso aparece en ellos los tipos A-B, en cambio el tipo C, con el círculo que une las antenas muy poco visible, es el corriente en las del grado a), mientras que el tipo D, de espadas, domina en las necrópolis del grado b). El tipo D marca el final de la evolución de las antenas y representa su completa degeneración, no apareciendo visible ya nada de la unión de los extremos de las antenas, saliendo sólo las dos bolas de la empuñadura. Las bolas en este último grado han perdido su forma esférica y semejan dos botones semiesféricos.

En las necrópolis del grado b), y sólo en él, junto con las espadas del tipo D, aparece un nuevo tipo que no parece tener nada que ver con las espadas de antenas: es el puñal que se ha llamado doble globular (tipo E), y de cuya posible formación trataremos luego (fig. 5, núm. 4).

En todo el período abundan mucho las espadas de La Tène II.

(1) Cerralbo, *Las necr. ib.* (*Congr. de Vall.*), figs. 4, 19 y lám. V, 1 y 3. También Artiñano, *Catálogo*, números 1, 2, 8, 10, 11, 41, 42, 50, 59, 65 y 67.

(2) Cerralbo, *Las necr. ib.* (*Congr. de Vall.*), figs. 12 a 15 y Artiñano, *Catálogo*, figs. 12, 15, 18, 20, 22, 28, 29, 35 y 36.

(3) Cerralbo, *Las necr. ib.* (*Congr. de Vall.*), fig. 16 y lám. X, 2 y 4, Artiñano, *Catálogo*, números 3 y 37.

(4) Parte del material de Osma publicado por Mélida, *Museo Arqueológico Nacional. Adquisiciones en 1916* (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1917), lám. XIII, y también en Cerralbo, *Las necr. ib.* (*Congr. de Vall.*), apéndice II. El material del Museo de Barcelona en prensa en el *Anuari del Institut d'Estudis Catalans*, VI, 1916-1920.

(5) Cerralbo, *Las necr. ib.* (*Congr. de Vall.*), figs. 25, 28 y 29 y lám. X, 1; Artiñano, *Catálogo*, números 31, 58, 61, 70, 92, 116 y 122.

(6) Cerralbo, *Las necr. ib.* (*Congr. de Vall.*), fig. 11; Artiñano, *Catálogo*, números 17 y 107.

(7) Casi todo el material inédito. De la cerámica pintada se publican algunos dibujos en Bosch, *El problema de la cerámica ibérica*. (Madrid, 1915.)

(8) Cerralbo, *Les nécropoles ibériques* (*Congr. de Ginebra*), págs. 614 y 621; Cerralbo, *Las necr. ib.* (*Congr. de Vall.*), figs. 2, 7, 8, 9 y 23. La cerámica pintada en Bosch, *El problema de la cerámica ibérica*, pág. 33 y siguiente.

(9) Cerralbo, *Les nécr. ib.* (*Congr. de Ginebra*), págs. 621 y 627; Cerralbo, *Las necr. ib.* (*Congr. de Vall.*), figs. 6, 16, números 2, 24, 30, 31 y 35 y láms. IV y XII; Artiñano, *Catálogo*, números 16, 19, 55, 71, 86, 91, 145 y 147.

(10) El material en el Museo de Madrid casi todo. El del Museo de Barcelona en prensa en el *Anuari* citado. Del material de Madrid se ha publicado un sepulcro. Mélida, *Museo Arqueológico Nacional. Adquisiciones en 1917*. (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1918, lám. VII.)

(11) Cerralbo, *Las necr. ib.* (*Congr. de Vall.*), fig. 86. El mismo puñal doble globular se publica en Artiñano, *Catálogo*, núm. 24, sin indicar su procedencia.

El nuevo tipo E es interesante porque, contra lo que sucede en el D, pasa a tiempos posteriores, o sea a la cultura ibérica de Numancia, y nos sirve para reconocer en él una herencia de la civilización post-hallstáttica, al propio tiempo que un elemento de cronología.

Ya hemos dicho que en los sepulcros del II período son frecuentes las fibulas anulares y las de botón, como las del período I; pero ahora las del pie, que sube perpendicularmente y termina en forma de botón (además de los ejemplares del tipo puro que sigue usándose), evolucionan en el sentido de acercar el botón al arco hasta llegar a tocarlo. Esto es algo parecido a la evolución de las fibulas de La Tène II, y que principió en las necrópolis del último momento del I período (Quintanar de Gormaz y Olmeda); de todos modos, se mantienen claras las diferencias con las fibulas de La Tène, terminando siempre en botón, en lugar de la cabecita que caracteriza las fibulas de La Tène. Parece que se trata de una influencia de estas últimas sobre las otras, de origen completamente distinto, indicándolo también el hecho de aparecer en una misma sepultura la fibula de La Tène II junto con la de botón influída.

Ya se ha dicho que es frecuente la presencia de objetos del II período de La Tène: espadas y fibulas. Este hecho, además de lo dicho anteriormente (la fibula de La Tène I, B, en la sepultura de Quintanar de Gormaz, junto con una espada parecida al tipo B), que da el *terminus post quem*, fijan la cronología del II período post-hallstáttico, dentro ya del II período de La Tène.

Según ello, puede señalarse el fin del siglo IV como límite entre los dos períodos que venimos estudiando, correspondiendo las variantes del primer tipo del I período A, al siglo V, y al IV su última parte (tipo B, con el tipo C), mientras que el II período, aunque debió empezar todavía en el siglo IV (a fines del cual principia el período II de la cultura de La Tène), se desarrollaría principalmente durante el siglo III.

La fecha final del período II de la cultura post-hallstáttica es difícil determinarla sólo con el material arqueológico. Lo único cierto es que posterior a él es la cultura ibérica del tipo de Numancia, que ocupa en general el mismo territorio. Que ambas culturas son esencialmente distintas, y no contemporáneas, lo demuestran las diferencias fundamentales de su material. En la post-hallstáttica, lo típico es la evolución de las espadas, derivadas de las verdaderamente hallstátticas, además de la gran riqueza de bronces (de que luego hablaremos); la cerámica, aunque está en parte hecha a torno, carece de las típicas decoraciones ibéricas,

E

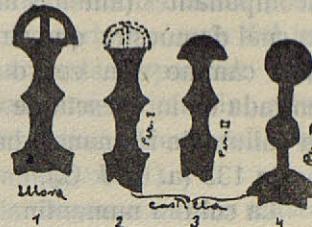


FIG. 5.
Tipología del puñal doble globular.

a pesar que ellas han influido en algunas necrópolis (Luzaga, La Requijada de Gormaz, Molino de Benjamín, Arcóbriga, Osma), en las cuales aparecen vasos con motivos ibéricos muy pobres, que seguramente se deben al contacto de las tribus ibéricas del Ebro (1). En cambio, en Numancia lo típico es el florecimiento de la cerámica pintada, y en cuanto al restante material, con la pobreza de los bronces, reducidos casi a fibulas, es característico del mismo el tipo de puñal doble globular de las últimas necrópolis post-hallstátticas, pero sin los demás tipos acompañantes (antenas atrofiadas del tipo D-E, ni espadas de La Tène), lo cual demuestra que se trata de una cultura distinta y posterior. Por otro camino a la vez, o sea por los textos que permiten sospechar la entrada en la meseta de tribus ibéricas, puede fecharse el principio de la cultura de Numancia hacia mediados del siglo III (a. de J. C.), llegando hasta 133 (a. de J. C.), en que la ciudad fué tomada por Escipión.

La cultura numantina (2) es, pues, el *terminus ante quem* del II período post-hallstáttico. Las cifras absolutas no pueden calcularse todavía más que aproximadamente. De todos modos, queda como segura la siguiente cronología:

| | | | |
|--------------------------------------|---|----|---|
| Período I (post-hallstáttico) | Siglos V al segundo tercio del IV | a) | Necrópolis de Aguilar de Anguita y Echauri. |
| | | b) | Aguilar de Anguita, Quintanar de Gormaz, Olmeda y Clares. |
| Período II (post-hallstáttico) | Fines del siglo IV a la primera mitad del III | a) | Alpanseque, Atance, Higes y La Requijada de Gormaz. Probablemente también: Valdenovillos, Turmiel, Molino de Benjamín y Luzaga. |
| | | b) | Arcóbriga, Osma y, probable, Ciuelos. |
| Cultura ibérica (celtiberos) | Segunda mitad del III a 133 | | Numancia. |

(1) Véase Bosch, *El problema de la cerámica ibérica*, pág. 33 y siguiente, en donde se citan sólo las decoraciones pintadas de Luzaga y Molino de Benjamín.

Posteriormente han aparecido tales decoraciones en los vasos de Osma y La Requijada de Gormaz, no sólo con motivos geométricos, sino también esterilizaciones de pájaros (Osma). A propósito de las últimas, Cabré ha intentado renovar la teoría de las influencias púnicas. Véase Cabré, *Urna cineraria interesante de la necrópolis de Uxama (Colecciónismo)*, núm. 62, 1918.

(2) Esta civilización recibe como herencia del período anterior (cultura post-hallstáttica), además del puñal del tipo E, mencionado, ciertas formas de cerámica que se estudiarán más adelante, así como antes el período II post-hallstáttico ofrece influencias ibéricas procedentes seguramente de los antecesores de los numantinos en el valle del Ebro (cerámica pintada de Luzaga, Arcóbriga, Osma, etc.).

c) *Otros problemas tipológicos.*—Para terminar el estudio de esta cultura del Centro de España, restan mencionar, aunque no nos propongamos tratar de ello detenidamente, unos cuantos problemas de tipología que aquí se pueden plantear. Tales son los de los bronces de adorno (sobre todo, los cierres de cinturón), el del origen del sable curvo llamado *falcata* y el desarrollo de la cerámica post-hallstáttica. Desgraciadamente, para ello sería necesario contar con adecuadas publicaciones del material, que hasta ahora no han aparecido, o un detenido estudio de las colecciones del Marqués de Cerralbo, difícil por no estar instaladas definitivamente, y que, por otra parte, no sería del todo discreto mientras dicho distinguido investigador está preparando la publicación de sus descubrimientos. Aquí no podemos aspirar sino a indicar tales cuestiones, así como el camino por el cual parece deber buscarse la solución, ampliando lo dicho en otros lugares (1).

Los distintos tipos de bronces.—Uno de los fenómenos más notables de la cultura post-hallstáttica española es la abundancia de bronces y precisamente de tipos que recuerdan extraordinariamente los de la verdadera civilización hallstáttica del Centro de Europa, de los períodos C y D, de la cronología de Reinecke, o sea de la época de la gran espada de hierro hallstáttica y del puñal de antenas de bronce.

Entre los bronces españoles figuran, en primer lugar, los discos repujados y los ornamentos hechos con alambres arrollados en espiral, combinándose de diferente manera. Precisamente lo último abunda mucho en la verdadera cultura hallstáttica, y sus paralelos pueden encontrarse, en los países del Danubio, en ciertos tipos de fibulas y otros adornos. La misma fibula clásica del Hallstatt C, o sea del apogeo de tal civilización, es precisamente una doble espiral a la que están soldados por detrás la aguja y el pie (2).

Lo dicho lleva a otro paralelo notable: el de los cinturones repujados, con figuras de animales muy bárbaras; por ejemplo, el de Arcóbriga, que recuerda los de la misma necrópolis de Hallstatt, principalmente del período C (3).

Si de esto debiésemos sacar alguna consecuencia, no pudiendo equipararlos en cronología, pues por lo dicho anteriormente la fecha de los tipos españoles resulta mucho más tardía, entrando en la avanzada se-

(1) Véase Bosch, *Recensión de los trabajos de Déchelette, del Marqués de Cerralbo y de Sandars* en el *Anuari del Institut d'Estudis Catalans*, V, 1913-1914 (*Crónica*), páginas 940 y 943, respectivamente, y en *Las últimas investigaciones arqueológicas en el Bajo Aragón y los problemas ibéricos del Ebro y de Celtiberia*. (*Revista histórica*, Valladolid, 1918.)

(2) Véase, por ejemplo, la obra clásica de von Sacken, *Das Grabfeld von Hallstatt* (Viena, 1868), y en la publicación del Museo de Maguncia, *Altertümer unserer heidnischen Vorzeit*, vol. I, fasc. IX, 2, 8 y 9.

(3) Véase Sacken, *lug. cit.*, láms. X, números 6 y XI, 1, entre otras cosas.

gunda Edad del Hierro, deberíamos acudir a la persistencia en la Península de ciertas formas que los Celtas trajeron del Centro de Europa y que por su aislamiento no fueron sustituidas por las que en otros países adoptaron las épocas posteriores al verdadero Hallstatt. Es un hecho paralelo de la perduración, degenerándolo del tipo de los puñales y espadas de antenas. Con los hallazgos en cuestión parece que podemos agrupar la diadema llamada de Cáceres, que en realidad procede de Ribadeo (Lugo) (1): sus ornamentos, repujados, aunque con otros motivos y otra factura (lo cual confirma que se trata de otro pueblo distinto), recuerdan los de los cinturones de bronce de las necrópolis castellanas (Arcóbriga) por una parte, mientras que por otra recuerdan los bronces repujados de la verdadera cultura hallstättica (situlas de Watsch, etc.).

Fibulas.—Lo mismo cabe decir de ciertas fibulas como la del botón que sube perpendicularmente al pie, la serpentiforme, la en forma de jinete y la misma anular. Los prototipos remotos se encuentran en el N. de Italia, de donde la civilización hallstättica recibió grandes influencias, como ya advirtió el malogrado Déchelette (2), aunque el camino por el cual llegaron a España no debe buscarse como él intentaba a través de los etruscos o del comercio cartaginés, sino a través de los movimientos célticos. Esto resulta evidente para el tipo de la fibula de botón, que no es más que la evolución de la fibula de La Certosa que adopta el último período (D) del verdadero Hallstatt y que en lugar de evolucionar como la fibula de La Tène, retorciendo el pie para buscar el arco, alarga el extremo del pie en sentido perpendicular y le hace terminar en un botón grande aplanado, cuadrado o de forma circular, tipo común a la civilización post-hallstättica peninsular y a la francesa, pero cuyo límite extremo se halla antes de comenzar el territorio de la civilización de La Tène, a cuyo período I equivale. Más tarde, como se ha dicho, al influir en España la cultura de La Tène a fines de dicho período I, la fibula en cuestión, acaso por influencia de las fibulas de aquélla, acerca al arco el apéndice en forma de botón.

El prototipo de la fibula de botón, o sea el tipo de La Certosa, no se ha encontrado en la Península, pero sí uno muy parecido que todavía no ha formado el apéndice y que además tiene el arco muy ancho y abovedado, cosa que parece recordar las fibulas italianas de *navicella*. Es la fibula del Acebuchal, junto a Carmona (3), una necrópolis ibérica, pero

(1) Cartailhac, *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, lámina IV, pág. 335, y P. Paris, *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, II, págs. 248 y siguientes, lám. IX.

(2) Déchelette, *Les petits bronzes ibériques* (*l'Anthropologie*, VI, 1905, pág. 29 y siguientes y *Manuel, l'Age du Fer.*, páginas 685-686).

(3) Bonsor, *Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Betis* (*Revue Archéologique*, 1899, II), figuras 6 y 67 de la tirada aparte, y Déchelette, *Manuel d'Archéologie préhistorique, l'Age du Fer.*, fig. de la pág. 685.

con multitud de cosas que hacen referencia a otras culturas, como son los marfiles fenicios, pero sobre todo los tipos relacionados con la cultura de derivación hallstática: la fibula en cuestión, intermedia entre las de La Certosa y la de botón post-hallstática, las fibulas serpentiformes y cierto tipo de cierre de cinturón.

De este último hablaremos luego; de las fibulas serpentiformes podemos decir que también sus prototipos son itálicos y que abundan en toda la cultura post-hallstática española y en las zonas ibéricas influídas por ella (1). La fibula intermedia entre las de La Certosa y la de botón post-hallstática, en cambio no se han encontrado en la Península en ningún otro lugar. Parece como si al aparecer sus desarrollos desapareciera, al revés de lo sucedido con los demás tipos, el serpentiforme, y, en general, las formas de cierres de cinturón, que continúan casi sin evolucionar hasta el final de la cultura post-hallstática.

Como en las fibulas derivadas de La Certosa y la serpentiforme, debemos ver otro tipo de origen itálico en la de jinete o en forma de caballo. En Italia se usan durante la primera Edad del Hierro y llegan al principio de la segunda (hallazgos de Marzabotto) (2).

El tipo de filiación más difícil en cuanto a las fibulas es el de la fibula anular, con el arco abultado, que se llama generalmente ibérico, por abundar en el territorio propio de la cultura ibérica, pero que también existe en abundancia en la civilización post-hallstática. Déchelette, a pesar que en su *Manual* dice que no se ha encontrado fuera de la Península, en un trabajo anterior citaba un tipo parecido, procedente de Francia, de un sepulcro de La Tène, de Trugny (Aisne), con anillo también, aunque sin el arco abultado, combinado con aquél (3). Es difícil darse cuenta de la génesis del tipo en cuestión; sin embargo, lo cierto es que la fibula anular luego, a fines de la civilización post-hallstática, tanto en España (4) como en el Occidente de Europa, parece haberse transformado en la fibula anular abierta y terminando los extremos del arco en dos pequeñas espirales, que llegan casi a los albores de la época imperial romana. Parece que se trata de un tipo muy arraigado en el Occidente de Europa, que puede también ponerse en relación con la cul-

(1) De Villaricos (Almería), Siret: *Villaricos y Herrerías* (*Memorias de la Real Academia de la Historia*, 1908). El material del Bajo Aragón (poblado del Tossal Redó y sepulcros de Calaceite), inédito. Para los precedentes itálicos véase Déchelette, *Les petits bronzes ibériques* (*l'Anthropologie*, VI, 1905, pág. 29 y siguiente).

(2) Déchelette, *Les petits bronzes ibériques* (*l'Anthropologie*, VI, 1905, página 33 y siguiente).

(3) Déchelette, *Manuel d'Arch. preh.*, y *Les petits bronzes ibériques* (*l'Anthropologie*, VI, 1905, pág. 37-38).

(4) En España falta en las necrópolis post-hallstáticas, pero existe en Numancia. (Véase *Excavaciones de Numancia, Memoria de la Comisión ejecutiva*. Madrid, Blass, 1912, lám. LX.)

tura de derivación hallsttática. Acaso el tipo español es una combinación local del tipo sencillo sin arco, tal como aparece en Francia, con el de arco abultado, reminiscencia de las fibulas de *navicella* italianas. Por su intima relación con toda la civilización post-hallsttática, parece que debemos suponerlo propio de ella y considerar sus ejemplares en el territorio ibérico como una influencia de aquella civilización sobre la vecina.

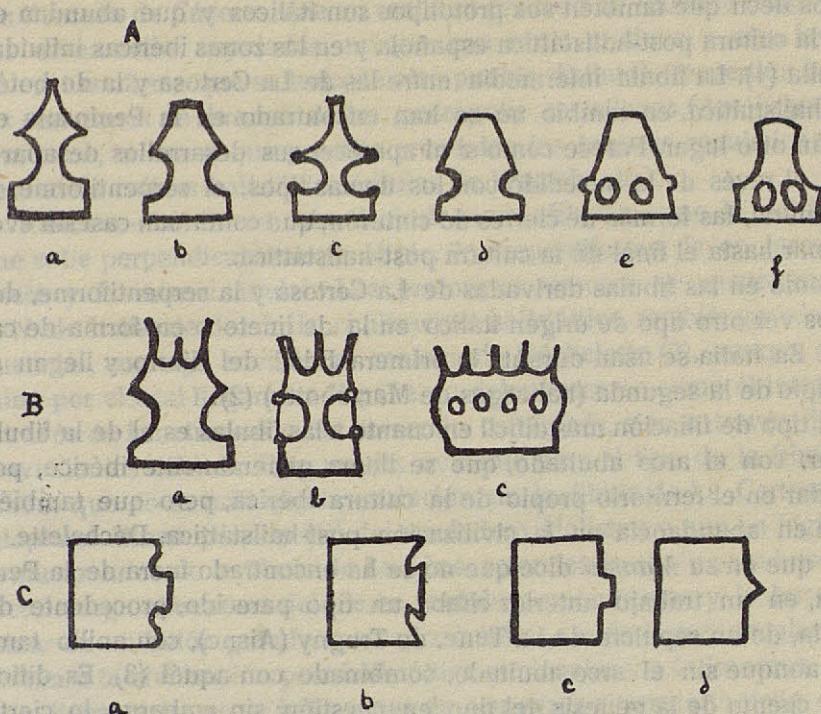


FIG. 6.

Tipología de los broches de cinturón.

Los broches de cinturón. — Otro problema interesante es el de los cierres de cinturón de bronce (fig. 6).

Sus tipos esenciales pueden reducirse a tres grupos (1):

SERIE A.—Con un solo garfio y una escotadura a cada lado (*a-c*) que termina cerrándose (*d-f*). La forma del garfio ofrece también una evolución tipológica, que consiste en ensancharse por el lado de la punta. La sucesión cronológica de tales variantes se comprueba por el restante material de las necrópolis en que aparecen, pues el tipo A aparece en Aguilar de Anguita solo, sin las variantes de gancho más ancho,

(1) El estudio tipológico de los broches de cinturón lo hacemos con toda clase de reservas, pues se basa tan sólo en el poco material publicado y en notas que el señor Marqués de Cerralbo nos permitió amablemente tomar durante el estudio de sus colecciones en 1915.

los tipos con las escotaduras abiertas dominan en otras necrópolis más avanzadas del período I (Clares, Olmeda) o del principio del II (Higes).

El tipo con las escotaduras cerradas aparece solo en las necrópolis que parecen más tardías (Olmeda) del período I y parece ser el más típico de la del principio del II (Valdenovillos). En la del último grado del II período (Arcóbriga, Osma) parece faltar.

SERIE B.—El cuerpo del cierre es semejante al de la serie anterior, pero termina en tres garfios. El primer grado (*a*) parece el que tiene todavía las escotaduras abiertas (sólo aparece en Aguilar, Clares y Olmeda, o sea en las necrópolis más antiguas). El segundo grado (*b*), que ya aparece en Aguilar, y que se prolonga hasta el final de la evolución post-hallstáttica (incluso en Gormaz y Osma), ha cerrado las escotaduras (Quintanar de Gormaz, Olmeda, Higes, Gormaz y Osma) (1).

Una última variante (*c*) consiste en multiplicar los garfios, llegando hasta cinco (por ahora sólo en Olmeda y Molino de Benjamín).

SERIE C.—Parece en general algo más moderna que las demás, pues el primer grado (*a*) no aparece antes de la necrópolis de Olmeda (o sea al final del I período). Los tres siguientes (*b-d*), que parecen su transformación, tornándose más rectilíneos sus contornos (*b*) o simplificándose su forma (*c-d*), son tipos de las últimas necrópolis: Arcóbriga (*b-c, d*) y Osma (*b*).

La abundancia y riqueza de variantes de tales cierres de cinturón que ofrece la cultura post-hallstáttica de Castilla, en el resto de la Península no existe en ninguna parte, aunque algunos de dichos tipos trascienden a otros territorios, lo cual hace suponer que los hallazgos en cuestión representan más bien influencia de la cultura post-hallstáttica castellana. Tal es indudablemente el caso de los broches de cinturón, variantes del tipo *a* de la serie A del poblado de *O Crasto* en Portugal (2), de la necrópolis ibérica del Acebuchal de Carmona (3), del poblado ibérico del *Tossal Redó* de Calaceite (4), los cuales cronológicamente se corresponden con el primer período de las necrópolis castellanas. Lo mis-

(1) Dentro del territorio propio de la cultura post-hallstáttica se conocen otros broches con la escotadura cerrada y con tres garfios procedentes de Palencia, en donde Cabré supone una necrópolis. Véase Cabré, *Acrópolis y necrópolis cántabras de los celtas Berones del Monte Bernorio* (Madrid, Gráficas reunidas, 1920), pág. 31.

(2) Santos Rocha, *Estações pre-romanas da idade do ferro nas vizinhanças da Figueira (Portugalia, II, 1905-1908)*, lám. XXXIII, núm. 344.

(3) Bonsor, *lug. cit.*, y Déchelette, *Agraffes de ceinturon ibériques d'origine hellénique (Opuscula archaeologica Oscari Montelio dicata)*. Stockholm, Haeggstroem, 1913. Además, *Manuel d' arch. préh. (l'Age du Fer)*, pág. 862, fig. 359.

(4) Bosch, *Campanya arqueològica del Institut d' Estudis Catalans a Caseres, Calaceit i Maçalió (Anuari del Inst. d'Est. Cat., V, 1913-1914; Crónica, pág. 829, fig. 54.* En el Bajo Aragón ese tipo dura hasta el siglo III (ejemplo inédito en el Museo de Barcelona de S. Antonio de Calaceite).

mo sucede con los broches de las restantes series que se han propagado fuera de Castilla. Así los de la serie A, tipo *b* de los poblados ibéricos del bajo Aragón (San Antonio, ya del siglo III) y la variante del tipo *b* muy alargada de las necrópolis de Alar del Rey y del valle de Bureba (provincia de Burgos), estos últimos dentro de una cultura intimamente emparentada con la de las necrópolis castellanas (1). También puede decirse lo mismo para la serie B, del tipo con tres garfios y escotaduras cerradas; este tipo aparece en el poblado ibérico de *La Gessera*, en Caseras (provincia de Tarragona), pero pertenece a la cultura ibérica del bajo Aragón de la transición del I al II período, o sea al siglo IV (2); en cambio el otro grupo de hallazgos catalanes (Ampurias, necrópolis post-hallstáttica de Peralada, necrópolis ibérica de Cabrera de Mataró) (3) parecen depender más bien de la cultura post-hallstáttica francesa.

La serie C también existe esporádicamente fuera de Castilla. Pero mientras el posible prototipo (*a*) es escaso en Castilla, como se ha visto, fuera de Castilla parece abundar mucho en la cultura ibérica (hallazgos del santuario de Despeñaperros, de Elche, del sepulcro de Salzadella y de la necrópolis de Villaricos y de Galera) (4). Los demás tipos son escasos: el tipo B aparece en la sepultura de Miraveche (Burgos) (5) perteneciente, como la antes citada necrópolis de Alar del Rey, a una civilización muy influída por la post-hallstáttica castellana, y en territorio ibérico en los poblados de S. Antonio de Calaceite (Teruel) y de Puig Castellar (Barcelona) (6); el tipo D en los dos últimos poblados y en el del *Tossal de los Tenalles* de Sidamunt (Lérida) (7). La cronología de

(1) Véase Cabré, *Aerópoli y necrópoli*, etc., fig. 2 (pág. II) y lám. IV.

(2) Bosch, *lug. cit.* del *Anuari del Inst. d'Est. Cat.*, V; *Crónica*, pág. 834, fig. 69.

(3) Ampurias, Déchelette, *Agraffes*, etc.—Peralada, inédito en el Castillo de Peralada.—Cabrera de Mataró, Rubio de la Serna, *Noticia de una necrópolis anterromana descubierta en Cabrera de Mataró* (*Memorias de la Real Academia de la Historia*, 1888).

(4) Villaricos: Calvo-Cabré, *Excavaciones en la cueva y collado de los Jardines, Santa Elena (Jaén)* (*Memorias de la Junta Superior de Excavaciones*, 1918, lámina XXVIII); Villaricos: Siret, *Villaricos y Herrerías*, lám. XVI, núm. 46, respectivamente. Galera: Cabré-Motos: *La necrópolis ibérica de Tütugi (Galera, prov. de Granada)* (*Memorias de la Junta Superior de Excavaciones*, Madrid, 1920), lámina XIV, fig. 2. De Elche hay un ejemplar en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid y otro en el Museo de Saint-Germain (junto a París), ambos, que sepamos, inéditos. El de Salzadella en el Museo de Barcelona, en prensa en el *Anuari del Institut d'Estudis Catalans*, VI, 1915-1920 (*Crónica*).

(5) Cabré, *Una sepultura de guerrero ibérico de Miraveche* (*El Arte Español* 1916), fig. de la pág. 7.

(6) El de Puig Castellar inédito en el Museo de Barcelona. Para el de Calaceite, ver Bosch, *Las últimas investigaciones arqueológicas en el Bajo Aragón* (*Revista Histórica*), lám. IV.

(7) Inédito en el Museo de Barcelona.

esta serie fuera de las necrópolis castellanas es también la misma. El prototipo A parece pertenecer a los siglos V-IV, en cambio los demás tipos son exclusivamente del III.

Fuera de la Península, los cierres de cinturón que estudiamos sólo abundan en Francia en la cultura post-hallstáttica del S. como veremos, con cronología concordante. Más lejos sólo se conoce un ejemplar de cinturón con tres garfios y escotaduras cerradas de Olimpia en Grecia (1), pero sin que sepamos la fecha exacta del mismo.

Apoyándose en los hallazgos de Olimpia y en los de Ampurias, Déchelette (2) ha tratado de suponer de origen griego, tanto la serie B como la serie A, lo cual parece imposible. A deducir por la abundancia de los hallazgos y por la riqueza de la evolución post-hallstáttica, es en esta cultura donde debe buscarse el origen de la evolución. El ejemplar de Olimpia puede muy bien representar un exvoto llegado a Grecia a través de la colonia de Ampurias adonde, a su vez, llegó por contacto con las civilizaciones indígenas vecinas.

Efectivamente, al buscar precedentes en las culturas no clásicas de Europa, los encontramos en gran abundancia en la civilización hallstáttica de la primera Edad del Hierro de Francia y del S. de Alemania, e incluso en la misma necrópolis de Hallstatt, o sea en los países en donde hay que suponer el origen de la civilización post-hallstáttica española. Véanse los ejemplares que reúne Déchelette en la figura 359 de la página 862 del volumen correspondiente a la primera Edad del Hierro de su *Manual* y que casi se confundirían con algunos ejemplares españoles (el tipo inicial de la serie A) y otros de la necrópolis de Hallstatt (3) emparentados con ellos.

De la serie B con tres garfios, el origen occidental parece también seguro, siendo una posible transformación de los tipos de la serie A con la sola modificación de aumentar el número de garfios. En cambio el origen de la serie C parece deber buscarse más bien fuera de la cultura de derivación hallstáttica, siendo acaso los tipos propios de ésta (*b-d*) una interpretación indígena del prototipo llegado de la costa ibérica.

La falcata.—También es interesante el problema del sable curvo llamado *falcata* o con sus nombres griegos (*kopis, machaira*). En las necrópolis castellanas existe, al parecer, sólo en el II período, en la necrópolis de Osma (Soria) y en otra de Caravias (Guadalajara). En la primera sabemos que ya abundan las fibulas de La Tène II y las espadas de antenas degeneradas (tipos D y E). En el primer período de la cul-

(1) Déchelette, *Agraffes*, etc.

(2) Déchelette, *Agraffes*. Ver la recensión de este trabajo por Bosch en el *Anuario del Inst. d'Est. Cat.*, V., pág. 942.

(3) Sacken, *Das Grabfeld von Hallstatt*, lám. X, fig. 6; lám. XI, figs. 8 y 10; lám. XII, fig. 4.

tura post-hallstáttica castellana hasta ahora no se ha encontrado, pero en cambio es muy frecuente el tipo de cuchillo curvo que tiene ya sus precedentes en la verdadera cultura hallstáttica del Centro de Europa y además el del cuchillo curvo sin mango largo como el anterior y que parece una reproducción en miniatura de la falcata. Cabria la sospecha de que sea esto último, o por lo menos una variante del cuchillo curvo, el precedente tipológico de la falcata, si no existiesen otros hechos que puedan dar otra explicación al fenómeno.

Estos hechos son la aparición de la falcata en diversos países a partir de la costa ibérica de la Península, y que prolongándose hasta Grecia ha planteado el problema del origen griego del tipo, como ha estudiado muy detenida y documentadamente H. Sandars (1).

En la Península aparecen falcatas ante todo en la necrópolis post-hallstáttica de Alcacer do Sal en Portugal (2), asociadas a tipos de anteras degeneradas y lo mismo sucede en la cultura ibérica andaluza, en la necrópolis de Illora (Granada) (3), en la de Almedinilla (Córdoba) (4), en la de Galera (Granada) (5) y en Villaricos (Almería), en estas últimas con vasos griegos del siglo IV (6). Además, tenemos representaciones de falcatas muy abundantes en las figuritas de guerreros de bronce de los santuarios de Castellar de Santisteban y Despeñaperros en Andalucía, y en el SE. en otros guerreros de bronce de un posible santuario de San Antonio el Pobre, cerca de Murcia, en una estatua de guerrero de piedra de Elche y pintadas en el vaso de los guerreros de Archena (7). Por fin han aparecido falcatas en el poblado ibérico de San

(1) Sandars, *The weapons of the Iberians* (*Archaeologia*, 1913).

(2) *O Archeologo Portugues* (I, 1895), págs. 78 y siguientes.

(3) Artifiano, *Catálogo de la Exposición de hierros*, etc., números 94, 95 (falcatas) y 97, 98 y 99 (espadas y puñales de anteras cortas del tipo D), con las figuras correspondientes.

(4) Museo de Córdoba, inédita.

(5) Cabré (Juan) y Motos (F. de), *La necrópolis ibérica de Tútugi (Galera, prov. de Granada)* (*Memorias de la Junta Superior de Excavaciones*, Madrid, 1920), lámina XIV, fig. 2.

(6) Siret, *Villaricos y Herrerías* (*Memoria de la Real Academia de la Historia*, 1908), lám. XIV.

(7) Falcatas en los relieves de Osuna: Engel y P. Paris, *Une fortresse ibérique à Osuna* (*Nouvelles Archives des Missions Scientifiques et Littéraires*, XIII, 1906, págs. 357 y siguientes, láms. XIV, XV y XVI. Para Castellar de Santisteban y Despeñaperros ver, respectivamente: Lantier, *El santuario ibérico de Castellar de Santisteban (Jaén)* (*Memorias de la Comisión de Investigaciones paleológicas y prehistóricas*, 1917), y Calvo-Cabré, *Excavaciones en la cueva y collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)* (*Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 1917-1919). El material de San Antonio el Pobre, en el Museo de Barcelona, inédito. La estatua de Elche, en P. Paris, *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, I (París, 1903), pág. 305, fig. 307. El vaso de Archena en Sandars, *The weapons of the iberians* (*Archaeologia*, 1913), lám. VII.

Antonio de Calaceite (Teruel) (1), del siglo III, y en la necrópolis de Cabrera de Mataró de la misma fecha en la cultura de la costa catalana (provincia de Barcelona) (2). Como se ve, las fechas de las falcatas del territorio ibérico coinciden en cuanto nos son conocidas con las fechas de las falcatas del Centro de España o de Portugal: el fin del siglo IV y el siglo III. En la Península, la falcata debió durar mucho, pues todavía en el siglo I antes de J. C. sabemos que se usó en la batalla de Munda, por el testimonio de un veterano de César, y además, en el año 23 a. de J. C., se acuñó una moneda del legado de Augusto Publio Carisio, con representación de falcata (3).

Nada impide en España que la falcata sea un nuevo caso de influencia post-hallstáttica del Centro sobre la costa ibérica.

En el resto de la Europa bárbara aparecen falcatas, de tipos distintos en cada localidad, y siempre en culturas dependientes de la hallstáttica o de sus sucesoras, asociadas también al tipo del cuchillo curvo que es uno de los más característicos del último período del Hallstatt o del primero de la civilización de La Tène. Los hallazgos en cuestión son los siguientes: ciertos ejemplares italianos citados por Cartailhac (4), en general del N. de Italia (relieve de Volterrae, ejemplares del Museo de Perugia y de Preneste) y otro de Tolentino en Chienti en la civilización de la vertiente adriática del Apenino, relacionadas casi siempre con el final de la civilización etrusca, los de las necrópolis de Saint Michael (Carniola) (con material de la época final del Hallstatt y de La Tène) y en Bosnia en Bihac (con material de principios de la época de La Tène) y en Sanskimost (5). La distribución geográfica de las falcatas de la Europa bárbara, precisamente en la periferia de la zona de influencia de la civilización hallstáttica (España, Italia y países del otro lado del Adriático), el cuchillo curvo asociado con la falcata y la diversidad de tipos en cada región, harían creer en una evolución del cuchillo curvo verificada con plena autonomía en cada uno de dichos territorios periféricos de zona de influencia hallstáttica.

Pero los ejemplares griegos han hecho sospechar que el verdadero

(1) Museo de Barcelona.

(2) Rubio de la Serna, *Noticia de una necrópolis anterromana descubierta en Cabrera de Mataró* (*Memorias de la Real Academia de la Historia*, 1888), lámina V, figura 3.

(3) Sandars, *The weapons of the iberians* (*Archaeologia*, 1913), páginas 53 y 54.

(4) Cartailhac, *Les Ages préhistoriques de l'Espagne et du Portugal* (París, 1886), páginas 257 y siguientes.

(5) Saint Michael en Carniola: Much, *Kunsthistoricher Atlas*, I (Viena, 1889), lámina LIX, números 4, 5 y siguientes.—Bihac, *Wissenschaftliche Mitteilungen aus Bosnien und Herzegovina*, VII, 1900, págs. 3 y siguientes, figs. 4, 6 y 19.—Sanskimost, id. id., VI, 1899, figs. 20, 48, 66 y 78.—Glasinac, id. id., V, 1897, figs. 51, 52, 140, 149, 175 y 176.—Strbi (Visegrad), id. id., VI, 1899, pág. 56.

origen se halla en Grecia y hasta en Oriente (1). El tipo tradicional de espada griega recta, dominante en el siglo vi, se comienza a sustituir por la falcata a fines del siglo vi y en el v, como podemos observar a través de las representaciones de falcetas de las pinturas de figuras rojas (estilos de Brygos, Duris, etc.). Además se conocen ejemplares de falcetas de Grecia y de la frontera griega del Adriático (Dodona). Más hacia el E. sólo se conoce la representación de una falcata en el monumento de las Harpias de Xantos del tiempo de las guerras médicas. En Oriente no hay falcetas, aunque sí cuchillos curvos, que también abundan en Grecia antes y después de la aparición de la falcata. Hay que advertir también que las falcetas griegas se distinguen de las demás por su empuñadura en forma de cabeza de pájaro; en las españolas el puño afecta una forma que se ha identificado con una cabeza de caballo, y en los demás lugares o bien las empuñaduras son incompletas o su forma no tiene nada que ver con las griegas ni españolas.

Mr. Horace Sandars cree poder ver en las falcetas griegas los prototipos formados por evolución del cuchillo curvo oriental. Los Iberos la aprenderían de los Griegos, acaso a través de los mercenarios que mandó Dionisio de Siracusa en auxilio de Esparta en la guerra contra Beocia (369-368), y de los Iberos pasaría al Centro de la Península.

Pero, como ya sospecha Hoernes (2), esta conclusión es discutible. La diversidad de tipos habla de un posible desarrollo, paralelo e independiente, en cada uno de los países que usaron la falcata. La carencia de falcetas en Oriente obliga a suponer que los Griegos, en todo caso, no pudieron tomar de allí más que los cuchillos curvos. Pero la abundancia de cuchillos curvos en la civilización hallstáttica, y la aparición de la falcata en sus zonas de influencia, hacen posible también que el cuchillo curvo, de donde salió, fuese el del Centro de Europa. Además, casi al mismo tiempo que comienza la falcata en Grecia, se conoce ya a lo largo de la costa del otro lado del Adriático, y entre ambos países está el hallazgo de Dodona, que contribuye a hacer verosímil el origen central.

Creemos, pues, mejor la aparición de la falcata en España como un desarrollo autónomo post-hallstáttico que la adopción del modelo griego.

La espada tipo Alar del Rey, la espada de hoja ancha y el puñal doble globular.—Por fin, en lo que se refiere a las espadas de la cultura post-hallstáttica, hay que mencionar el problema del puñal sin empuñadura que aparece en la necrópolis de Alpanseque (3) y que se rela-

(1) Sandars, *Iug. cit.*

(2) Recensión del trabajo de Sandars en la *Wiener Prähistorische Zeitschrift*, I, 1914, pág. 85.

(3) Cerralbo, *Las necrópolis ibéricas (Congreso de Valladolid)*, lám. V, figura 3, y Cabré, *Una sepultura de guerrero ibérico de Miraveche (Arte Español, 1916, figura 3).*

ciona con hallazgos semejantes del N. de la provincia de Burgos: Alar del Rey (1) y Miraveche (2), y en el E. de Asturias, Caravia (3), del cual trataremos más adelante, así como plantear el que ofrecen los tipos de la espada recta y de hoja ancha, bien distintas de las demás post-hallstätticas, y el puñal doble globular.

La espada de hoja ancha aparece ya en el primer período (4) (Aguilar de Anguita, Quintanar de Gormaz, Olmeda) y parece seguir en el segundo (Atance, Alpanseque), no pasando, al parecer, a las últimas necrópolis (por ejemplo, Osma o Arcóbriga).

Fuera del Centro, que sepamos, no se ha encontrado más que en la necrópolis de Illora (en la provincia de Granada (5) y en Villaricos (Almería) (6), siempre con espadas de antenas del tipo D, o sea del grado intermedio, entre las del primero y las del segundo período, y en el segundo lugar con vasos griegos de fines del siglo IV.

El hecho de que en el Centro de España esta espada es algo rara, y que produce el efecto de un tipo forastero, nos induce a creer que en él hay que ver algo tomado de otra parte, y el ejemplar de Illora nos hace suponer si será un tipo de origen ibérico que se transmitió a los pueblos del Centro de la Península. En Illora conocemos su empuñadura completa (de la cual falta siempre la parte superior en Castilla), que termina en unos círculos de hierro planos que parecen haber sujetado una bola de otra materia, madera o hueso, y que en su parte media tiene un pequeño saliente por cada lado (fig 5, núm. 1).

Este tipo acaso explique el origen del puñal con dos discos (o doble globular, como también se ha llamado), que sólo aparece en las últimas necrópolis castellanas del siglo III (Arcóbriga, Osma, Ciruelos) (7), y

(1) Cabré, *Acrópolis y necrópolis cántabras de los celtas berones del Monte Bernorio* (publicación de la Sociedad Española de Amigos del Arte). Madrid, Gráficas reunidas, 1920.

(2) Cabré, *Una sepultura de guerrero ibérico de Miraveche*. (*Contribución al estudio de las armas y religión de los iberos en España*.) (*Arte Español*, 1916.)

(3) A. de Llano, *El libro de Caravia* (Oviedo, imprenta Gutenberg, 1919, fig. 35).

(4) Aguilar de Anguita: Cerralbo, *Necrópolis ibéricas* (*Congreso de Valladolid*), lám. V, fig. 2, pág. 2.— Quintanar de Gormaz: Artiñano, *Catálogo*, núm. 148.— Posible ejemplar de Atance: Cerralbo, *Necrópolis ibéricas* (*Congreso de Valladolid*), figura 14.— Alpanseque: Artiñano, *Catálogo*, números 8 y 10.

(5) Artiñano, *Catálogo*, núm. 9.

(6) Siret, *Villaricos y Herreras* (*Memoria de la Real Academia de la Historia*, 1908), lám. XIV, núm. 63.

(7) Véase el ejemplar de Ciruelos en Cerralbo, *Necrópolis ibéricas* (*Congreso de Valladolid*), fig. 45 (publicado en Artiñano, *Catálogo*, núm. 24, sin indicación de procedencia). El material de Osma, en los Museos de Barcelona y Madrid, inédito, excepto una corta noticia de Mérida, Museo Arqueológico Nacional. Adquisiciones en 1917 (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1913) con el grabado de un sepulcro, lám. VII.

que además se ha encontrado en el campamento romano de Aguilar de Anguita (¿hallazgo suelto?) (1) y en Numancia (2) en la capa ibérica, lo cual demuestra que sobrevivió a la cultura post-hallstáttica. También se conoce un puñal semejante de Tarragona (Museo de Tarragona, inédito hasta ahora) (lám. IV, núm. 10). Es posible que el puñal doble globular sea una evolución de la espada de hoja ancha (véase la fig. 5), pues también se caracteriza por su hoja, mucho más ancha relativamente a la de las espadas o puñales de antenas. En lo que se refiere a la empuñadura parece haber conservado la bola del pomo, que debieron tener también las espadas de hoja ancha, a juzgar por la de Illora, y ha transformado el pequeño saliente a cada lado de la mitad de la empuñadura en un disco que se interpone en ella. Parece comprobar esta hipótesis una variante del puñal doble globular, que también se encuentra en las necrópolis expresadas (Osma), el cual en la parte media de la empuñadura no tiene el disco, sino que conserva los dos pequeños salientes y que en el mismo pomo ofrece alguna diferencia con respecto al tipo corriente de puñal doble globular. Esta variante (fig. 5, núm. 3) representaría un grado intermedio en la tipología en cuestión.

La cerámica.—La cerámica, de la que aquí no intentamos hacer ningún estudio detallado por falta de elementos (3), sino sólo señalar algunos puntos de vista, tiene, en general, formas muy parecidas en todas las necrópolis, y desde muy temprano parece que se hizo a torno, aunque no faltan vasos a mano hasta en las últimas necrópolis (por ejemplo, Osma).

En general, sus tipos son relativamente pocos, aunque cada uno ofrece gran número de variantes.

A) Los tipos que parecen fundamentales son el vaso de forma casi esférica y sin bordes, que frecuentemente desarrolla un pie rudimentario o a veces bastante alto.

B) Un vaso de forma cónica, borde ligeramente saliente y fondo convexo, que con frecuencia se abre mucho por la parte de la boca, dando lugar a una variante que se aparta de la forma fundamental.

C) Un plato hondo de fondo convexo y borde muy pronunciado.

D) Una jarra de panza muy esférica con cuello alto que se cie-

(1) Artiñano, *Catálogo*, núm. 25 (sin grabado).

(2) *Excavaciones de Numancia* (Madrid, 1912), lám. LVI.

(3) Debemos renunciar a citar para cada tipo todos los ejemplares que conocemos ante la imposibilidad de que tales citas resulten exactas; pues el material de cerámica lo estudiamos muy sumariamente al visitar las colecciones del Marqués de Cerralbo en Santa María de Huerta en 1913, y en las publicaciones no han aparecido fotografías muy satisfactorias.

En general, las formas fundamentales, salvo las que se citarán especialmente, parecen comunes a muchas necrópolis.

rra poco a poco hasta que antes de llegar al borde se dobla hacia fuera, generalmente con dos asas. Una variante de tamaño más reducido tiene una sola asa y es de paredes muy gruesas.

E) Una escudilla de fondo esférico y de paredes casi cilíndricas, ligeramente estranguladas cerca del borde.

F) Tapaderas de forma cónica terminadas en un botón.

G) Escudillas de forma cónica invertida, con dos asitas o con una sola.

H) Platos poco profundos con dos asitas que, a veces, tienen un pie muy alto.

I) Diversas variantes de vasos que se parecen a la vez a los tipos A y B, pero con pie bastante alto algunas (1).

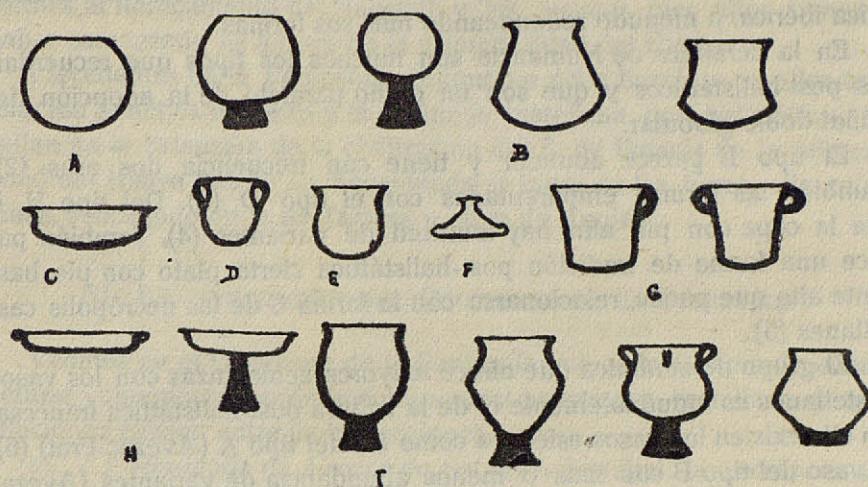


FIG. 7.
Formas principales de la cerámica post-hallstáttica.

La mayor riqueza de formas y de variantes, por ahora la conocemos en la necrópolis de Luzaga. Acaso sea porque las fotografías publicadas de su cerámica permiten mejor estudiar sus tipos que las de otras necrópolis (2). En ella abundan, sobre todo, los tipos con pie alto.

(1) El material publicado es el siguiente: Aguilar de Anguita, *Las necrópolis ibéricas* (*Congreso de Valladolid*), fig. 5 y lám. II (*Congreso de Ginebra*, fig. 3 y 2, resp.).—Luzaga, ver la nota siguiente y además la fig. 9 y la lám. III del lugar citado del Congreso de Ginebra.—Alpanseque, *Congreso de Valladolid*, fig. 4.—Atance, *Congreso de Valladolid*, figs. 13, 14 y 15.—Arcóbriga, *Congreso de Ginebra*, figs. 20, 23 y 24, y *Congreso de Valladolid*, figs. 6 (23 de Ginebra), 30 (fig. 24 del *Congreso de Ginebra*), 31, 32, 33 (fig. 20 del *Congreso de Ginebra*).

(2) De Luzaga. Véase Cerralbo, *Las necr. ib.* (*Cong. de Vall*, figs. 7 y 8, páginas 20 y 22).—*Las necr. ib.*, *Cong. de Ginebra*, figs. 18 y 17 (en las págs. 616 y 615), respectivamente.

Otro fenómeno interesante es la presencia de ornamentos pintados que es frecuente en las necrópolis del segundo período (Luzaga, Molino de Benjamín, Arcóbriga, Osma, Gormaz, etc.), y que o bien se reducen a simples líneas negras que dan la vuelta al vaso, o reproducen los motivos más sencillos de la cerámica ibérica, y por excepción pájaros estilizados (Osma) (1).

Si ahora nos preguntamos por las posibles relaciones de la cerámica post-hallstáttica castellana, con la de otros territorios o culturas, en seguida salta a la vista que los ornamentos pintados parecen más bien una influencia de la vecina cultura ibérica que algo indígena.

En cambio, ciertas formas post-hallstátticas debieron influir en las ibéricas, sobre todo en la cultura vecina del Bajo Aragón, perdurando más tarde hasta Numancia. El tipo B es muy frecuente en toda la cerámica ibérica, a menudo redondeando más sus formas.

En la cerámica de Numancia son muchos los tipos que recuerdan los post-hallstátticos y que son un digno paralelo de la adopción del puñal doble globular.

El tipo E parece abundar y tiene con frecuencia dos asas (2). También las formas emparentadas con el tipo D (3). Del tipo H, o sea la copa con pie alto, hay multitud de variantes (4). También parece una forma de tradición post-hallstáttica cierto plato con pie bastante alto que puede relacionarse con la forma C de las necrópolis castellanas (5).

El grupo de cerámica que ofrece mayores semejanzas con los vasos castellanos es indudablemente el de la cultura post-hallstáttica francesa. En ella existen los vasos esféricos como los del tipo A (Avezac-Prat) (6), el vaso del tipo B con más o menos abundancia de variantes (Avezac Prat Ger) (7), el tipo C (Sainte Foy y Roquebrune en Le Tarn) (8), pero,

(1) En Osma también hay una cabecita en relieve. Véase el intento, poco afortunado, de explicar la decoración de Osma por influencia púnica en Cabré, *Urna cineraria interesante de la necrópoli de Uxama (Colecciónismo)*, núm. 62, 1918. Véase sobre la pintura en la cerámica post-hallstáttica castellana: Bosch, *El problema de la cerámica ibérica* (Madrid, 1915, págs. 33 y sigs.)

(2) *Exc. de Numenia*, lám. XXXI, C; lám. XXXII, A. Con ellos parece deberse agrupar la variante, con pie y asa, de la lám. XXXIV, H y J.

(3) *Exc. de Num.*, lám. XXXIV, fig. H.

(4) *Exc. de Num.*, lám. XXXII, B; lám. XXXIII, B; lám. XXVI, C y E; lámina XXXI, A y E.

(5) *Exc. de Numancia*, lám. XXIV, fig. E.

(6) Piette-Sacaze, *Les tertres funéraires d'Avezac-Prat* (París, Masson, 1899), lám. XXIII, 3.

(7) Piette-Sacaze, lám. XXVII, 3.—Pothier, *Les tumulus du plateau de Ger* (París, Champion), 1900, pág. 144, fig. 36.

(8) Joulin, *Les sépultures des âges préhistoriques dans le Sud Quest de la France (Revue Archéologique)*, 1912, I, pág. 33, fig. 35.

sobre todo, los tipos con pie alto, que ofrecen gran cantidad de variantes, unas veces con el cuerpo del vaso muy esférico (1), otros con la forma del vaso de doble cono unida por la base (2).

Sin embargo, dentro de las semejanzas con las castellanas, las formas de las necrópolis francesas tienen algo que las relacionan más directamente con las de la primera Edad del Hierro del S. de Francia, sin las espadas hallstátticas y con las necrópolis catalanas de la misma época, cosa que puede hacer referencia a ciertas diferencias étnicas.

Toda la cerámica post-hallstáttica tiene, pues, un cierto aire de familia que proviene indudablemente de la cerámica de la verdadera época hallstáttica, o sea de la primera Edad del Hierro. El vaso del tipo B, el plato hondo del tipo C, parecen remontarse, variando más o menos sus perfiles al florecimiento del Hallstatt y los mismos pies altos parecen haber comenzado ya a fines de la primera Edad del Hierro.

Precedentes en la Península, aunque no deba buscarse en ellos una relación genética respecto a la cerámica castellana post-hallstáttica, se hallan en la extensión de la civilización del S. de Francia de la primera Edad del Hierro que se ha mencionado al tratar de las necrópolis catalanas, sobre todo en la de Tarrasa y en la de Anglés.

B) LA CIVILIZACIÓN DEL OCCIDENTE DE LA PENÍNSULA

Veamos en el Occidente de la Península qué es lo que puede considerarse contemporáneo de la cultura post-hallstáttica castellana y qué relaciones existen entre ambas regiones.

a) *La necrópolis de Alcacer do Sal.*—En Portugal, la necrópolis de Alcacer do Sal (3), desgraciadamente mal explorada, produjo espadas de antenas degeneradas (tipo C); una falcata, varias puntas de lanza y fíbulas de arco sin botón, y anulares y cierres de cinturón del tipo b de la serie B. La cerámica consiste en vasos de tipos semejantes a los de las necrópolis castellanas, vasos ibéricos, seguramente importación de Andalucía y con vasos griegos de figuras rojas decadentes, o sea del siglo IV a. de J. C. Ello, además de comprobar en Portugal la existencia de la cultura post-hallstáttica, refuerza la cronología obtenida antes, o sea el

(1) Piette-Sacaze, *lug. cit.*, lám. XVI, 3; XVIII, 4; XX, 5.—Pothier, *lug. cit.*, página 58, fig. 15; pág. III, fig. 29; pág. 145, fig. 37.

(2) Piette-Sacaze, *lug. cit.*, lám. XXIII, 5; XXIV, 3; XXVI, 7.

(3) Grabados en Estacio da Veiga, *Antiguidades Monumentales do Algarve*, IV (Lisboa, 1891), lám. XXXIII, pág. 268.—Las espadas de antenas y falcatas en *O Arqueólogo Portugués*, I, 1896, págs. 28 y sigs.; ídem, id., XIII, 1908, págs. 224 y siguientes. Vasos griegos en Leite de Vasconcellos: *Historia do Museu Etnológico portugués* (Lisboa, Imprenta Nacional, 1915, págs. 187-188 y lám. VII, figuras 56 y 56, A.)

fin del siglo IV, para el principio del II período: aunque las cráteras en cuestión, en realidad sean algo anteriores a fin del siglo IV y sobre todo a la primera mitad del III (fecha que parece se debe atribuir por lo dicho anteriormente al tipo C, de antenas degeneradas). Hay que tener en cuenta que la rareza de los hallazgos de cráteras griegas obliga a suponer que antes de enterrarse debieron estar en uso largo tiempo, y así no puede tomarse como base de la cronología de los objetos acompañantes en la sepultura la fecha de su fabricación, sino otra algo más tardía. En cambio, la frecuencia de las demás bases de la cronología castellana, las espadas y las fibulas de La Tène, obliga a dar a los objetos acompañantes la misma fecha que a ellos con pocos años de diferencia.

b) *Los castros y sus grupos geográficos.*—Otra cosa que se debe relacionar con la cultura post-hallstáttica del Centro de España en el Occidente de la Península es la de los castros y citanias de Portugal y Galicia (1). Es una nota común a toda ella la aparición normal de fibulas anulares y de botón de los mismos tipos que se encuentran en las necrópolis post-hallstátticas castellanas. A dicha cultura pertenecen también los collares llamados "torques", de oro o plata, que en el interior de España son desconocidas, reduciéndose a las zonas costeras del Occidente de la Península. Tales collares no son otra cosa que una interpretación local de los collares del I período de La Tène y se explica su aparición en el Occidente de la Península y su falta en el interior, por el mayor aislamiento de éste y por las relaciones de aquél por mar, por las costas de Bretaña y de Inglaterra, vecinos de los focos principales de la cultura de La Tène.

En cuanto a los mismos castros y citanias, y al restante material que en ellos se encuentra, parece poder comprobarse en ellos dos grupos: el primero, en el N. de Portugal y en Galicia (Sabroso, Briteiros, Terroso, en Portugal, Santa Tecla, junto a la Guardia en Pontevedra); el segundo, más al S., desde la divisoria de las cuencas del Mondego y del Duero (Santa Olalla, O Crasto), en los cuales también el material ofrece algunas diferencias.

En el grupo del N. (2), las plantas de las casas suelen tender a las

(1) Véase la bibliografía citada en la *Arqueología prerromana-hispánica*, página 190.

(2) Véanse grabados en Cartailhac, *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal* (París, Reinwald, 1886).—P. París, *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive* (París, Leroux, 1905).—F. Martins Sarmento, *Materiaes para a archeologia do concelho de Guimaraes* (*Revista de Guimaraes*, XIX, 1902, y XXVI, 1909).—Fortes, *As fibulas do Noroeste da península* (*Portugalia*, II, 1905-1908, págs. 15 y siguientes). No es preciso insistir aquí en que las pretendidas influencias micénicas que se quisieron ver en la "Pedra Formosa" y otras esculpidas de Sabroso y

formas circulares, mientras que en el S. abundan las casas de forma rectangular (1), aunque existan también las empalizadas de defensa de forma oval que cierra todo el poblado. En tales formas circulares hay que ver la conservación de tradiciones que se enlazan con el N. de Francia y el Centro de Europa, en donde los *remparts* o los *Ringwälle* de los poblados y refugios de las culturas de Hallstatt y de La Tène afectan tal forma. En cambio, en las formas rectangulares del S. hay que ver una influencia ibérica de la costa del S. de la Península.

Otra cosa en que aparece también cierta diferencia entre el N. y el S., diferencia que sólo puede explicarse por la influencia ibérica que se hizo sentir en el S., es el contraste entre la cerámica a mano con decoraciones estampadas (sobre todo circulitos concéntricos) que domina en la del N. y la del S., en donde, aunque no falta tampoco la cerámica a mano estampada, aparece una gran cantidad de vasos a torno, algunos con decoraciones de zonas de color pintadas (Santa Olalla), como en la cerámica ibérica de Andalucía (especialmente la de Carmona), aunque claramente se ve que en el Portugal de esta época la pintura de la cerámica es un fenómeno no indígena.

En O Crasto aparecen un cierre de cinturón de bronce (tipo parecido al de la serie A, de Castilla) que parece ser cosa rara en Portugal, contra lo que sucede en los focos de la cultura post-hallstáttica de Castilla.

Tal cultura de los castros de Portugal (grupo N) y Galicia parece proseguirse sin interrupción hasta la época romana, siendo muy abundantes los objetos romanos en castros típicos con material parecido al de los post-hallstátticos. Desgraciadamente, faltan investigaciones metódicas en los castros gallegos en número suficiente para poder conocer bien la evolución de sus culturas.

c) *El fin de la cultura de los castros.*—Al S. del Duero parece que puede precisarse el fin de la cultura de los castros en un tiempo anterior a la llegada de los romanos, interponiéndose entre aquélla y el florecimiento de la civilización romana otra sumamente pobre.

Esta civilización intermedia ofrece como nota característica frag-

Briteiros no tienen hoy ya ningún fundamento, y que tales objetos parecen, incluso pertenecer a un tiempo más tardío que el del florecimiento de la cultura de los castros. Para Galicia, ver Calvo: *Citanias gallegas* (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXXI, 1914, págs. 63 y sigs.).—Castillo y López, *Los castros gallegos* (*Boletín de la Sección ateneísta de la reunión de artesanos de La Coruña*, 1907, página 911).

(1) Para la cultura de los castros del S., véase: Santos Rocha, *Estações prerromanas da idade do ferro nas vizinhanças de Figueira* (*Portugalia*, II, 1905-1908 y sigs.).—Idem, *As louças pintadas do castro de Santa Olalla* (*O Arqueólogo Português*, XXI, 1916, págs. I-12, entre otros muchos trabajos).

mentos de cerámica pintada con simples líneas rojas, al parecer una cerámica ibérica muy pobre (S. Julião, Guiffões) (1).

d) *El Bajo Alemtejo y el Algarve.*—En el extremo S. de Portugal es difícil saber si la cultura de los castros penetra o no en sus formas típicas; desde luego puede afirmarse que en todo caso no es este uno de sus hogares importantes. Puede afirmarse también respecto al Bajo Alemtejo que su cultura debió tener cierta personalidad propia que representan ciertos objetos de bronce (algunos encontrados en sepulturas entre Ourique y Almodóvar y otros hallazgos sueltos de la región de Beja) de formas únicas hasta ahora en la Península, así como los sepulcros de Bensafrim con objetos de hierro y de bronce de un tipo peculiar. Al mismo tiempo por el Algarve se extendió también la cerámica ibérica del tipo andaluz, acaso por importación, como lo demuestra un vaso de tal especie conservado en el Museo Etnológico Portugués de Lisboa, procedente de Faro (Algarve) (2).

* *

Así resulta claro que en Portugal y Galicia hay una cultura céltica, representada por los castros y por la necrópolis de Alcacer do Sal, que ofrece dos grupos característicos: desde la divisoria entre el Duero y el Mondego hacia el N., y de la expresada divisoria hacia el S., por lo menos, hasta Alcacer do Sal. En esta cultura céltica se introduce en el grupo meridional una influencia ibérica de Andalucía, influencia que también se halla en el Algarve, que parece tener una cultura distinta de la de los castros célticos.

C) COMPARACIÓN DE LOS RESULTADOS ARQUEOLÓGICOS CON LOS DE LOS TEXTOS

1) *La localización de las tribus.*

Si ahora comparamos los resultados arqueológicos con los de las fuentes podemos llegar a una conclusión segura.

Las culturas estudiadas o sean la post-hallstáttica de Castilla, con

(1) J. Fontes, *La station de S. Julião aux environs de Caldellas* (*Bulletin de la Société portugaise des Sciences naturelles*, VII, 1916). Además, en el Museo de Oporto hay unos fragmentos de cerámica ibérica a torno sin pintar, procedentes de Guiffões (inéditos) que todavía son más típicos que los de S. Julião, consistiendo principalmente en fragmentos de jarros de borde plano y asa doble.

(2) Véase la obra antes citada de Estacio da Veiga, *Antig. mon. do Algarve*, pág. 196 y sig. (Ourique, Almodóvar, Beja) con la lám. XXV y 250 y sig. con la lám. XXIX (Bensafrim), y Cartailhac, *Les âges préhistorique de l'Espagne et du Portugal*, que en la pág. 263, figs. 379 a 382, reproduce algunos objetos de bronce del Bajo Alemtejo. El vaso de Faro inédito, que sepamos.

sus extensiones por la cordillera ibérica hasta Cuenca por un lado, y la cultura de los castros por otro, con sus dos grupos geográficos, el del N. con Galicia y el del Centro de Portugal, particularmente la región del Tajo, ocupan exactamente los territorios atribuidos por las fuentes a tribus célticas. En el Occidente, el grupo del N. ocupa la región de los Saeves; compárense los *ardui colles* de Avieno (que por razones topográficas hemos creído mejor el NW. de la Península que en la Meseta, como quería Schulten) con el grupo tan marcado de la cultura de los castros, que comprende también Galicia, y con la existencia allí desde el último periodo de la cultura hallstáttica, propiamente dicha (los puntales de antenas del siglo vi), y se verá que no es preciso más para la identificación. El grupo del Centro de Portugal, principalmente del Tajo, no corresponde a otros que a los *Cempsi*, explicándonos las influencias ibéricas en el mismo por el indudable contacto que entrabmos pueblos debió existir; recuérdese la vía comercial que cita Avieno y que iba de Ménaca a Tartessos y de Tartessos a la desembocadura del Tajo (1).

Otra cosa en la cual concuerdan textos y arqueología es el fin de la cultura de los castros en ciertas regiones de Portugal y su sustitución por una cultura ibérica pobre, que no refleja otra cosa que el fin del dominio celta en la región a causa de la invasión lusitana y que tiene sus núcleos principales en las inmediaciones de la meseta N. En cambio, al NW. del Duero, en donde incluso en la época romana se conocen tribus célticas (Celtici, después llamados Callaeci), la cultura de los castros parece durar hasta la época romana.

A pesar de lo inseguro de nuestros conocimientos de la arqueología del Algarve en esta época, la ausencia de la cultura típica de los castros parece reflejar también lo que sabemos por los textos, o sea la existencia aquí del pueblo Cyneta, al parecer no céltico.

En cuanto a la civilización post-hallstáttica castellana, tenemos en ella el siguiente problema: Los textos citan los Berybraces en las montañas, que situadas al W. de las llanuras valencianas (pertenecientes al sistema ibérico, y constituyendo su avanzada hacia la costa E. en forma de codo), vienen a ser como una prolongación del territorio de la cultura post-hallstáttica castellana y con el cual la cuenca del Jiloca le pone en comunicación; precisamente esta unidad geográfica (2) tiene su correspondiente en la unidad cultural representada por el material de las necrópolis de la provincia de Cuenca en su zona inmediata a la de Valencia; así cabe la suposición de que si el territorio de las necrópolis de Guadalajara no pertenecen también a los Berybraces, debió, por lo menos, corresponder a una tribu precisamente emparentada con ella.

(1) Avieno, V. 178-179.

(2) Más tarde, al iberizarse la Península, la misma unidad geográfica aparece en el territorio, que los textos asignan a los Celtíberos.

He aquí, pues, reflejada en la Arqueología, con su diversidad de culturas locales que conservan una personalidad bien marcada, a pesar de sus íntimas analogías, la diversidad de tribus célticas a que aluden los textos.

2) *Los hallazgos del N. de la Península.*

Debemos ahora tratar del problema que ofrecen ciertos grupos de hallazgos que aparecen en la periferia de la cultura de los Celtas y que pueden interpretarse de distintas maneras. Tales son los hallazgos de los castros de Asturias, el grupo Alar del Rey-Miraveche en la alta provincia de Burgos y la necrópolis de Peralada en Cataluña, cosa que lleva a tratar también de la cultura post-hallstáttica del S. de Francia.

En Asturias el castro de Caravia ha ofrecido como material utilizable para la filiación y cronología de la cultura que representa, junto con algunos otros de la parte de Asturias cercana a la provincia de Santander, lo siguiente: cerámica a mano con decoraciones estampadas (circulitos concéntricos) (1) e incisa análogas a las de los castros de Galicia y Portugal y que aparece también en las necrópolis post-hallstátticas de Castilla; fibulas de botón post-hallstátticas (2), algunas con el apéndice muy cerca del arco, lo cual supone un momento algo tardío de la evolución, paralelo al final del I período de La Tène (3) o primeros del II, y una hoja de puñal sin empuñadura maciza, terminando la hoja en una espiga (4), que se agrupa con las de Alar del Rey.

La civilización del castro de Caravia está, pues, llena de elementos post-hallstátticos; sin embargo, la presencia del puñal indicado nos da un elemento nuevo, cuya importancia y significación apreciaremos mejor después de tratar de los siguientes hallazgos de monte Bernorio en Alar del Rey.

Del N. de la provincia de Burgos, o sea de los pasos que desde la Meseta conducen a la provincia de Santander, se conoce un grupo de hallazgos, conservado en el Museo del Marqués de Comillas en Comillas (Santander), los cuales indudablemente proceden de una necrópolis (5). Comprenden varios puñales exclusivamente de un solo tipo, sin empuñadura maciza y con espiga, parecidos al citado del castro de

(1) A. de Llano, *El libro de Caravia* (Oviedo, imprenta Gutenberg, 1919, página 55, fig. 30, y pág. 53, fig. 29).

(2) Idem id., pág. 47, fig. 25.

(3) Idem id., pág. 47, fig. 25, parte superior.

(4) Idem id., pág. 61, fig. 35.

(5) En *Arqueología prerromana-hispánica* se suponia ya esto. Luego Cabré, exhumando antiguos documentos que tratan de las circunstancias del hallazgo, lo ha demostrado claramente: Véase Cabré, *Acrópolis y necrópolis cántabras de los celtas berones del monte Bernorio* (Publicación de la Sociedad Española de Amigos del Arte. Madrid, Gráficas reunidas, 1920).

Caravia. Tales puñales suelen tener vaina de hierro, con curiosas incrustaciones de plata, terminada en una contera, generalmente acabada en cuatro discos (1), rara vez en uno, teniendo la vaina una forma distinta de las que generalmente ofrecen las de los puñales post-hallstátticos castellanos dependientes del tipo de antenas. Algunas veces se conserva el pomo que debería aplicarse a una empuñadura de madera o hueso en la cual se introduciría la espiga en que termina la hoja; el pomo en cuestión es también distinto en absoluto de los corrientes post-hallstátticos. El material acompañante comprende además, entre otros objetos, fibulas post-hallstátticas de botón, puntas de lanza y placas de cinturón variante del tipo *f* de la serie A.

Parecido al material de Alar del Rey es el del sepulcro de Miraveche (provincia de Burgos) (2) con el mismo tipo de puñal, con vaina terminada en una contera de cuatro discos y con una placa de cinturón plana del tipo *b* de la serie A, que abunda en las necrópolis que ya contienen objetos de La Tène II (por ejemplo, Arcóbriga y Osma).

Aparte de estos hallazgos, el puñal del tipo descrito sólo aparece, esporádicamente y sin la vaina, con la típica contera con cuatro discos, en dos necrópolis post-hallstátticas de la provincia de Soria: Gormaz y Alpanseque (3), en las cuales los tipos corrientes de puñales o espadas pertenecen al tipo D, o sea a la transición entre los dos períodos hallstátticos establecidos anteriormente. Los puñales de Gormaz y Alpanseque por una parte, y las placas de cinturón planas (tipo *b* de la serie B) de Miraveche, que no suelen faltar en las necrópolis post-hallstátticas del último periodo (por ejemplo, Arcóbriga, Gormaz, Osma, etc.) (4), nos dan la cronología del tipo en cuestión. Por lo tanto, los hallazgos del N. de la provincia de Burgos deben pertenecer a los comienzos del siglo III a. de J. C., y la misma cronología hay que aplicar al castro de Caravia.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que, a pesar de las relaciones de tal grupo de hallazgos del N. de la Península con la cultura de las necrópolis post-hallstátticas, en él no aparecen las espadas o puñales de antenas, viéndose claro que el puñal del tipo Alar del Rey es allí lo característico, mientras en las necrópolis post-hallstátticas es siempre un fenómeno extraño al cuadro general de su cultura. Por todo ello, qui-

(1) La interpretación que da Cabré a la contera en cuestión suponiendo que sustituiría al cierre del cinturón, quedando el puñal regido en sentido horizontal, parece del todo imposible.

(2) Cabré, *Sepultura de un guerrero ibérico de Miraveche* (*El Arte Español*, 1916).

(3) Cabré, *Sepultura de un guerrero ibérico de Miraveche*.

(4) El hallazgo de una de ellas en el poblado ibérico de San Antonio de Calaceite, del siglo III a. de J. C., con espadas y fibulas de La Tène II, refuerza la cronología obtenida en el Centro de España.

siéramos ver en el grupo Alar del Rey-Miraveche-Caravia una civilización emparentada íntimamente con los Celtas de las necrópolis post-hallstátticas, pero con una cierta personalidad que, a nuestra manera de ver, difícilmente puede atribuirse a otra cosa que a una diferencia étnica fundamental; creemos que si se tratase solamente de una distinta tribu céltica (como supone Cabré al atribuir Alar del Rey y Miraveche a los Berones), no sería lo típico de ella una forma distinta de arma.

En el N. (Asturias, Santander), ni las fuentes citan Celtas, ni existen nombres de lugar célticos: por el contrario, el único texto antiguo que habla de tales regiones (el periplo base de Avieno) cita allí el "pernix ligus". Esto parece confirmar lo deducido del distinto carácter de los hallazgos indicados respecto de la cultura céltica propiamente dicha, y no parece aventurado suponerlos representantes de la civilización de las montañas del N. de la Península ocupadas por tribus indígenas que los griegos identificaron con los ligures. Tanto Alar del Rey como Miraveche (distrito este último lugar de Miranda de Ebro) están en plena zona montañosa, el primero en los pasos de la Meseta en dirección a la provincia de Santander.

3) *Los hallazgos del S. de Francia y de Peralada (Cataluña).*

Algo parecido con lo que sucede con la cultura del tipo Alar del Rey ocurre con la que en el S. de Francia (1) representan las necrópolis de Avezac, Prat, Ger, Sainte Foy, Roquebrune, Mios, Nimes y otras. En realidad es la misma civilización post-hallstáttica española, con puñales de antenas del tipo B, por lo tanto del siglo V-IV a. de J. C., y con cierres de cinturón de garfios y escotaduras abiertas o cerradas del tipo a (Mios) o del b (Ger, Avezac-Prat) de la serie B, y acaso también el e de la serie A (Ger). Se ha hablado ya de la cerámica, que ofrece analogía con la española, aunque en cierto carácter general se aparta de su contemporánea la post-hallstáttica de Castilla para parecerse a la netamente hallstáttica de Cataluña y del S. de Francia.

Esta cultura equivale (cronológicamente) a la de La Tène I, que falta por completo en el mediodía de Francia y que entonces se limita al Cen-

(1) Déchelette, *Manuel d'Archéologie Préhistorique*, etc., II, 2 (*2^e âge du fer*). París, 1913.—Joulin, *Les sépultures des âges préhistoriques dans le Sud-Ouest de la France* (*Revue Archéologique*, 1912, I, págs. 13 y siguientes; págs. 33 y siguientes, págs. 52 y siguientes).—Piette Sacaze, *Les tertres funéraires d'Avezac-Prat* (París, Masson, 1899).—Pothier, *Les tumulus du plateau de Ger*. (París, Champion, 1900.) De la necrópolis de Mios (Gironda) debo la noticia al señor abate Breuil y luego su descubridor, el Dr. Peyneau, me enseñó amablemente el material, que conserva en su casa de Mios. De la de Nimes ignoro si se ha publicado algo, habiendo visto el material en el Museo de Nimes (Musée Archéologique).

tro y N., no entrando en el S. hasta la transición al período segundo. El límite de los hallazgos del Avezac-Prat parece ser por el NW. la región de Burdeos (Mios, Gironde), y en el E. una necrópolis cerca de Nimes.

La filiación étnica de esta civilización post-hallstáttica francesa no parece difícil. Si bien en el apogeo de la cultura de la primera Edad del Hierro cruzaron el S. de Francia los Celtas, que luego pasaron a España, no debieron dejar allí grandes restos de población, pues en el siglo VI la fuente de Avieno sólo conoce junto a la costa del Atlántico a los *Dragani*, y en la costa del Mediterráneo los *Sordi* y *Elysices*, de cuyo imperio habla como de algo próximo que sólo han destruido en la costa mediterránea las invasiones ibéricas, las cuales han avanzado ya en dirección al Ródano. Esto indica que la mayor parte del S. de Francia (lígur hasta la invasión gala que por el 400 bajaba por el Ródano y que algo más tarde se introdujo en las vertientes del N. del Pirineo), tuvo una cultura que, como la del Centro de España, es una continuación aislada de la hallstáttica traída por los primeros Celtas, aun cuando éstos hayan emigrado a España o hayan dejado en Francia restos poco importantes, como la tribu de los *Bébryces* (Berybraces), que algunas fuentes confusas citan al N. del Pirineo (1). Lo cierto es que, aunque la cultura fuese derivación de la hallstáttica, como la de los Celtas españoles, la masa general de la población debió ser en el S. de Francia predominantemente ligura, y de ello parecen reflejo las diferencias observadas en la cerámica del S. de Francia con respecto a la post-hallstáttica española, parecían que aquélla continúa mejor las tradiciones liguras de la primera Edad del Hierro.

En Cataluña se conoce algo parecido. Junto a los pasos naturales del extremo E. del Pirineo (Las Alberas), o sea cerca del "Coll de Banyuls", y en medio de un territorio que sabemos que es ibérico, tanto porque las fuentes citan en él tribus que suponen ibéricas (los Indígitas) como por hallazgos pertenecientes a la cultura ibérica (el vaso de l'Aigueta, cerca de Figueras), se descubrió hace bastantes años la necrópolis de Peralada, poco conocida hasta ahora (2), con material exclusivamente post-hallstáttico: puñales de antenas del tipo B, cierres de cinturón de un gancho y escotaduras abiertas (*b* de la serie A), otros de tres garfios con escotaduras abiertas o cerradas (tipos *a* y *b* de la serie B), la fibula post-hallstáttica de botón, puntas de lanza, soliférrea, etcétera, que podemos fechar en el siglo IV a. de J. C.

Parece tratarse de algo forastero en el país, que se debe probable-

(1) Todas de época avanzada, aunque seguramente apoyándose en fuentes antiguas: Silio Itálico, Esteban de Bizancio, Tzetzes y Zonaras. (Véase sobre ellas *Bébryces* en la *Realencyclopädie* de Pauly-Wisowa.)

(2) Los hallazgos en el castillo de Peralada, en cuyo parque fué descubierta. (Véase Bosch, *Prehistoria catalana*, págs. 258 y siguientes.)

mente a una emigración de gentes del otro lado del Pirineo. Su fecha es la de los grandes movimientos de pueblos, tanto en Francia como en Cataluña (1). La presión de los Galos sobre las tribus liguras de Provenza debió desplazar hacia la Península algunas de las tribus ibéricas de Francia; al llegar los Galos (*Volsci-Tectosages*) al Pirineo, tribus análogas a las que desarrollaron en el mediodía de Francia la cultura de Avezac-Prat, invadiendo el N. de Cataluña, dejaron su rastro en la necrópolis de Peralada (2).

D) LA INFLUENCIA CÉLTICA EN LA CIVILIZACIÓN IBÉRICA

Para terminar con lo referente a la arqueología de los Celtas y de los demás pueblos no ibéricos de la Península, hay que tratar de la influencia de aquélla en la cultura ibérica del E. y S. de la misma, así como de la cuenca del *Ebro*. En esta última (3) la influencia céltica se hace sentir mucho, sobre todo en su primer período (500 a fin del siglo IV), y se manifiesta particularmente en los objetos de adorno y en la cerámica. Entre los objetos de adorno deben citarse los brazaletes de sección cuadrangular, muy delgados, que abundan en las sepulturas del primer período del Bajo Aragón, y que también aparecen en el poblado de Las Escodinas Bajas (Mazaleón) y el Tossal Redó (Calaceite), así como en el sepulcro de Salzadella y en otros de la provincia de Castellón (por ejemplo, en el de Cabanés). También son tipos comunes con el Centro de España varios cierres de cinturón del Tossal Redó (Calaceite) (variante del tipo *b* de la serie A), de la Gessera (Caseras, provincia de Tarragona) con tres garfios tipo *b* de la serie B) y de San Antonio de Calaceite. En este último poblado aparecen el tipo *b* de la serie A y los tipos *b* y *d* de la serie C, o sea, en lo que se refiere a los últimos, el tipo plano, como en Arcóbriga y Miraveche. En San Antonio tales cierres de cinturón se asocian con fibulas y espadas de La Tène II. También ciertas fibulas de tipos emparentados con las que en el Centro de España acompañan la tipica post-hallstättica de botón (de arco con botón aún no levantado y serpentiforme), que en general no aparecen ni en el Bajo Aragón ni en el

(1) Véase, sobre los movimientos de las tribus ibéricas de Cataluña a fines del siglo IV, Bosch, *Prehistoria catalana*, págs. 227 y siguientes.

(2) En *Prehistoria catalana*, páginas 258-262, se atribuía la necrópolis de Peralada a Celtas del Sur de Francia, restos de los de la primera Edad del Hierro. Por lo dicho de la absorción de tales elementos por las tribus liguras ya en tiempo de Aviño, parece más probable atribuirla a las últimas.

(3) Acerca de tales influencias en el *Ebro*, véase Bosch, *Las últimas investigaciones arqueológicas en el Bajo Aragón y los problemas ibéricos del Ebro y de Celtiberia* (*Revista Histórica de Valladolid*, 1910). Acerca de las estaciones de la provincia de Castellón, véase el *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans* (*Crónica*), VI, 1915-1920, en prensa.

restante territorio ibérico: abundan en las estaciones del primer período (sepulcros de varias localidades y poblado del Tossal Redo), mientras que en segundo período desaparecen y son sustituidas por las de La Tène II.

La cerámica del primer período ibérico del Bajo Aragón acusa también una fuerte influencia céltica, sobre todo manifestada en el vaso parecido a una copa, con el cuerpo en forma de doble cono unido por la base y con pie alto; esta forma, como se ha dicho, tiene sus paralelos en las necrópolis del Centro y en la cultura post-hallstáttica francesa (Avezac-Prat-Ger), pareciendo tener sus raíces en el fin de la verdadera cultura de Hallstatt. En España, durante la primera Edad del Hierro, se conoce de la necrópolis de Anglés, en la provincia de Gerona, de que se ha hablado ya, la cual, si ella misma no puede considerarse como céltica, su cerámica depende, sin embargo, de los tipos hallstátticos (1).

Esta influencia céltica en la cultura del Bajo Aragón y de la provincia de Castellón se explica perfectamente teniendo en cuenta que estos territorios son inmediatos al de los Berybraces, citados por las fuentes, en el extremo de la cordillera ibérica, y ya hemos visto que, desde el punto de vista arqueológico, el territorio de los Berybraces es una prolongación del propio de la civilización post-hallstáttica castellana.

En cambio, la influencia post-hallstáttica del segundo período de la cultura ibérica de la costa catalana (cinturones, con tres garfios, de Ampurias, Cabrera de Mataro, Puig Castellar) parece más fácil que llegara a través del avance de la cultura post-hallstáttica francesa caracterizada por la necrópolis de Peralada, aunque se cruzara con otra influencia del Centro. Esta última introducción en Cataluña, los cierres planos de la serie C, citados de Sidamunt y Puig Castellar (2).

En el SE. y en Andalucía, la influencia céltica se reduce a tipos aislados que aparecen acá y allí. De la necrópolis del Acebuchal, de Carmona, se conoce un cierre de cinturón de tipo céltico (variante B de la serie A) de un solo garfio y escotadura abierta, junto con una fibula post-hallstáttica que aún no es la característica de botón, propia de la cultura habitual de los Celtas españoles, sino que está más cerca del tipo originario de La Certosa (3). De las necrópolis de Villaricos (Al-

(1) Véase *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, V (1913-1914), Crónica, páginas 86 y siguientes, con grabados. Ya hemos expuesto las razones que obligan a considerarla no ibérica.

(2) Déchelette, *Agraffes de ceinturon ibériques d'origine hellénique*. (*Opuscula Archaeologica Oscari Montelio dicata*). Stockholm, 1913.

(3) Bonsor, *Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Betis* (*Revue Archéologique*, 1899, II), pág. 151, fig. 6. Véase también Déchelette, *Agraffes de ceinturon ibériques d'origine hellénique* (*Opuscula Archaeologica Oscari Montelio dicata*). Stockholm, 1913) y una recensión de este último trabajo en la Crónica del *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, V, 1913-1914, pág. 942.

mería) (1), Almedinilla (Córdoba) (2) e Illora (Granada) (3) se conocen puñales de antenas cortas (tipo C).

Del problema de la espada falcata se ha tratado ya, así como del puñal doble globular de Tarragona (lám. IV, núm. 10) y de la persistencia de tipos post-hallstátticos en Numancia (puñal doble globular, formas de cerámica).

III

Conclusión. — La invasión de los Celtas y sus movimientos en la Península

Hemos visto cómo, comparando las noticias de los textos con los hallazgos arqueológicos, se obtiene el resultado de poder atribuir a los Celtas la cultura de territorios determinados, pudiéndose hasta localizar en distintas regiones las tribus citadas por los autores, así como reconocer la existencia de una cultura emparentada con la de los Celtas en el N. de España, si bien con notables diferencias que parecen referirse a una distinta naturaleza étnica, cosa que confirma la suposición de que el N. no fué ocupado por los Celtas, sino por las tribus originarias que a veces se suponen liguras.

El fin de la dominación céltica y su sustitución por la ibérica puede seguirse paso a paso en Castilla (sobre todo en Celtiberia), gracias a la sustitución de la cultura post-hallstáttica por la ibérica de Numancia.

Hemos hablado ya de la sustitución de la cultura de los castros de Portugal por una cultura ibérica pobre que acusaría la entrada de los Lusitanos.

Para terminar con los Celtas, veamos si puede decirse algo más referente a su entrada y primeros movimientos en la Península.

Los resultados de Schulten, obtenidos con ayuda de la topografía y de la toponimia, constituyen una base firme; pero, después del estudio de la arqueología celta, parece que pueden precisarse mejor ciertos detalles.

Indudablemente llegaron a España en el siglo VI, procedentes del S. de Francia, por los pasos del W. del Pirineo (Roncesvalles). Lo comprueba, además de la dirección en que se extiende la cultura hallstáttica francesa, la distribución de los hallazgos célticos en la Península (puñales de antenas de bronce del siglo VI, civilización post-

(1) Siret, *Villaricos y Herrerías* (*Memoria de la Real Academia de la Historia*, 1908, lám. VII, núm. 69).

(2) En el Museo de Córdoba.

(3) Artiñano, *Catálogo de la Exposición de hierros artísticos españoles*, 97, 98 y 99.

hallstáttica de Castilla y de los castros de Portugal y Galicia), y la falta absoluta de los mismos (salvo lo que puede considerarse una influencia céltica en las tribus ibéricas) en la parte NE. de España.

Pero ¿cuál fué el motivo de la salida de los Celtas del S. de Francia y de su extensión por el Centro de España, precisamente por la parte menos rica de la Península, dejando libre la costa del E. y del S. ocupada por los Iberos? Schulten contesta a lo último atribuyéndolo a una superioridad guerrera de los Iberos (demostrada más tarde en la tenacidad con que se defendieron de los Romanos mientras éstos pudieron dominar fácilmente a los Celtas de las Galias). El argumento es bastante convincente, pero puede avalorarse con otros de igual peso, y sobre todo intentar la explicación de la salida del S. de Francia.

Dos hipótesis pueden formularse: o que los Celtas salieron de allí por espíritu de aventura o por aumento de población, como más tarde ocurrió en algunas de las expediciones de los Galos por el S. de Francia o por el E. de Europa, o bien que se vieron obligados a ello contra su voluntad por la presión de otros pueblos. Si fuese cierto lo primero, difícilmente se comprendería cómo cambiaron las tierras fértiles del S. de Francia por las más pobres y por el clima inhospitalario de la Meseta, salvando además toda suerte de obstáculos naturales, como son los Pirineos, primero, y luego la cordillera ibérica, antes de llegar a la cuenca del Duero, no comprendiéndose, caso de proceder por sus propios impulsos, cómo, una vez salvado el Pirineo, no cayeron sobre la cuenca del Ebro en lugar de buscar la nueva dificultad de la cordillera ibérica.

Si se tiene en cuenta que Avieno habla del imperio de los *Sordi y Elysices* del S. de Francia, que sólo terminó con la invasión ibérica del Rosellón y de la Provenza (1), la cual, por lo demás, no hizo más que rozar esos territorios, se comienza a encontrar la explicación. En el país vasco, además, no parecen haber penetrado los Celtas, hallándose aquél del todo libre de nombres de lugar célticos, cosa que también ocurre en la mayor parte de la cuenca del Ebro. Por otra parte, en el S. de Francia parecen haber quedado tan sólo restos insignificantes de Celtas. Avieno lo ignora, a pesar de que todo el S. de Francia debió ser bastante bien conocido por los comerciantes marseleses, como deducimos de la existencia del camino, de que habla el Periplo base de Avieno, desde la costa del Mediterráneo hasta el golfo de Vizcaya (2); más tarde, sólo de noticias muy confusas (3) es posible deducir la existencia de una tribu de *Bébryces* (*Berybraces*), cerca del Pirineo, en la parte francesa.

Todo ello parece autorizar la suposición de que, pasados los prime-

(1) Avieno, 586-588.

(2) Avieno, 148-151.

(3) Silio Itálico y otros autores.

ros tiempos de la ocupación céltica del S. de Francia en la época de la gran espada de hierro hallstáttica, los indígenas que luego fueron los *Sordi* y *Elysices* de Avieno, aprendiendo en lo referente a táctica y armamentos de los conquistadores, lograron imponerse (imperio de los *Sordi* y *Elysices* de principios del siglo vi), obligando a los Celtas a salir de Francia. Seguramente la actitud de los habitantes del país vasco no sería tampoco muy benévola, y en la cuenca del Ebro existirían también pueblos difíciles de dominar (¿iberos?, ¿tribus de análogo origen que los *Sordi* y *Elysice?*), puesto que los Celtas, evitando el país vasco y no descendiendo por el Ebro, se metieron por los desfiladeros de la cordillera ibérica, yendo a buscar la alta cuenca del Pisuerga y del Duero. Los pocos restos célticos que pudieron quedarse en Francia serían, a la larga, absorbidos por los pueblos indígenas: de aquí lo confuso de las noticias de la antigüedad o su silencio absoluto.

Los ulteriores movimientos célticos, ya en la Península, parecen determinados en buena parte por la misma topografía, como se demuestra por la constante repetición de aquéllos en las épocas posteriores.

Una vez situados en el alto Duero, parecen posibles dos caminos (1). Uno debió seguir el Duero hacia el Occidente, entrando en Portugal por la línea Salamanca, Ciudad-Rodrigo hacia la provincia de Beira, y, una vez en Portugal, el camino pudo bifurcarse volviendo al Duero, y de allí a buscar los valles de los ríos que desde Galicia van al Atlántico (*Saefes*); y por otra parte, descendiendo por el Mondego hasta cerca de Coimbra, bajando luego por los pasos, entre la Sierra de Estrella y la de Cintra, a la cuenca del Tajo (*Cempsi*). Para los *Cempsi* hay también la posibilidad de que procediesen de Extremadura, como veremos luego.

Este camino occidental parece comprobarse con los indicios del paso de los Celtas: los puñales de antenas de la cuenca del Duero y de Galicia y Portugal por una parte, y por otra con el texto de Avieno, que habla de los *Saefes* y de los *Cempsi* (ya hemos dicho que los *ardui colles* de los *Saefes* se corresponden perfectamente con la naturaleza quebrada de Galicia y del N. de Portugal), distinción que se refleja en los dos grupos de la cultura de los castros portugueses.

Lo que se debe deducir de la noticia de Avieno de que dichos pueblos célticos ocuparon el territorio de los antiguos *Oestrymnios* (lígures, según Schulten) es difícil decirlo: se trata de algo bastante antiguo que el Períplo sólo conoce indirectamente recogiendo una tradición y que, por lo tanto, consigna de una manera vaga.

(1) Acaso los puñales de antenas del extremo Este de Asturias representen un intento infructuoso de pasar a la costa, a través del camino natural, por Reinosa y Santander y de Santander a Asturias.

En Portugal el movimiento de avance de los Cempsi debió producir el arrinconamiento de los Cinetas o (Conios), cada vez más al S. De la existencia de su nombre, muy al N. (Conimbriga), deduce Schulten su mayor extensión antes de la llegada de los Celtas. Su límite con los Cempsi en el tiempo del Periplo está en el golfo del Sado (*inde Cempsi adiacent populi Cynetum*) (1), y allí o más abajo debió estar también en el siglo IV, como prueba la necrópolis de Alcacer do Sal. Con los movimientos de la época de los Lusitanos (siglos III a II), la presión de éstos sobre los Celtas reduce a los Conios a la costa entre el Mar y la Sierra de Monchique, en donde terminan los *Celtici*, sucesores de los antiguos *Cempsi*.

El movimiento hacia el S. es posible que terminase con intentos de penetración en Andalucía, partiendo desde Portugal y cayendo en las tierras cercanas a la desembocadura del Guadalquivir: tenemos un indicio de ello en el pasaje de Avieno que se refiere a la isla Cartare (entre la desembocadura del Guadalquivir y el Río Tinto, según Schulten en la región de las dunas de Arenas Gordas), que dice poseída por los Cempsi, cosa que después no repite ningún otro autor. La explicación de todo ello se hallaría suponiendo *raids* parecidos a los de Viriato sobre la Beturia, partiendo también del S. de Portugal (2) y que no pudieron tener más que un éxito momentáneo: así luego no queda de ello ni memoria.

El otro camino de los Celtas parece conducir desde el Alto Duero, pasando por los altos de Almazán, a buscar el Jalón y el Jiloca, al amparo, por la parte E., de la cordillera ibérica, corriéndose hacia el SE. hasta tocar en la costa valenciana, a la cual se puede descender por los ríos que bajan de la cordillera ibérica y sus estribaciones al Mediterráneo (Turia, Palancia, Mijares). La comprobación de este camino la encontramos tanto en la civilización post-hallstáttica que se extendió a lo largo de él (desde Soria y Guadalajara hasta la provincia de Cuenca), como en las noticias de la fuente de Avieno, repetida más tarde por Éforo, de la existencia en las montañas al W. de Valencia de los feroces *Berybraces*. Los viajeros griegos pudieron conocerlos por la memoria dejada en las tribus ibéricas de la costa con sus intentos de descender a la llanura. No parece sino que es el rastro de uno de ellos el nombre de Segóbriga (Segorbe), junto al Palancia, nombre que se repite más adentro en la provincia de Cuenca (hoy cerca de Cabeza del Griego, la que después de la iberización de la Península se llamó *Caput celtiberiae*). La existencia del nombre céltico Segóbriga tan

(1) Avieno, 200.

(2) Véase Schulten, *Viriato*. (*Neue Jahrbücher für das klassische Altertum*.) Traducción castellana de L. Pericot, *Viriato*, en el Boletín de la "Biblioteca Menéndez y Pelayo". Santander, 1920, págs. 126 y sigs. y 272 y sig.

cerca de la costa y precisamente en una de sus vías de penetración, parece el paralelo de los *Cempsi* de Cartare: una avanzada obtenida en uno de sus *raids*, que, a la larga, abandonan por estar demasiado distante y desligada de su base de operaciones. El nombre en cuestión parece indicar realmente una ocupación céltica, pues, a diferencia de los nombres dados por los Griegos a ciertos parajes de España, que no prueban una ocupación, por tratarse de gentes que en sus viajes pueden rebautizar los lugares que van conociendo, en el caso de Segóbriga, si los Celtas no hubiesen vivido allí nunca, no tendría sentido el hecho de haber impuesto un nombre suyo a sus enemigos.

Aquí, como en el Guadalquivir, las tentativas célticas no debieron tener éxito, estrellándose contra la fuerza defensiva de los Iberos, que parece haber podido conservar su territorio, comprobándolo, tanto la falta de nombres de lugares célticos y las fuentes griegas, que sólo citan tribus ibéricas, como la cultura ibérica, que contrasta con la post-hallstáttica del interior.

Mas al N., en la provincia de Castellón y en el Bajo Aragón, aunque existieran relaciones con los Celtas (ya hemos hablado de los hallazgos que las comprueban), la personalidad netamente ibérica de la cultura de dichas regiones nos demuestra que los Celtas no pasaron de la cordillera ibérica.

Las vicisitudes de la Meseta del S. son en absoluto desconocidas.

Schulten, con los nombres célticos, reconstituye la frontera en la línea Nertóbriga, Miróbriga, Arcóbriga, y, suponiendo Ligures a los Etmanei de Avieno y a los Gletes (el único pueblo de estos dos que continúa citándose más tarde), cree que el movimiento de los Celtas hacia el S. se detuvo en Sierra Morena y sus derivaciones, quedando los llamados ligures prensados entre aquéllos y los Tartesios del valle del Guadalquivir. Todo esto es sumamente verosímil, y, en este caso, la ocupación de la Meseta S. pudo hacerse por varios caminos a la vez: desde el Duero hacia el SW. por la linea Salamanca-Béjar-Plasencia-Garrovillas, pasando por entre las sierras de Gata y de Gredos, o bien desde el Jalón, por los afluentes del Tajo, a buscar la cuenca de este río y yendo luego a la del Guadiana. Tampoco es imposible que una parte de las tribus del S. de Portugal procediese del S. de la Meseta y entrase allí por un camino que correspondiese al actual de Badajoz-Elvas. En este caso los Saeves y los Cempsi habrían entrado en Portugal, procedentes aquéllos de la Meseta del N. y éstos de Extremadura, habiendo ocupado los segundos, una vez ya en Portugal, toda la Extremadura portuguesa.

Ya se ha dicho que en toda la parte S. de la Meseta faltan en absoluto tanto los hallazgos arqueológicos como las noticias de los autores antiguos; así, es imposible la más ligera conjeta acerca de cuáles se-

rian las tribus que en tales lugares vivían, y de su posible relación con unos u otros de los pueblos célticos que conocemos.

Desgraciadamente, de todos estos movimientos célticos sólo conocemos con seguridad en algunos casos el final por los textos y por los hallazgos. Debemos esperar que ulteriores descubrimientos aclaren la cuestión. Las conjeturas que se han expuesto explican, sin embargo, satisfactoriamente los hechos, y en todo caso hay que considerar como segura la atribución a los Celtes de determinadas culturas de la primera y de la segunda Edad del Hierro, y la relación de sus distintos aspectos regionales con la diversidad de tribus reflejada por los textos.

P. BOSCH GIMPERA

En el fondo el momento más deprisa de la cultura celta es el siglo V

que coincide con el fin de la cultura de Hallstatt

solo el desarrollo de la cultura celta y germánica

se da en el siglo IV

en el siglo III

en el siglo II

en el siglo I

en el siglo III

en el siglo II

en el siglo I

en el siglo III

en el siglo II

en el siglo I

en el siglo III

en el siglo II

en el siglo I

en el siglo III

en el siglo II

en el siglo I

en el siglo III

en el siglo II

en el siglo I

en el siglo III

en el siglo II

en el siglo I

en el siglo III

LOS APOSENTOS DE FELIPE II EN SAN LORENZO DEL ESCORIAL

Sala de Audiencias

(CONTINUACIÓN) (1)

Así designan a esta cámara los cronistas en el siglo XVI, y aun cuando no nos han dejado reseña de los objetos que decoraban sus muros, hemos creido oportuno hacerlo con la rica colección de tapices, llamada de "los monos" o "grotescos", que encaja perfectamente dentro de las dimensiones del salón. Consta que Felipe II tenía en San Lorenzo varias tapicerías, y bien pudo ser ésta una de ellas.

Concuerda en el asunto y dimensiones de los paños con una heredada por Felipe II, en 1571, de los bienes de D.^a María de Austria, Reina de Hungría. Aunque según el Conde de Valencia fué encargada por el Monarca a Hector Vuyens, de Bruselas. Está tejida con oro, plata, seda y lana. El testero principal del salón lo ocupa un dosel, cuya cortina, de terciopelo rojo, con el escudo de las armas reales, se guardaba en el Monasterio.

Se completó con la correspondiente tarima, cubierta ésta con una alfombra de guadamacil y como sillón del trono uno de tijera artísticamente tallado y que atribuído al Emperador Carlos V (ignoramos con qué fundamento), en este palacio se conservaba y figuró con tal atribución en la Exposición Histórico-Europea de 1892, después de restaurado, aunque no con muy acertado criterio. El resto del mobiliario se compone de doce sillones de brazos y respaldo alto, de nogal, que existían sin haber sido nunca tapizados, en los sótanos del palacio. Se guarneieron utilizando telas y bordados del antes citado lote de ornamentos fuera de uso del Monasterio. Cada uno de los sillones lleva un cuartel heráldico de los que componían el escudo real; bordado que nos hemos permitido añadir para dar más regio aspecto al salón. Este tiene tres balcones al Norte, los cuales, como casi todos los demás huecos, ha sido preciso reconstituir, pues en la primitiva forma sólo se conservaban los de la cámara del Rey, como ya explicamos al principio.

(1) Véanse los números de Marzo y Junio de 1920.



Fot. M. Moreno.

FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

PANTOJA DE LA CRUZ

Carlos V.

Asimismo se ha reintegrado a su lugar la elegante puerta de marquetería, que de esta cámara da paso a la llamada "galería de paseo", que a su tiempo se mencionará.

La Sala de Audiencias la hallamos al empezar estas obras de reconstitución, con las paredes pintadas al temple, de color amarillo canario. El zócalo de azulejos había desaparecido, excepto en el grueso del muro de los balcones, pero aquí se hallaba oculto por la pintura amarilla. Un medallón de amaneradas figuras formaba el centro de la bóveda, donde pendía una araña de cristal de La Granja. El mal gusto dominante a mediados del pasado siglo cometió estas y otras muchas profanaciones en el palacio, completando la serie de las infinitas llevadas a cabo en el siglo XVIII.

La chimenea de este salón había sido tabicada y deshecha su guardería de piedra, todo lo cual se ha reintegrado. Sobre ella, vése el retrato del Emperador Carlos V, obra de Pantoja de la Cruz, que si bien es algo posterior a la muerte de Felipe II, nos hemos permitido colocar aquí por la importancia del personaje retratado y el tono que presta al salón. A la derecha del dosel hay una puerta que da paso a otras estancias interiores, aún no abiertas al público y que luego describiremos. Junto a una mesa cubierta de terciopelo y bordados se halla un sillón de nogal y vaqueta que siempre figuró en la cámara de Felipe II, y que tiene todos los caracteres de perfecta autenticidad, así como la silla japonesa de tijera, una de las dos que siempre se han conservado asimismo allí. Suponemos que ambas sillas pudieran haber sido traídas por la embajada japonesa que aquí vino cuando se labraba el edificio, y que entre otros regalos trajo algunas armas que aún se conservan en la Real Armería.

Las citadas sillas debieron sufrir alguna reforma al ser destinadas para que el Rey descansara su pierna enferma de gota, pues no es de presumir viniera ya con este destino. Tal arreglo consistió, sin duda, en estrechar los asientos al tamaño que hoy tienen.

En el inventario de la testamentaría del Rey aparecen reseñadas algunas sillas japonesas *con el asiento de hierba*, quiere decir esto que era de un tejido vegetal, y así es, en efecto, el que aún conservan. El resto es de madera laqueada de negro y dorado.

Completa el mobiliario de este salón una colección de almohadas o cojines hechos con telas y bordados de la época: un cacharro de Tala-

vera procedente de la botica del Monasterio (1); dos candeleros de bronce, y un velón de tres mecheros, sobre la mesa (2).

Del centro de la bóveda pende una araña de metal dorado, construida bajo nuestra dirección con elementos antiguos procedentes del Monasterio, y que completa el regio aspecto de esta cámara, retrocediendo de la cual, a la antesala, se sale al pasillo o galería que rodea esta parte del palacio, formando el gracioso patio llamado "de mascarones", por los que forman los caños de dos fuentes que hay en una de sus fachadas en la planta baja. Este patio sirve también para dar luz al Panteón de Reyes. La citada galería, en la parte de que tratamos, había sido también desvirtuada con tabiques y hasta con hornillas de calentar agua para el servicio de las Reales Personas, que hasta los tiempos de D. Alfonso XII utilizaron los aposentos contiguos, que ahora se han vuelto a su primitivo ser, suprimiendo tales aditamentos, limpiando el artesonado de la antípatica pintura blanca y reintegrando a su antigua estructura las ventanas, cuyos vidrios habian sido sustituídos por cristales modernos. Los muros de esta galeria se han decorado con dos series de lienzos representando batallas; cuadros que si no de gran arte, son de interés histórico y que hasta que vinieron a esta galería estaban en la de entrada al palacio, sufriendo la misma suerte a que parecen condenados (bien contra nuestro deseo) los cinco grandes lienzos que representan episodios de la batalla de Lepanto, en deplorable estado de conservación, que va en aumento, debido a los agentes atmosféricos y a las inconscientes profanaciones de los murciélagos. Entre los cuadros salvados de este daño, que antes mencionamos, están los que sirvieron de bocetos para algunos de los frescos de la Sala de Batallas, pintados por Granello y Fabricio, los hijos del Bergamasco.

En la precitada galería del patio de mascarones, además de un banco, varios escabelas cubiertos de guadamaciles y los blandones de hierro para colocar las hachas de cera, se ven dos maniquies vestidos respectivamente de archero de Corps, de la guardia flamenca, cuyo severo traje de diario se ha construído con todos los detalles marcados en las Ordenanzas de la época; y el otro, de soldado de la guardia española, vestido

(1) Donación del Conde de Valencia de Don Juan.

(2) Parece ser que los candelabros y velones para el servicio de la Real Persona tenían que ser precisamente de tres luces.

con el traje de los colores de la librea; esto es, amarillo, blanco y rojo, siendo auténticos algunos de los elementos utilizados (la alabarda y las tiras de escaqueado rojo y blanco).

Pasada la galería y atravesando una pequeña antesala se entra en los aposentos privados de Felipe II (despacho, oratorio y alcoba donde murió), que si no en detalle, se respetaron en general, y se han exhibido siempre al público. Hasta hace treinta años se exhibían estas habitaciones, pero sin que en su mueblaje hubiera casi nada de la época del fundador. Tan sólo la librería y mesa, el estante para colocar legajos y alguno otro objeto como la tabla del Bosco *Los pecados capitales*, se habían conservado allí. Ignoramos quién, pero alguien en el siglo XIX trató, sin duda, de dar carácter a estos aposentos, con tan poco acierto, que colocó una especie de cortina de tejido de paja americana del siglo XVII y una araña de madera de la época de Felipe V (!!). Además, una colección de sencillos sillones fraileros, que por su forma parecen de época algo posterior. Por no hallar cosa mejor con qué sustituirlos y por temor a que los censores, que nunca faltan, diesen en decir que habíamos quitado los auténticos. Porque en esta clase de trabajo de reconstitución es imprescindible que haya alguien que censure. Si se colocan los pocos objetos que de la época se conservan, los censores dicen que resulta de una pobreza inverosímil; si se añaden muebles para dar carácter, hay protestas por haber fantaseado, y no falta quien califique de teatral la reconstitución. Tal vez los mismos que se extasián viendo, por ejemplo, en Versalles, las habitaciones de María Antonieta en el Trianón, con los muebles *auténticos*, sin recordar que la mayoría fueron destrozados y quemados por las turbas revolucionarias. En nuestro trabajo del palacio de Felipe II hemos procurado, en todo lo posible, atenernos a los datos suministrados por los escritores coetáneos que anteriormente hemos citado. Por desgracia, no son aquellos tan precisos como fuera de desear en la mayoría de los casos, pero aun cuando los tuviéramos detalladísimos, poco se podría hacer habiendo desaparecido la mayor parte de los objetos durante la época de la dinastía de Borbón, como antes decíamos. Contentémonos, pues, con dar una idea aproximada de lo que era el palacio, que para su recreo veraniego y descanso del espíritu tenía en San Lorenzo el calumniado Monarca fundador del incomparable Monasterio. Aun cuando no sea más que reintegrar los aposentos a su primitiva forma, esto se ha ido ganando en la verdad

histórica, sin contar con que no es despreciable la cantidad de objetos rigurosamente auténticos, que repartidos por el palacio pueden admirarse, dándole un interés de que antes carecía. El que esto haya sido reconocido y alabado casi unánimemente por los aficionados extranjeros, nos consuela, en gran parte, de las censuras de algunos descontentadizos compatriotas.

Volviendo a la descripción del aposento del Rey prudente—al que más le cuadra todavía el dictado de Rey artista—mentionaremos en primer lugar, lo primero que se encuentra al entrar que es un *escritorio de Alemania* (así le llaman los inventarios coetáneos), especie de arquilla con cajones, toda de acero grabado al agua fuerte y rosetones y cantoneras de cobre dorado grabado asimismo, en donde puede decirse que echaron el resto los famosos artistas de Nuremberg. No se sabe qué admirar más, si la profusión o el buen gusto de su decorado, en que hasta el interior de los cajones se prodigó en todas las caras. Este mueble se halla reseñado en los libros de entregas del siglo XVI, metido en una caja de cuero que ahora no existe. Fué hallado en tiempo de D.^a Isabel II, en una guardilla del palacio. Trasladado a Madrid figuró algunos años en la Real Armería. El armero Zuloaga le hizo un soporte o mesilla de acero imitando la ornamentación, con escasa fortuna. En tiempo de la Regencia fué reintegrado a San Lorenzo. Al llevar a cabo las obras de reconstitución lo hemos respetado en esta cámara, aunque tapando con una cubierta de damasco verde con presillas, la obra de Zuloaga. Entre los dos balcones que este aposento tiene al Mediodía con espléndidas vistas sobre el valle de la Herrería, la huerta del convento y los jardines del palacio, se han colocado la librería y mesa de indiscutible autenticidad y que han perdurado en estas habitaciones. Los estantes se han llenado con volúmenes procedentes de la biblioteca principal, que bien por sus encuadernaciones, o bien las materias de que tratan, pudiera haber pertenecido al Rey, además de aquellos que particularmente reseñan los cronistas como de la predilección del Monarca.

Sobre la mesa se ve una curiosa cartera plegable, forrada de terciopelo verde, propia para que Felipe II pudiera, aun estando en el campo, firmar para no desperdiciar un momento en los infinitos asuntos de que a la vez se ocupaba. Junto a un sillón contiguo a esta mesa se ve otra de las sillas japonesas de que antes hicimos mención. Ignoramos en

qué época su asiento de paja fué cubierto con un curioso trozo de terciopelo cortado, persa del siglo XVI, que no vacilaríamos en separar para exhibirlo en otra forma. Otro pequeño y elegante estante para legajos ocupa uno de los lados de este salón. Conserva un bonito aparato para colgar una luz y su varilla para la cortina. Esta se ha reintegrado, colocando una de damasco verde de la época. Por multitud de detalles se puede conjeturar que este era el color predilecto del Rey. Utilizando elementos antiguos, hemos construído una mesilla de cuatro columnas y tablero de mármol mejicano, en recuerdo de los muebles que reseña el P. Sigüenza: "Dos bufetes le hizo Fr. Antonio (Villacastín), el obrero, de un mármol que traxeron de las Indias y se los puso allí." Fr. Francisco de los Santos dice en 1667: "No hay en este aposento otra cosa de adorno, sino dos bufetes que hizo Fr. Antonio de Villacastín." Y Fray Andrés Ximénez dice en 1764: "Dos bufetes que hizo Fr. Antonio de Villacastín de mármol de las Indias, de color de ágata" (1). Suponemos que aun cuando no lo especifican los cronistas, la armadura de estas mesas sería de madera. Sobre la construída modernamente se ha colocado, como curiosidad, un gran pedazo de imán meteórico, que se dice, no sabemos con qué fundamento, haber sido hallado en el término del Escorial. Está montado en un templete de cuatro columnas¹ de nogal y rodeado de fajas de metal que sirven por debajo de contacto a una pieza de hierro en forma de la parrilla emblema del Monasterio, de la que se puede suspender un peso que no bajará de tres kilogramos. El carácter del templete y de la parrilla acusa una época no muy lejana del siglo XVI, y hasta pudiera ser de esa época. Delante de otro balcón se ve una esfera armilar de cobre que siempre hemos conocido en esta cámara. Dadas las aficiones científicas del Rey, nada de particular tendría que él mismo la hubiere utilizado. Desde hace poco tiempo figura aquí también un curioso reloj-lámpara, cuyo hallazgo y descripción, así como la de los cuadros que figuran en este salón, serán objeto de otra reseña.

JOSÉ M.^A FLORIT

(1) En el Museo Arqueológico existen dos bufetes que, aunque faltos de los tableros de mármol, pudiera ser los citados. Tienen el carácter de la época y son pareja. Están actualmente sirviendo de basamento a un pequeño modelo del Monasterio y cabe en lo posible, que por proceder de aquí, los dedicaran a este objeto. No creemos que haya datos en el Museo. Allí están hace muchos años.

La tabla conocida por la Virgen del caballero de Montesa⁽¹⁾

D. Horacio Echevarrieta adquirió la tabla de D. Lorenzo Albarán y se dice que procede de la casa de Osuna, uno de cuyos miembros la regaló a un médico en premio de los servicios que había prestado; quizás por una cifra borrosa que aparece en el cuadro pudiera comprobarse la especie, si aparece su descripción en algún inventario de la casa. Autorizados críticos extranjeros han reconocido no sólo la antigüedad de la tabla, sino su buen estado de conservación, sin repintes, sirviendo esta unanimidad de criterios para desechar la especie de que pueda tratarse de una hábil mixtificación.

El intenso colorido de algunos trozos se debe a la repristinación, que consiste en tratar algunos verdes como el cardenillo, que se ennegrecen rápidamente al contacto del aceite, con una preparación de lejía de potasa, que les devuelve su primitiva brillantez.

Analizando los elementos de toda especie que componen este cuadro, aparece, desde luego, un caballero de Montesa con la cruz sencilla de gules, que tomó esa Orden de la de San Jorge en 1400. El caballero está adorando a la Virgen, acompañado de dos Santos: San Bernardo y San Benito, como patronos de la Orden, disposición análoga a la de otra tabla descrita por Carderera, que existió en tiempos en el Museo de Valencia, procedente de la iglesia del Temple.

Las opiniones sobre su autor o escuela son varias: primero se pensó en que fuera una tabla italiana, pero hay en ella cosas más propias del arte flamenco. Según la opinión de Berenson, uno de los críticos que mejor conocen el arte italiano, esta tabla no es italiana, y, en cambio, insinuó la hipótesis, de que el autor fuese Rodrigo de Osona, y esta es la opinión del Sr. Tormo, que después de varios viajes a Valencia adquirió la convicción de que debe atribuirse a ese autor. Rodrigo de Osona era un pintor desconocido hasta hace pocos años que fué objeto de un estudio por el Sr. Tramoyeres, basándose en los pocos documentos que le mencionan y que nuevos descubrimientos del Sr. Sánchez Ribera confirmaron; dichos documentos se refieren a obras desaparecidas y alguna subsistente: un retablo de San Nicolás de Valencia que se encuentra en

(1) Datos tomados de una conferencia del Sr. Tormo.



FOTOTIPIA DE HAUSIG Y MENET. - MADRID

Tabla conocida por la Virgen del Caballero de Montesa.

la capilla bautismal y en donde puede leerse, aunque con dificultad, la firma "Rodrigo d'Osona". Tuvo Osona varios discípulos y un hijo del mismo nombre, por lo que muchas veces es difícil precisar a quién se refieren los documentos, aunque en alguna obra firmase como hijo de Rodrigo de Osona, en prueba de que se estimaba más honrado por ese concepto que por su propio valer. Por otra parte, la obra del hijo nos es perfectamente conocida en tablas auténticas de Valencia y Castellón, etc., que le definen como artista de ciertos amaneramientos y sin la personalidad del padre. Ahora bien, si bajo el nombre de maestro se agrupan el conjunto de un autor y sus discípulos, no hay inconveniente en decir que es una tabla de Rodrigo de Osona.

Comparándola con otras obras indubitables se observa una semejanza grande en multitud de detalles, como en los adornos arquitectónicos, las figurillas del paisaje, los caseríos o granjas. En el estilo se aprecian notas de artista flamenco y notas de artista italiano, sin perjuicio de cualidades propias que lo apartan de uno y de otro. Y pensando que si el siglo XIV fué el de la hegemonía del arte catalán, en el siglo XV prepondera el valenciano y quizás el aragonés por la influencia de los reyes, tal vez en la corte lejana de Alfonso, el Magnánimo, se efectuó esa amalgama de elementos que caracteriza el arte de Rodrigo de Osona. Tal vez el artista se formó en Nápoles o en alguna otra corte italiana en donde aprendió el manejo del óleo, que acababa de introducir Antonello de Mesina. Hay en esta tabla coloraciones que no pueden obtenerse por otro procedimiento. El de Van Eyck no consiste en pintar todo al óleo, sino en emplear el temple primero y después veladuras por medio de aceite de nueces, barniz, ámbar, etc., obteniéndose de ese modo la transparencia y la intensidad de color parecido al esmalte.

Otro detalle como el cendal, cubre pero no oculta el desnudo del Niño Dios, existe en otras tablas de Valencia. Pero aquí hay algo más que la técnica: la preocupación de caracterizar bien las cabezas, propia de un gran artista e impropia de un discípulo amanerado. En 1482 vino a España Rodrigo Borgia, luego Papa con el nombre de Alejandro VI, y para él pintó Rodrigo de Osona un gran retablo y es posible que esta tabla sea una obra del artista cuando ha sufrido el contacto de las influencias italianas, debido a los artistas de esa procedencia que el Cardenal trajo consigo. En resumen, la técnica es flamenca; el propósito, distinto; la educación, italiana; amalgama de elementos propia de Rodrigo de Osona, y conociendo la obra suya auténtica de 1476, no hay razón que impida que veinte o treinta años después ejecutase esta otra.

J. P.

SAN GERÓNIMO PENITENTE, POR MÁTEO CEREZO (?)

Existe en la galería de cuadros de la Academia de San Fernando un gran lienzo, representando a *San Gerónimo*, en una cueva, *penitente*, o mejor, muy atento a lo que lee en un libro, que, por su expresión, mucho le interesa, y que por tratarse del santo doctor representado, induce a estimar medite sobre el Juicio final y la vida eterna.

La figura del Santo, medio desnuda, envuelta en parte en un paño rojo, se apoya en unas peñas que forman la cueva, ofreciendo toda la obra gran realismo, tanto en la figura como en el fondo, constituyendo un conjunto muy estéticamente compuesto y con gran amplitud pintado.

Es, sin duda, la obra de un verdadero maestro, clasificada por tradición como del pincel de Mateo Cerezo, gran pintor, en efecto, de la escuela madrileña, y cuyo estilo conviene en algo con el de la pintura que nos ocupa. Su procedencia se ignora, pudiéndose sólo afirmar que no aparece en los antiguos inventarios, lo que hace suponer que quizás provenga de la incautación de algún convento. Ceán habla de un San Gerónimo de tal autor, en los Carmelitas descalzos.

Pero lo más notable del caso es, que en la propia Academia existe el estudio, sin duda, del natural, de la parte superior de la figura del Santo, que es el que reproducimos, con tal valentía ejecutado, tan vigoroso en sus tintas y tan firme en su dibujo, que con razón es estimado como trozo selecto de pintura y modelo de estudio del vivo, hasta el punto de que, en varias ocasiones, ha servido de original para los ejercicios de grabadores y pintores; supera en tanto al lienzo mayor, en que aparece de cuerpo entero el mismo sujeto, que que al compararlos no parecen de la misma mano.

No podemos dar mayores detalles sobre la procedencia y entrada en la galería de tan interesantes lienzos, que de tal modo se completan y aunán, pero cuya reproducción, del más pequeño, estimamos ha de ser grata para nuestros lectores, pues seguramente han de reconocer sus méritos.

N. S.



FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET.-MADRID

MATEO CEREZO (?)
San Jerónimo penitente.
REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES.

NECROLOGIA**D. FORTUNATO DE SELGAS**

Por el fallecimiento del Sr. D. Fortunato de Selgas, acaecido en la madrugada del 7 de los corrientes, llora la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES la pérdida de uno de sus miembros más sabios, más generosos, más buenos. Porque todas estas cualidades poseía, en grado sumo, nuestro consocio.

Era Selgas, ante todo y sobre todo, una alma privilegiada, por su bondad. En el conocimiento general depone, sobre ello, la magna fundación de las "Escuelas Selgas", de instrucción primaria y de emigrantes, que deja sólidamente establecida en Cudillero (Oviedo), su pueblo natal, y en la que, con ser grande la espléndida instalación material, la sobrepujaba la delectación amorosa, el cariño paternal que el noble anciano ponía en el funcionamiento de la institución. Y la acompaña, en aquel conocimiento general, las edificaciones de "El Pito", por las que tienen sitio de oración los fieles, lugar de reposo los muertos, higiénicas y cómodas residencias los sacerdotes, los maestros, la Guardia civil y los servidores de la casa. Pero se oculta a los más los actos privados y cotidianos, reservados hasta para sus íntimos, en los que se complacía el altísimo espíritu de Selgas. ¿Quién conoce sus misteriosas andanzas en averiguación de los más crueles cuadros de dolor y miseria por él borrados? ¿No convueven y edifican sus visitas diarias, largas y consoladoras en lo espiritual y en lo material, a cierto prócer, caído en pobreza, enfermedad y olvido? ¿Cómo no acordarse de sus asistencias a donde, con ocasión de fiestas o expansiones escolares, se reunian los niños pobres, para distribuir entre ellos dulces y juguetes? ¿Puede haber olvido, para quien lo presenció, de aquellas excusiones y meriendas, por Selgas ofrecidas a los niños y desvalidos de su pueblo natal, que le hacían resplandecer de íntimo y noble gozo? ¡Cuántos actos de su delicada ternura, de su esquisitez de alma, podría relatar el que esto escribel!

Intelectualmente, Selgas fué también un escogido. Fanático por cuanto es cultura del espíritu, leyó con ambición inextinguible. Y de ello surgió aquella su atractiva conversación, plétórica de citas de personas y de sucesos, amplia de comentarios, plena de enseñanzas. Especializando en la Historia, y más aún en la de su Asturias, Selgas ahondó en la del siglo IX, que le hizo analizador profundo de los viejos monumentos, en los que veía alzarse, sobre sus piedras, las figuras de los Alfonso y Ramiro asturianos. Y como fruto sazonado de estos cultivos, escribió *De Avilés a Cudillero, Los monumentos ovetenses del siglo IX, El fuero de Avilés y La basílica*

de *San Julián de los Prados*, y numerosos artículos en este BOLETÍN, obras todas de importancia real.

Fué el llorado amigo, generoso Mecenas, con ánimo pronto y caja abierta para favorecer al Arte y a la Historia. Figura en lugar especialísimo la empresa de investigación y restauración de la basílica de San Julián de los Prados, que en las afueras de Oviedo levantara Alfonso el Casto. No menos de 75.000 pesetas invirtió en la obra, devolviendo con ella al tesoro artístico nacional una de sus joyas más valiosas. Y si la muerte no le alcanzara, empresa igual habría llevado a efecto en la venerable iglesia de San Miguel de Linio.

Débele la HISTORIA patria la publicación de interesantes libros, como los *Diarios* de Jovellanos, sin cuya lectura no puede escribirse sobre el siglo XVIII español; la sapientísima *Covadonga* del erudito Sr. Canella; los números especiales de nuestro BOLETÍN y otras muchas. Y entre ellas, el que esto escribe, tiene que citar las de sus dos discursos académicos, pagados por Selgas de modo tan delicado y espontáneo, que es deber de gratitud mentarlo aquí como prueba de generosidad, más inolvidable cuanto el corto mérito de los escritos no correspondía al amplio auxilio de que gozaron por parte del espléndido Mecenas.

La posición que los Selgas poseían, les permitió rodearse de obras de Arte antiguas y modernas, en cuya adquisición y arreglo cúpole a nuestro consocio gran parte. Su casa en Madrid, y su quinta "El Pito", de Cudillero, son verdaderos museos. Es ésta, sobre todo, no sólo la rica residencia de un hombre adinerado, sino la selecta mansión de un *amador* inteligente y culto. Lucen en sus magníficas estancias, entre estupendos tapices, valiosos bronces, telas y tallas, lienzos como el retrato del *General Ricardos*, de Goya, y la *Ascensión de la Virgen*, del Greco; techos de Plasencia y de Domínguez, estatuas italianas y españolas. ¡Qué deleite para el espíritu fué la contemplación de tanta belleza, que Selgas ofreció siempre y a todos, con inacabables atenciones, en temporadas de residencia, o en visitas cortas!

Completaba las grandes cualidades de Selgas, avalorándolas, una profunda modestia. Con sincera protesta de ignorancia, deleitaba y enseñaba en su conversación; con cariñoso enfado, imponía silencio a quien trataba de recordar sus bondades; con humildad franciscana, renunciaba títulos de Castilla, sillones académicos, grandes cruces; con espiritual amabilidad, rechazaba las gratitudes de sus festejados, de quienes aparecía como deudor.

¡Vida hermosa fué la de Selgas! ¡Vida empleada en el Bien y en la Belleza! ¡Vida que puede ponerse como modelo!

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA
Noviembre de 1921

Índice de artistas citados en el año 1921

- Abadía (Juan de), pint., 177.
Alenza (Leonardo), pint., 201.
Alimbrot (Luis), pint., 80.
Alonso Cano, pint. y esc., 82 y 146.
Anciondo (Gabriel de), pint., 129.
Antolinez, pint., 70.
Aparici, arq., 143.
Aponte (P. D.), pint. 54.
Arias Fernández, pint., 74.
Arriola (Juan de), pint., 129.
Avellaneda (Francisco de), esc., 78.
Avila (Alonso de), pint., 244.

Baço (Jaime), pint., 80.
Bartelemy Zeitblom, pint., 75.
Bautista (Hermano), arq., 127.
Bayeu (Fray Manuel), pint., 60, 61 y 178.
Béjar (Pablo), pint., 150.
Bermejo, pint., 80.
Berruguete (Alonso), pint. y esc., 244.
Berruguete (Pedro), pint., 237 y 244.
Bescós (Juan de), arq. y esc., 177.
Boldini, pint., 148.
Borrassá (Luis), pint., 58.
Botticelli (Sandro), pint., 73.
Bramante, arq., 195.
Brueghel de Velours, pint., 200.

Carderera (Valentín), pint., 68.
Carducho (Vincencio), pint., 153.
Caxés (Patricio), pint., 126.
Cerezo (Mateo), pint., 310.
Céspedes, pint., 125.
Claudio Coello, pint., 70 y 195.
Comontes (Antonio), pint., 244.
Corrales (Juan de), pint., 244.
Cranach (Lucas), pint., 146.

Chacón (Francisco), pint., 244.
Chicharro, pint., 201.
Churriguera, arq., 195.

David (Jan), pint., 77.
Diepenbeek (C. V.), pint., 77.
Dominguez, pint., 312.
Durero (Alberto), pint., 240.

Esmoza (Bartolomé), 177.
Esquert, pint., 68.
Esteban (Andrés), arq., 127.

Fabricio., pint., 304.
Felps, pint., 149.
Fernández Carpio (Manuel) pint., 53.
Fernández o Hernández (G.), esc., 127 y 230.
Ferrer (Mateo), pint., 59.
Flandes (Juan de), pint., 200 y 244.
Floris Devrient., pint., 76.
Francia, pint., 70.
Frans Floris, pint., 77.
Franz Hals, pint., 201.
Fratre (del), pint., 73.
Forment (Damián), esc., 57 y 245.

Gallegos (Fernando), pint., 237 y 244.
Gárate (J. J.), pint., 71.
Garcia (Hernán), pint., 244.
García Mencía, pint., 145.
Garizabal (Miguel de), art. en cantería, 177.
Giorgione, pint., 195.
Gómez de Mora (Juan), arq., 128.
González Becerril (Juan), pint., 244.
González Velázquez (Antonio), pint., 127.
González Velázquez (Luis), pint., 127.
Gossaert (J.), pint., 75.
Goya (Francisco), pint., 70, 75, 145, 148, 178, 198 y 312.
Granello, pint., 394.
Greco (Domenico Theotocópuli), pintor y arq., 73, 79, 80, 145, 312.
Guardi, pint., 148.
Güas (Juan), arq., 8.
Guido Reni, pint., 125.
Guijo Luna, ceram., 197.

Heem (David de), pint., 77.
Heras (Pedro de las), pint., 244.
Herrera (Juan de), arq., 195.
Hurtado (Bartolomé), arq., 127.

Jacomart, pint., 79 y 80.
Jáuregui (Juan de), pint., 129.
Jiménez (Diego), esc., 177.
Joanes (Juan de), pint., 128 y 150.
Joli (Gabriel), esc., 57, 178, 190.

Latour (Quintín), pint., 77.
Le Sueur (Eustache), pint., 69.

- López (Vicente), pint., 145 y 146.
López Aguado (Antonio), arq., 65.
López Mezquita, pint., 196.
Lucas (Eugenio), pint., 75 y 145.
- Macías (Juan), pint., 244.
Madrazo (Federico), pint., 69 y 156.
Madrazo (Luis), pint. 69.
Madrazo (Raimundo), pint., 149.
Maella, pint., 71.
Maestre Vital, arq., 51.
Maratta (Carlos), pint., 70.
March (Juan), esc., 178 y 190.
Martínez Pérez, pint., 150.
Mazo (J. B.), pint., 146.
Melgar (Andrés de), pint., 244.
Mélida (Enrique), pint., 71.
Memmi (Lippo), pint., 72.
Menéndez Pidal (Luis), pint., 71.
Mengs, pint., 70 y 146.
Metsys (Quintin), pint., 231.
Miguel Ángel, pint. y esc., 179 y 195.
Montañés, esc., 82.
Mora (Francisco de), arq., 221.
Morales, pint., 128.
Moreto (Juan), esc., 178 y 190.
Morlanes (Gil) (hijo), esc., 178.
Moro (Antonio), pint., 81 y 196.
Muñoz (Luis), pint., 179.
Murillo (B. E.), pint., 70, 146 y 198.
- Olmo (Manuel del), arq., 127.
Orlandi (Esteban), pint., 148.
Orsoni, pint., 148.
Ortega (Alonso de), pint., 244.
Osarin (Miguel de), pint., 129.
Osona (Rodrigo de), pint., 308 y 309.
- Pantoja de la Cruz, pint., 70, 146 y 303.
Parmiggianino, pint., 79.
Pasinelli, pint., 148.
Pérez Rubio, pint., 145.
Perugino, pint., 70.
Picter Tertsen, pint., 81.
Plasencia (Casto), pint., 312.
Ponte (Giovanni da), pint., 72.
Porbus, pint., 70.
- Reixach (Juan), pint., 81.
Ribera, arq., 195.
Ribera (Giusseppe), pint., 81, 146 y 188.
Ribera (Gregorio), pint., 244.
Rincón (Antonio del), pint., 232, 233, 235, 236, 238, 239, 240 y 241.
- Rincón (Hernando del), pint., 240.
Rodríguez Alonso, pint., 244.
Rolam de Mois, pint., 68.
Román (Bartolomé), pint., 126.
Rubens (P. P.), pint., 69.
- Salas (Juan de), esc., 178.
Sánchez Coello, pint., 149.
Sancho Cañardo, esc., 178.
Sarroferrato, pint., 150.
Segura (Juan), arq., 177.
Serra, pint., 62.
Steen (J.), pint., 76.
Solari, pint., 76.
Sorolla (Joaquín), pint., 69.
- Teniers, pint., 201.
Tiépolo (J. B.), pint., 70 y 73.
Tintoretto, pint., 70 y 81.
Tiny Ruperecht, pint., 150.
Toledo (Juan de), arq., 195.
- Urbino (Rafael), pint., 73.
Urliens (Juan Miguel de), esc., 177.
- Valladolid (Gaspar de), pint., 244.
Van Aken (Jerónimo) (El Bosch) o el Bosco, pint., 199, 200, 305.
Van Dyck, pint., 201.
Van Eyck, pint., 80 y 309.
Vander Hamen, pint., 126.
Van Orley, pint., 200.
Van Ostade, pint., 76.
Van der Velde, pint., 76.
Van der Weyden (Roger), pint., 70, 150 y 200.
Vázquez (Antonio), pint., 244.
Velázquez (Diego), pint., 70, 74, 79, 82, 146, 198 y 201.
Veneciano (Lorenzo), pint., 72.
Vera (Fray Cristóbal de la), pint., 222.
Verónés, pint., 70 y 127.
Villanueva (Juan de), arq., 65.
Villoldo (Juan de), pint., 244.
Vinyens (Hector), tej. de telas, 302.
- Watteau, pint., 198.
- Xadel Alcalde, alarif., 2.
- Zitoz o Sitium (Miguel), pint., 238, 239, 245 y 246.
Zuloaga (Ignacio), 247.
Zurbarán (F.), pint., 73, 74, 146 y 183.

ÍNDICE POR AUTORES

ÍNDICE DE LÁMINAS

(Las Pinturas y Esculturas, por orden de artistas)

| | Páginas |
|--|-------------------------------|
| <i>Anforas del Museo Arqueológico</i> | 16 y 17 |
| <i>Aliseda (Cáceres), Tesoro de</i> (8 láminas) (Museo Arqueológico Nacional) | 110, 112, 114, 116, 118 y 120 |
| <i>Ayllón, Ruinas de</i> .—Convento de San Francisco..... | 203 |
| " " " " " Sepulcro del Alcaide de Atienza..... | 208 |
| " " " " " Capilla de Santa Ana..... | 208 |
| BOTTICELLI.—La Virgen y el Niño | 73 |
| Bronce ibérico representando un sacrificio (2 láminas) | 133 y 136 |
| CEREZO, Mateo (?).—San Jerónimo penitente | 310 |
| CRANACH, Lucas (?).—La Virgen y el Niño rodeados de ángeles | 146 |
| <i>Escuela Hispano Flamenca</i> .—El Descendimiento de la Cruz | 150 |
| FERNÁNDEZ, Gregorio.—Cristo yacente en las Bernardas del Sacramento | 127 |
| GOYA, Francisco.—El Canónigo D. Ramón de Pignatelli | 70 |
| " " " La Marquesa de Espeja | 145 |
| Jaca, Catedral.—Interior | 172 |
| " " Detalles | 173 |
| " " Detalle del retablo de la Capilla de la Trinidad | 172 |
| " " Retablo de la Capilla de la Trinidad | 179 |
| " Casa Consistorial | 179 |
| " Convento de Religiosas Benedictinas.—Sarcófago románico de la Infanta D. ^a Sancha | 188 |
| JUANES, Juan de.—La Sagrada Familia | 150 |
| Lupiana (Guadalajara).—La Plaza, Portada de la Iglesia y Claustro en el Monasterio | 221 |
| MADRAZO, Federico.—D. ^a Josefa del Aguila y Ceballos, Marquesa de Espeja | 146 |
| Madrid, Bernardas del Sacramento.—Interior del Coro y Mueble italiano en la Capilla de Reliquias | 126 |
| " " " Cristo yacente de Gregorio Fernández | 127 |
| " " " San Mateo, Escultura policromía | 127 |
| " Palacio de los Marqueses de Bermejillo del Rey | 199 |

| | Páginas |
|--|---------|
| <i>Pamplona, Museo.</i> —Espadas y lanzas de hierro. (Procedente de Echauri). | 264 |
| " " Armas de hierro..... | 264 |
| " " Utensilios de hierro | 264 |
| " " Bocados de caballo, otros objetos | 264 |
| <i>PANTOJA DE LA CRUZ.</i> —Carlos V..... | 303 |
| " " Fray Hernando de Rojas..... | 145 |
| <i>ROLAM DE MOIS.</i> —Retratos de los Duques de Luna y del Conde de Ribagorza | 66 |
| <i>Segovia.</i> —Sobrepuestas en el patio de la casa de la Reina D. ^a Juana. | 3 |
| " Patio de la casa del Regidor Diego de Rueda..... | 7 |
| " Patio de la casa de Pedro de Segovia | 87 |
| " Casa de Lozoya | 91 |
| " Casa de los Salcedo, hoy Palacio Episcopal..... | 91 |
| <i>Segorbe.</i> —Puerta y torre romanas de la actual Cárcel Municipal..... | 223 |
| " Restos del Acueducto romano y Torre del Bochi..... | 223 |
| " Interior de la torre romana del Bochi..... | 224 |
| <i>Sigüenza (Huesca), Real Monasterio de.</i> —La Iglesia..... | 47 |
| " " Grupos en alabastro | 57 |
| " " Sala prioral y Políptico en el | |
| " Panteón Real | 60 |
| <i>Tabla del coro del convento de Santa Clara de Valladolid.</i> | 231 |
| <i>Tabla conocida por la Virgen del Caballero de Montesa</i> | 308 |
| <i>Tarragona, Museo de.</i> —Puñal de hierro..... | 264 |
| <i>TIEPOLO, Juan Bautista.</i> —La Anunciación..... | 70 |
| " " Boceto para un techo representando la coronação de la Virgen..... | 73 |
| <i>Urna y Vasos de sepulturas</i> (Museo Arqueológico y colección del Marqués de Cerralbo) | 19 |
| <i>ZURBARÁN, Francisco.</i> —La Purísima Concepción | 73 |

ÍNDICE POR MATERIAS

| | Páginas |
|--|---------|
| <i>La Casa Segoviana en los reinados de Enrique IV y de Isabel</i> , por el Marqués de Lozoya..... | 1 |
| <i>La Necrópoli de Tútugi: Objetos exóticos o de influencia oriental en las necrópolis turdetanas</i> , por Juan Cabré Aguiló..... | 13 |
| <i>El Real Monasterio de Sigüenza</i> , por Ricardo del Arco..... | 26 |
| <i>Visita de la Sociedad al palacio de Villahermosa</i> , por José Ramón Mélida..... | 64 |
| <i>Visita a la colección artística de D. Félix Labat</i> , por José Peñuelas.. | 72 |
| <i>Vida novelesca de un escultor olvidado</i> , por J. S. C..... | 78 |
| <i>Conferencias del Dr. August L. Mayer</i> | 79 |
| <i>La Casa Segoviana: Casas del Renacimiento</i> , por el Marqués de Lozoya..... | 85 |
| <i>Tesoro de Aliseda: Noticia del tesoro en particular y de la joyería fenicia en general</i> , por José Ramón Mélida..... | 96 |
| <i>Visitando lo no visitable. III. La clausura de las Bernardas del Sacramento</i> , por Elías Tormo | 125 |
| <i>Pintores guipuzcoanos</i> | 129 |
| <i>Bronce ibérico representando un sacrificio</i> , por Hugo Obermaier.... | 130 |
| <i>Casas solares de Guipúzcoa</i> | 142 |
| <i>Visitas de la Sociedad: En el palacio de los Duques de Valencia</i> , por F. P. M..... | 143 |
| <i>En el palacio de Montellano</i> , por Manuel Herrera y Gés..... | 147 |
| <i>Paleolitos musterenses de la Casa de Campo (Madrid)</i> , por José Pérez de Barradas | 151 |
| <i>Los cuadros de la Cartuja del Paular</i> , por P. B | 153 |
| <i>Aragón monumental: La ciudad de Jaca</i> , por Ricardo del Arco..... | 165 |
| <i>Una casa española</i> , por Manuel de Cossío y Gómez-Acebo..... | 192 |
| <i>Ruinas de Ayllón: El convento de San Francisco</i> , por Pelayo Artigas. | 203 |
| <i>Excursión al Monasterio de Lupiana</i> , por El C. de P..... | 214 |
| <i>Las murallas de Segorbe</i> , por Cayetano Torres | 223 |
| <i>Obra de arte que hay que rescatar: La tabla del convento de Santa Clara de Valladolid</i> , por Juan Agapito Revilla..... | 229 |

Páginas

| | |
|---|---------------|
| <i>Los Celtas y la civilización céltica en la Península ibérica</i> , por Pedro Bosch y Gimpera..... | 248 |
| <i>Los aposentos de Felipe II en San Lorenzo del Escorial</i> , por José M. ^a Florit..... | 302 |
| <i>La tabla conocida por la Virgen del caballero de Montesa</i> , por J. P. | 308 |
| <i>San Jerónimo penitente por Mateo Cerezo (?)</i> , por N. S..... | 310 |
| <i>Necrología: D. Manuel de Foronda y Aguilera</i> , por El C. de P., página 83.— <i>D. Fortunato de Selgas</i> , por Vicente Lampérez y Romea. | 311 |
| <i>La Sociedad Española de Excusiones en acción</i> | 82 y 124 |
| <i>Bibliografía: Angel del Castillo López.—Riqueza monumental y artística de Galicia</i> , por C. de P | 158 |
| <i>Revista de Revistas</i> | 84, 159 y 227 |
| <i>Indice de artistas</i> | 313 |
| <i>Indice por autores</i> | 315 |
| <i>Indice de láminas</i> | 316 |
| <i>Indice por materias</i> | 318 |

BIBLIOTECA DE
LA COLECCION
RIVIERE

Cota 5-V

Registro 111

Signatura 7(46)
(05) R

A-

5

V

111

7(46)

(05) R

Res/108

